

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

**Estudios con Reconocimiento de Validez Oficial por Decreto Presidencial del 03 de
Abril de 1981**



**“LA INTERPRETACIÓN COMO LENITIVO DE CIENTIFICIDAD EN LA
HISTORIA”**

TESIS

**Que para obtener el grado de
DOCTOR EN HISTORIA**

Presenta

IYARI GARCÍA REPPER HERNÁNDEZ

Director

Dr. Luis Vergara Anderson

Lectores

Dr. Alfonso Mendiola Mejía

Dra. Perla Chinchilla Pawling

Ciudad de México, 2021.

Índice

| | |
|---|----|
| INTRODUCCIÓN | 4 |
| Capítulo I. UNA REFLEXIÓN ESCRITA DE LOS CONTRATIEMPOS DE LA HISTORIA | 13 |
| 1.1. La historia que emerge de la ciencia y la ciencia en la historia. | 16 |
| 1.2. Lectura alterativa. | 22 |
| 1.3. Criticismo irreflexivo. | 24 |
| 1.4. El efecto relativista. | 24 |
| 1.5. El camino desvirtuado de la conceptualización en la ciencia histórica. | 26 |
| 1.6. La utilización de categorías y conceptos por imitación. | 26 |
| 1.7. La Teoría de la Interpretación de Paul Ricoeur. | 29 |
| 1.8 La figura de la metáfora en Paul Ricoeur. | 38 |
| Capítulo II. INTERPRETACIÓN Y CIENCIA | 42 |
| 2.1. La interpretación y la dimensionalidad en la historia escrita. | 47 |
| 2.2. La dimensionalidad inobservable del acontecimiento y su difracción fugaz. | 55 |
| 2. 3. La dimensionalidad frente al “olvido” de Paul Ricoeur. | 56 |
| 2. 4. La dimensionalidad redimida del archivo. | 65 |
| Capítulo III. DE LA ICONOCLASTIA Y LA ICONODULIA A LA INTERPRETACIÓN Y LA REPRESENTACIÓN | 69 |
| 3.1. La retórica como adversidad a la representación. | 72 |
| 3.2. Iconodulia e interpretación. | 78 |
| 3.3. La reencarnación del acontecimiento en la historia escrita. | 79 |
| 3.4. Interpretación base. | 83 |
| 3.5. Interpretación de la inscripción. | 84 |
| 3.6. Interpretación ordinaria. | 85 |
| 3.7. Interpretación académica. | 85 |
| 3.8. Excurso sobre la interpretación según Ricoeur. | 86 |
| 3.9. Interpretación especializada. | 87 |

| | |
|---|-----|
| 3.10. El “secreto del conocimiento histórico”. | 87 |
| 3.11. Los “lugares de la memoria” como fuente íntima de interpretación. | 89 |
| 3.12. La dimensionalidad y la interpretación del acontecimiento. | 92 |
| 3.13. La dimensionalidad del acontecimiento y sus posibilidades de interpretación. | 95 |
| 3.14. Historia: artesano o espíritu científico. | 97 |
| 4. Conclusiones. | 100 |
| Bibliografía. | 132 |

INTRODUCCIÓN

Retomo aquí la discusión que por cerca de dos siglos a partir de las primeras décadas del siglo XIX problematiza si la historia como saber podría constituirse como ciencia o no. Este debate, aún vigente, reunió a la filosofía, teorías de las ciencias empíricas y otros saberes a pensar el problema ya fuera a favor o en contra. En simultáneo, la producción historiográfica continuó su quehacer sin adscribirse a las discusiones, o bien, haciéndolo marginalmente. Partiendo de estas reflexiones, hubo posturas que determinaron el carácter histórico de la escritura de la historia, como aquellas que cuestionaron la concepción lineal, progresiva y universal de los hechos del pasado. En el entramado como en el núcleo de este problema, la ciencia misma fue un factor fundamental a historizar. Ésta no ha significado ni se ha practicado de la misma manera. Varía según la sociedad que la posibilite. Aunque por lo que concierne al concepto de ciencia, emplearemos el tratamiento de Thomas Kuhn, vale citar en este momento a Mario Bunge, quien definió a la ciencia como el: “conocimiento racional, sistemático, exacto, verificable pero falible”.¹ Desde esta perspectiva científica es desde la cual la historia, al ser producto de un proceso específico, está atravesada por la interpretación (elemento de la representación)² del historiador. Y con ella, las condiciones para verificar la científicidad del producto histórico. En este múltiple y movido contexto, es en el que nos preguntamos acerca de las cualidades de la historia como saber.

La intención fundamental de esta investigación es dar cuenta de las condiciones actuales de la científicidad de la historia desde las aportaciones teóricas de Paul Ricoeur correspondientes a la teoría de la historia. En este análisis daré cuenta de cómo, tras el “giro historiográfico”, una de las potencias críticas de la historia es la activación permanente de narraciones que den cuenta de las diversas maneras de concebir los pasados. Un concepto fundamental, en el que profundizaré más adelante, indispensable para este trabajo será el de la *dimensionalidad* entendido como: lo inobservable del acontecimiento. Esta premisa que vuelve inestable, por principio, toda aproximación a los acontecimientos, en específico, a aquellos que han tenido lugar en el pasado, atraviesa este trabajo. En otras palabras, la elaboración de este texto tiene sus puntos ciegos. El alcance de la propuesta es plantear los elementos necesarios para una escritura de la historia que se asuma como una versión no

¹ Mario Bunge, *La ciencia: su método y su filosofía*, p. 6.

² En las discusiones actuales de la teoría de la historia la ‘representación’ es concebida desde la estética.

total ni verdadera para todos. Asimismo, los hilos argumentativos están formulados y dirigidos para un lector en concreto: aquel interesado por introducirse a la teoría de la historia.

El procedimiento que a continuación expondré consiste en una revisión de la noción de historia en distintos momentos que han cambiado su sentido. Así demarcaré el límite desde el cual continuaré elaborando los capítulos subsecuentes que serán brevemente presentados.

La noción de historia, como la práctica de su escritura, la disciplina, así como su referencia a los hechos del pasado, son históricas. No perduran igual en los tiempos y en los espacios. El discurso como la experiencia histórica dependen de la sociedad en la que experimentan. Estas afirmaciones que en la actualidad de un mundo globalizado e interconectado resultan evidentes, no lo han sido en otros momentos. Es a partir de la década de los sesentas del siglo XX que se ha visibilizado que toda escritura de la historia, ya sea en sus diferentes soportes, está determinado por grupos sociales específicos y operaciones concretas, enfatizando que la historia es tan diversa como aquellos que la enuncian. A partir del siglo XIX en adelante, en retrospectiva, podemos observar que la interpretación es inherente a toda relación con el mundo. Es decir, no hay experiencia neutral ni pura. Hay una mediación cultural que permite concebirla, nombrarla, asirla. Lo mismo sucede con los textos históricos. Estos son leídos y significados dependiendo el contexto en que son recibidos. Sin lector no hay texto. No obstante, algunas escuelas historiográficas de la última centuria, la Escuela de los *Annales*, la corriente marxista, la historia social científica de Norteamérica y la de *Bielefeld* alemana (de la cual Niklas Luhmann es el exponente más prestigiado), concibieron a la disciplina histórica como una ciencia en la que la formulación de las leyes y teorías generales sirven para crear patrones de análisis del pasado.³

Para fines de este trabajo, como para la comprensión de las señalizaciones de las diferencias entre la interpretación en el registro de las ciencias exactas y en el historiográfico, aclaro que para el segundo refiero al proceso de invención y formulación de una hipótesis atravesada por la historicidad, y no una estabilidad universal como sucede en

³ Cfr. Ignacio Olábarri Gortázar, *La nueva historia, una estructura de larga duración*.

el primero. Michel de Certeau nombró como *operación historiográfica* al análisis de producción del discurso histórico entrecruzando al lugar social, la práctica científica y de escritura, para dar cuenta de la complejidad de una interpretación. La aplicación de estas propuestas a los saberes es apuntar cada vez en cada caso a todos aquellos que sostengan principios universales y absolutos. Según François Châtelet el transcurrir del tiempo ha sido aquello que ha motivado a controlarlo desde hace varios siglos atrás: “Este temor a la historicidad, esta inquietud frente al destino temporal del hombre se podrán descubrir todavía en la indagación de Heródoto y será fácil encontrar ecos de ellos en la filosofía platónica [...]”⁴

La historia es posible por los documentos que interpreta. Actualmente, tras las aportaciones de la historia cultural, la noción de documento, como la de fuente, o bien, la de archivo, se ha abierto de tal manera que es indisociable a la noción de escritura que se tenga. Sin embargo, en el siglo XIX, la corriente positivista no lo abordaba de esta manera. Augusto Comte, al respecto de los enunciados de un hecho, argumentaba que de no existir uno, no era posible el sentido.⁵ La historia era concebida entre los saberes nacientes de la época como la sociología como un auxiliar. Para establecer una homologación entre las ciencias, la historia se adscribió a los modelos establecidos de entonces, por ejemplo, asumiendo leyes como categorías de explicación del tiempo. En cuanto a los documentos, se pensaba que éste mostraba la realidad que designaba. Bajo este entendimiento se reunieron archivos y se hicieron investigaciones que tenían por principio decir la verdad del pasado. Por este motivo, la literatura, como todo registro de ficción era marginada y desechada. No fue hasta la década de los setentas y más prolíficamente a partir de los ochentas del siglo pasado, que toda inscripción comenzó a tomarse en cuenta, cada una con su reflexión específica, para producir conocimiento histórico. Así el documento alteró la operación historiográfica al mismo tiempo que el historiador se daba cuenta que alteraba el documento. Los testimonios de los vivos fueron indispensables para la pregunta acerca de la interpretación, pues ponía en duda todo resabio de referir el documento a lo que en

⁴ Françoise Châtelet, *El nacimiento de la Historia*, p. 467.

⁵ “[...] toda proposición que no puede reducirse estrictamente al enunciado de un hecho, particular o general, no puede ofrecer ningún sentido real e inteligible”. Augusto Comte, *Discurso sobre el espíritu positivo*, p. 32.

realidad pasó. Aunque esta postura continúa, se confrontó con preguntas que agitaron su sedimento como afirmación total.

En paralelo al positivismo emergió otra concepción de la historia llamada historicismo. Algunas figuras intelectuales representativas fueron: Wilhelm Dilthey, Benedito Croce, José Ortega y Gasset, Oswald Spengler, R.G. Collingwood, Arnold J. Toynbee y Edmundo O'Gorman. En general, esta corriente distinguió lo social de lo natural, afirmaban que la historia era interpretación, a la vez que negaban las leyes históricas suscribiéndose a la diversidad de los procesos históricos, cada uno irrepetible. Esta discusión mostró una complicación de verificación como de validez para la historia, pues, si la compilación de documentos no expresa la realidad, ¿cómo se relaciona con ésta? Asimismo, en cuanto a los principios explicativos de los textos de historia, estos no son explícitos en sí mismos. No todos los lectores los comprenden desde las leyes que, suponen, son universales. Agnes Heller ha señalado esta problemática subrayando que la singularidad de los casos de estudio requieren ser especificados para su comprensión.⁶

La historia como ciencia

La operación intelectual del historiador no ha logrado, desde su aparición como saber en la Modernidad, un consenso general respecto a su validez universal, a diferencia de otras ciencias. Para los fines de esta investigación, a continuación expondré las relaciones entre la historia como saber y la ciencia.

De acuerdo con Paul Ricoeur, el historiador es parte de la historia, no es posible retirarse fuera de ella. Esta condición es fundamental, pues, atraviesa todo planteamiento que se conciba como extemporánea y extraterritorial. En consecuencia, toda escritura de la historia está dispuesta por diferentes concepciones de la ciencia y diversos métodos científicos. Actualmente, la primera etapa de investigación implica una relación material con los documentos que componen el cuerpo documental de aquello que quiere investigar. No hay historia sin documentos. En caso de la historia del tiempo presente, participar en los acontecimientos, o ser parte de ellos por algún motivo, es fundamental. Ser consiente de

⁶ Vid. Heller Agnes, *Teoría de la historia*.

ello, es ya tomar un posicionamiento ante la ciencia. Al respecto, el siguiente extracto de una entrevista⁷ realizada a H.G Gadamer acerca de la hermenéutica menciona:

-Dr. Phil. Andrés Ortiz-Osés⁸: Profesor Gadamer ¿podría enunciar sintéticamente lo que la hermenéutica <viene a decir> en el contexto de nuestro mundo cultural actual?

-Gadamer: La hermenéutica es una teoría filosófica confrontada con nuestro mundo cultural actual en el que se realiza una peculiar idolatría de la ciencia. Evidentemente que los auténticos investigadores no dan lugar a ello, pues saben con toda exactitud lo parciales y llenos de presupuestos que son tanto los modos de plantearse un problema(o problemática) como los conocimientos de la ciencia. Experimentamos hoy día como nuestra civilización técnica basada en la ciencia arriba a un límite crítico. Pero aún más crítica que la propia reinscripción del progreso técnico respecto al dominio de la naturaleza en las condiciones de humanidad real, resulta ser la situación en el campo de los problemas sociales de nuestro tiempo. También aquí la planificación técnica se ha convertido en un instrumento inevitable de la organización de la existencia, pero tampoco aquí hay que perder de vista la particularidad de un tal poder técnico social. La opinión pública de hoy está en peligro de esperar demasiado de la ciencia. Es convicción fundamental de la hermenéutica que el entendimiento de los hombres entre sí es más que un mero problema técnico.

De este modo, concebir a la ciencia como el único soporte de la vitalidad, como de las investigaciones, resulta un problema. La importancia de reflexionar sobre ello, es fundamental aún para el proceder científico.

Ahora bien, entre las corrientes de pensamiento que se adscriben a la cientificidad de la historia, se encuentra la Escuela de los *Annales* fundada por Marc Bloch y Lucien Febvre en 1929. Ellos consideraron a la historia como la ciencia del cambio. En general, sus fundadores así como Henri Berr y Henri Pirenne, importantes interlocutores de la Escuela, se suscribieron a la cientificidad del saber. Para Berr, en el momento en que el historiador se apoya de otras ciencias para realizar la reconstrucción del pasado, eleva a condición científica del ejercicio histórico. Este posicionamiento se mantendrá en las cuatro generaciones posteriores a los fundadores. Es importante subrayar que, entre otras aportaciones de la Escuela, hay rasgos científicos que son fundamentales para el desarrollo del saber histórico. A saber, su entre pares organización, la creación de instituciones y la difusión cultural a lo largo de su trayectoria. No estar subsumidos únicamente en el

⁷ A. Ortíz Osés, “Hermenéutica. Breve entrevista a H. G. Gadamer”, en *Diccionario hermenéutico*, p. XIII.

⁸ Catedrático de Hermenéutica en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Deusto-Bilbao.

contexto académico otorgó, en su quehacer, una relevancia importante para su labor. La historia, en este caso en particular, se concibe como una forma de sociabilización.

El saber histórico, como hemos subrayado, es histórico. Su proceso está en relación con los sucesos del mundo. Lo mismo con la ciencia. En el siglo XX el tambaleo del liberalismo económico, las guerras mundiales, la doctrina keynesiana y la caída del socialismo homologaron un juicio fuerte pero legítimo sobre los pilares occidentales en los que la sociedad de la época estuvo viviendo. La universalidad de los saberes desarrollados quedó en cuestión por ellos mismos. Así, por ejemplo, la teoría marxista ortodoxa que buscaba comprender el desarrollo histórico vía una teología de las formas de producción y el estudio de la economía, quedaron en duda. No obstante, hay lecturas distintas de Marx que pueden guiarnos, en la actualidad, cómo pensar la historia. Por ejemplo, la siguiente:

La historia no es sino la sucesión de las diferentes generaciones, cada una de las cuales explota los materiales, capitales y fuerzas productivas transmitidas por cuantas la han precedido; es decir que, por una parte, prosigue en condiciones completamente distintas la actividad precedente, mientras que por otra parte, modifica las circunstancias anteriores mediante una actividad totalmente diversa, lo que podría tergiversarse especulativamente, diciendo que la historia posterior es la finalidad de la que la precede, como si dijésemos, por ejemplo, que el descubrimiento de América tuvo como finalidad ayudar a que se expandiera la Revolución Francesa, interpretación mediante la cual la historia adquiere sus fines propios e independientes y se convierte en una `persona junto a otras personas´ (junto a la “autoconciencia”, la “Crítica”, el “Único”, etcétera), mientras que lo que designamos con las palabras “determinación”, “fin”, “germen”, “idea”, de la historia anterior no es otra cosa que una abstracción de la historia posterior, de la influencia activa que la anterior ejerce sobre ésta.⁹

Asumir el discurso histórico como una escritura de lo sucedido debe de hacerse con rigor y conciencia de la historia misma. En cuanto a la conexión entre sucesos, sugiere que hay que apegarse a su lógica, no a su manipulación para justificar una verdad subsecuente:

Y cuando la teoría se decide si quiera por una vez a tratar temas realmente históricos, por ejemplo el siglo XVIII, se limita a ofrecernos la historia de las ideas, desconectada de los hechos y los desarrollos prácticos que les sirven de base, y también en esto los mueve el exclusivo propósito de presentar ésta época como el preámbulo imperfecto, como el antecesor todavía incipiente de la verdadera época histórica.¹⁰

Respecto al materialismo histórico y la forma de proceder, mencionó que: “[...] se pasen por alto todos los acontecimientos realmente históricos, incluso las injerencias realmente históricas de la política en la historia, ofreciendo a cambio de ello un relato no basado precisamente en estudios, sino en especulaciones y chismes literarios, como hubo de hacer San Bruno en su Historia del siglo XVIII de la que ya no se acuerda nadie.”¹¹

⁹ Carlos Marx y Federico Engels, *La Ideología alemana*, p. 44.

¹⁰ *Idem.*

¹¹ *Idem.*

Marx, desde su contexto, promovía el estudio de la historia como ciencia. La objetividad en su realización era fundamental, aunque, a diferencia del positivismo de la época, había un andamiaje teórico cuyo ordenamiento del relato no se basa en la mera exposición de los hechos sin más. En este caso, la importancia de la lucha de clases era fundamental para la construcción de la versión de la historia que pudiera validar sus implicaciones. Otro ejemplo es el distanciamiento de la escuela alemana *Bielefeld* con la historiografía francesa, debido al interés de la primera por la reconstrucción fáctica posterior a la Revolución Industrial y no de la preindustrial.¹² De una escuela a otra, los procedimientos historiográficos continúan oscilando en sus procedimientos científicos sin lograr definirse, todas, como tal.

La historia no es una ciencia

Una de las figuras intelectuales que ha abordado la cientificidad de la historia en tanto saber es Hayden White. En sus propuestas hay una imposibilidad de catalogar a la historia como una ciencia, pues no es posible distinguir entre un relato de ficción y uno histórico. Respecto a la historiografía, comprenderla como un *artefacto literario* guía la comprensión del mismo vía el análisis de la representación que el historiador hace de acuerdo a sus ideas, formación e intereses sobre un determinado proceso. Respecto a la no coincidencia de las nociones de proceder historiográficamente y su relación con la ciencia, escribió que: “[...] la incapacidad de los historiadores para ponerse de acuerdo, como pudieron hacerlo los científicos naturales del siglo XVII, en un modo de discurso específico, señala la naturaleza no científica o proto científica de los estudios históricos”.¹³ Apoyándose en Stephen C. Pepper, identificó cuatro teorías de la verdad utilizadas en la historia escrita durante el siglo XVIII: formismo, mecanicismo, organicismo y contextualismo. Y basándose en Northrop Frye, identificó cuatro arquetipos utilizados: trama, novela, tragedia, comedia - sátira. Finalmente, respaldado en las ideas de Karl Mannheim discernió cuatro estrategias de implicación ideológica practicadas por los historiadores como justificación de su quehacer y reconstrucción del pasado para entender el presente:

¹² Cfr. Georg Iggers G, *The Social History of Politics. Critical Perspectives in West German Historical Writing since 1945*.

¹³ Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, p. 407.

anarquismo, radicalismo, conservadurismo y liberalismo. Aunado a este diagnóstico de White, se encuentra el de Paul Veyne¹⁴, que desde otra aproximación, consideró que si la ciencia se basa en leyes que ha descubierto con anterioridad y por consecuencia comprobado, siendo el ejemplo de ellas la física, la historia no está dentro de dicho registro debido su operación descriptiva. Ambas aportaciones señalan la preferencia de los saberes de presupuestos ontológicos debido a la certeza y universalidad que estos reproducen.

En resumen, siguiendo a Ulises Moulines, los cambios de científicidad del siglo XIX hasta hoy se pueden agrupar en 5 fases¹⁵:

1. 1890 - 1918. Las figuras científicas pusieron en duda los fundamentos de la física vía la termodinámica y la electrodinámica.
2. 1918 - 1935. Suceden dos divisiones fundamentales. La primera, en el contexto de Europa occidental, hay una influencia general del modelo matemático en todo procedimiento científico. La segunda, refiere al caso oriental, específicamente al Círculo de Viena, en el que la especialización del lenguaje se vuelve un elemento fundamental para el proceder.
3. 1935 - 1970. Ligado a la segunda fase que mencioné arriba (específicamente al Círculo de Viena), Hans Reichenbach dejó el positivismo lógico característico de esos años y lo sustituyó por un empirismo lógico dada la crisis del verificacionismo. Nació el racionalismo crítico de Karl Popper y también se derrumbó el reduccionismo conceptual.
4. 1960 - 1985. A diferencia de las etapas anteriores, el principal intelectual de este periodo, Thomas Kuhn, eliminó a la inducción y deducción como dinámica científica y explicó dos momentos distintos en la evolución de una disciplina
5. 1970 - 2000. La teoría es declinada para dar paso a la construcción modelística de la realidad.

A lo largo de más de dos siglos la ciencia ha tenido que transformarse por circunstancias exógenas o endógenas, siempre adecuándose a las distintas realidades y anclándose a los avances que la modifican. El éxito de su reconocimiento social y

¹⁴ Cfr. Paul Veyne, *Cómo se escribe la Historia – Foucault revoluciona la historia*.

¹⁵ Cfr. Ulises C. Moulines, *El desarrollo moderno de la Filosofía de la ciencia*.

académico radica en su capacidad de adaptación basado en un método claro, un lenguaje especializado y un objeto de estudio repetible y en la mayoría de los casos sensorial (ya no necesariamente sustentado en la observación del objeto).

La organización de la tesis consta de tres capítulos. El primero, “Una reflexión escrita de los contratiempos de la historia”, introduciré mi postura acerca de los vaivenes teórico epistémicos respecto a la historia y su historicidad. Se abordarán algunos elementos considerados como *dimensionales* (acontecimiento, observador), y se desarrollarán las posturas sobre si la historia es una ciencia o no. Asimismo, se propondrá el concepto de interpretación desde la perspectiva de Paul Ricoeur, cuya importancia en la investigación y su desarrollo es capital.

El segundo capítulo, “Aspectos limitantes de la interpretación para la cientificidad de la historia”, versará sobre la problemática teórico práctica de la interpretación según Paul Ricoeur en la historia y la relación que hay con las nociones de ciencia de Thomas Kuhn. Asimismo, ahondaré en la relación entre el acontecimiento y la argumentación, a partir de una aproximación lúdica con el archivo.

El tercer capítulo, “De la iconoclastia y la iconodulia a la interpretación y la representación”, expondré las potencias que hay en la operación historiográfica entendida como una representación abierta a su escritura, como a su interpretación.

Finalmente, concluiré con un resumen general de la investigación, así como con una reflexión acerca de las posibles maneras en las que la historia posibilita narrativas acerca de los pasados, ya sea de manera científica o no, siempre y cuando haya una teoría que las guíe y sustente como relatos.

Capítulo I

UNA REFLEXIÓN ESCRITA DE LOS CONTRATIEMPOS DE LA HISTORIA

El concepto central que atravesará este trabajo, como mencioné anteriormente, es: dimensionalidad. Este refiere a la característica latente y constituyente de la historización de cualquier acontecimiento. Debido a la propiedad inconmensurable del acontecimiento no hay ningún discurso que logre capturarlo en su totalidad, incluido el historiográfico, que entre otras particularidades, en su registro crítico, su labor es evidenciar estos límites. Paul Veyne escribió en *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, que el historiador, a diferencia de otra figura que se aproxime a los acontecimientos, no puede partir de lo dado como si éste fuera, ya, el orden último del mismo. En este sentido, la historia, a diferencia de su comprensión “geométrica” (total), aparece fragmentaria. No obstante, las aportaciones epistémicas del siglo XX, en especial, las de la posguerra, posibilitaron la comprensión de los límites de acceder a la realidad pasada, o al *hecho*.¹⁶ Este, siguiendo a Hayden White, mencionó la imposibilidad de distinguir el hecho con la interpretación. En este sentido, la estructura de la operación histórica está en lo inconmensurable que la funda. Esta condicionante, lejos de cancelar la proliferación de historias, las activa debido a su inconmensurabilidad.

La noción del hecho como producción discursiva, que no reductible a ello debido a su inconmensurabilidad, posibilita la comprensión y creación de relatos que den cuenta de éstos. Este primer registro de la dimensionalidad podría comprenderse mejor si distinguimos dicha propiedad histórica con la observación de la física clásica que subsume, desde una observación total, al fenómeno como si su acceso fuera real y verdadero. La historiografía, a partir de la década de los sesentas del siglo XX, se pregunta por cómo leer/obsevar un libro de historia y no por su coincidencia con lo realmente sucedido.¹⁷ La pregunta será, entonces, por el lector y la práctica lectora. Así, además del acontecimiento

¹⁶ Cfr. Françoise Dosse, “El acontecimiento histórico, entre esfinge y fénix”, en *Historia y Grafía*, núm. 41, México, 2013, pp. 13-42.

¹⁷ Cfr. Frank Ankersmit, *Historia y Tropología: ascenso y caída de la metáfora*.

como elemento de la base estructural de la Historia, encontramos otro elemento dimensional: el observador. Podría ejemplificar, en el *Aleph* de Borges, el problema donde se inserta la dimensionalidad: “Lo que vieron mis ojos fue simultáneo: lo que transcribiré, sucesivo, porque el lenguaje lo es”.¹⁸ Narrar lo acontecido, la percepción del fenómeno a través de los ojos, simultáneo, deviene sucesión, es decir, construcción. Por tanto, en el momento exacto del acontecimiento, el primer observador no tiene la facultad de reproducir fielmente lo acontecido, no puede explicar el pasado en calidad de testigo, tan solo puede hacer una representación de él. En palabras de Alfonso Mendiola: “el historiador no describe el pasado, sino que describe observaciones acerca del pasado”.¹⁹ Ahora bien, quien observa,²⁰ en primer lugar, está en condiciones de reproducir el acontecimiento de manera cognitiva. En segundo lugar, en una observación especializada, están aquellos que la hacen desde la consciencia temporal, es decir, practican la historización. Por último, identifico al observador pasivo, el que lee a los dos primeros, pero sin interesarle cerciorarse de la veracidad de los textos, pese a difundir las observaciones de las observaciones.²¹ Así pues, la dimensionalidad de los tres tipos generales de observador genera un problema inherente a ellos: la incapacidad de apropiarse de la narrativa adecuada que represente integralmente lo sucedido. El lenguaje sucumbe frente a la realidad. La fisura que supone el acontecimiento frente al observador es, entre otras tareas, una de las preocupaciones de la teoría de la historia.

La dimensionalidad aplicada al observador carece de las herramientas epistémicas como operacionales de representar tal cual a la realidad. Si bien esta condición es una limitante, también conlleva potencias. Los esfuerzos por fijar la operación historiográfica como producción discursiva ha llevado a autores como Siegfried Kracauer a escribir acerca de la “antesala”, o la “actitud de antesala” propia del historiador. Esta, a diferencia de la labor del filósofo, preocupado por verdades últimas, se sitúa un paso antes. La historia, en este sentido, es una ciencia empírica que interpreta la realidad histórica, similar a la práctica

¹⁸ Jorge Luis Borges, *El Aleph*, p. 66.

¹⁹ Alfonso Mendiola, “El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado”, en *Historia y grafía*, núm. 15., 2000, pp. 5-17.

²⁰ *Cfr.* Rafael Echeverría, *El observador y su mundo Vol. II*.

²¹ *Ibidem*.

fotográfica.²² Por ello, siguiendo a Karl Popper: “nunca se podrán hacer observaciones puras, desinteresadas y libres de teoría”.²³ Cada elaboración teórica es posible por condicionantes. No hay teoría neutra. Cada una de ellas está atravesada, en el registro científico, por su necesaria validez. En el ámbito historiográfico, cada una de las escuelas tiene su “herencia” (Derrida). No por ello la producción que en ellas se realiza es subjetiva únicamente, pues tiene un arraigo necesario a la objetividad, aunque los relatos varíen de una en una. Por ejemplo, en el siglo XIX W. Dilthey se esforzó en buscar el *factum* en las ciencias del espíritu y su relación con la historia para volver, de éste, una certeza científica que pudiera situar la historicidad en su centro y no la atemporalidad. Siglos antes, Aristóteles, cuya atención se concentraba en lo que hoy nombramos como ideas universales, se concernía en la inducción que pudiera articular el conocimiento desde principios generales ahistóricos que permitieran continuar validando a la *polis*.²⁴ Asimismo, ubicado entre la apertura del mundo occidental y el fin de su estado como ser cerrado, Galileo explicaba vía las matemáticas los acontecimientos del mundo. De regreso a la historia, Paul Veyne escribió que no es una ciencia pues no explica ni tiene un método universal.²⁵ En mi caso, tomaré una definición de la ciencia proveniente de las aportaciones de Thomas Kuhn, pues en ellas es posible situarse desde el presente sin clausurar los esfuerzos por comprender otras.

Una de las nociones de Kuhn es: “la fijación en el tiempo”. Esta nos lleva a preservar la palabra en la memoria para abstraer una enseñanza prolongada. Este estado, que es el primero de la ciencia, posibilita a los distintos agentes transformadores describir e interpretar de modos distintos a los fenómenos. A diferencia de ese estadio, hay otro, que corresponde a otro momento histórico, en el que hay un consenso pre-paradigmático, hecho entre un grupo específico de intelectuales, que parten no de lo dado únicamente, siendo, su discusión, el punto de partida. En este sentido, para Kuhn: “si la ciencia es la constelación de hechos, teorías y métodos reunidos en los libros de texto actuales, entonces los científicos son hombres que, obteniendo o no buenos resultados, se han esforzado en

²² Cfr. Siegfried Kracauer, *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas*.

²³ Cfr. Karl Popper, *El mito del marco común, En defensa de la ciencia y la racionalidad*.

²⁴ Cfr. J.M. Mardones y N. Ursúa, *Filosofía de las ciencias humanas y sociales*.

²⁵ *Idem*.

contribuir con alguno que otro elemento a esa constelación particular”.²⁶ Esta clave nos permite pensar en el recorrido temporal de la ciencia. Ahí podemos notar que no ha sido acumulativa. Los descubrimientos, inventos y creaciones de teorías y leyes no obedecen de manera general y absoluta a una sumativa. Muchos de estos procesos han implicado un desarrollo técnico-práctico proveniente incluso de errores y coincidencias. Lo mismo sucede con la historia. La historia, sólo desde la concepción Kuhniana y de acuerdo a mi lectura, es una ciencia por la larga tradición que data desde el siglo XIX en cuanto a escuelas paradigmáticas, como las que mencioné en la introducción. Es científica, porque distintos intelectuales de diferentes disciplinas han creado esas “constelaciones de hechos, teorías y métodos” de las que habla Kuhn, a pesar de que la propia historia tiene rasgos acientíficos o proto científicos inmanentes a su propia articulación y objeto de estudio. En este sentido, el carácter ético del científico, como del historiador, no puede pasar por alto la problematización del lugar de su enunciación. Así pues, si estamos, en la actualidad científica, en este campo pre-paradigmático, me parece que es momento de llegar a un acuerdo en virtud de la importancia social que se nos ha conferido para llevar a la práctica aquello que nos interpela del conocimiento.

1.1. La historia que emerge de la ciencia y la ciencia en la historia

En el siglo XVIII, la era de la emergencia de la Ilustración, se produjeron métodos para explicar los fenómenos naturales desde otro lugar que la teología. La ciencia como forma de comprensión estructurada, entre otros elementos, por la relación sujeto-objeto, devino el registro desde el que se comprendía el estar en el mundo. En un análisis del modo en que se ha pensado la ciencia, Alistair Cameron Crombie expuso 6 tipos de razonamiento científico que le permitieron dar cuenta que cada uno de ellos respondía a diferentes composiciones y contextos.²⁷ En resonancia con Kuhn, puede inferirse que la Modernidad genera varias nociones de ciencia, en consecuencia, de sociedades y discursos históricos. En este complejo entramado del saber, ¿qué sentido tiene el cuestionamiento de la científicidad de la historia? Si la historia es histórica como la ciencia, ¿cómo pensar, desde la historicidad, la ciencia histórica? Para abordar estas preguntas marcaré algunos indicios. Uno de ellos es

²⁶ Thomas S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, p. 21.

²⁷ Cfr. Ian Hacking, *Historical Ontology*.

la ausencia de un lenguaje técnico universal del historiador. Si bien la complejidad intelectual es valorada como insignia académica, hemos llegado al punto, en algunos casos, de tener que utilizar diccionarios para acercarnos al vocabulario que utiliza un pensador, como si fuera necesario comprender literalmente al que escribe (o como si se pudiera). Otro indicio tiene que ver con la incursión de intelectuales de distintas disciplinas en la práctica de historiar. En ocasiones, algunas figuras intelectuales se convierten en historiadores, sin haber tenido formación en historia aunque lucidez y claridad teórico metodológica logran hacer discursos próximos a una operación historiográfica. Las aportaciones que se han hecho al área de la historia provienen de distintas fuentes del saber y son siempre bienvenidas. Quizá, el hecho de que el historiador pocas veces se incorpore a otras disciplinas, manifiesta un arraigo clausurante a su potencia histórica. Sin duda, el enriquecimiento al oficio del historiador se ha visto incrementado por todos aquellos sujetos que con las ventajas obtenidas de sus herencias engrosan epistemológicamente a la historia.

En relación a la científicidad de la historia, hay problemáticas complejas localizadas en las tesis interpretativas que emanan del autor en el instante mismo en que comienza a historiar. Si bien la ciencia ha tenido a bien sistematizar sus procesos en los que busca nuevo conocimiento, la historia ha procedido de otra manera. Una de las dificultades de ello es que no existe una sola manera de historiar. Si bien no todos los *textos* son aceptados académicamente por su falta de rigurosidad procedimental existe una cantidad exorbitante de estudios que sin importar esta veracidad, se encuentran al alcance del público general y del experto que muestran las variadas formas de investigar y escribir. Al respecto, a continuación discurriré por qué el texto y el autor están atravesados por la dimensionalidad, debido a las posibilidades que pueden desplegarse en cuanto al modo en que la historia ha sido, es y podrá ser pensada y escrita.

El texto y el autor están íntimamente ligados. Dilthey mencionó que para comprender el texto hay que entender a la psicología y vida del autor. Didácticamente podemos decir que al momento de historiar, o bien, de leer históricamente, el lector considera en primer lugar al objeto de estudio, su pertinencia y lo que puede aportar de conocimiento nuevo de acuerdo a su precondition intelectual generando conocimiento o introduciendo una mejor comprensión para alguna cuestión, hecho o periodo. Si bien este

es el proceso usual de lectura, hay otros. El de la dimensionalidad radica en que el texto puede leerse independientemente al autor que lo escribió sin por ello traicionar o hacer lecturas incorrectas, pues, su operación es la apertura de lo inobservable y su potencia creativa. La polisemia de la lectura y sus efectos le es propia a la práctica en general, no obstante, en las ciencias “duras” como en ciertos grupos ortodoxos en el registro de las humanidades, se celebra la unidad y directriz de la lectura de modo que el contenido es abstraído como universal (al igual que su aplicabilidad). La lectura histórica podría semejarse a la siguiente imagen: la coraza de un caracol marino, el caracol (autor) genera su concha y la habita durante determinado tiempo hasta que la deja para que después llegue otro animal marino (lector) y se apropie de ella.

Una puntualización fundamental de la práctica de lectura que aporta la dimensionalidad es confrontar, cada vez en cada caso, la posibilidad de la “escucha” al aproximarse a las fuentes, pues, sólo tensando los conocimientos anteriores y las impresiones lectoras, en esa antesala, se manifiesta la polisemia del sentido. Montaigne, citado por Derrida, en su ensayo acerca de la diferencia como condición de posibilidad del sentido, dice: “Presenta más problema interpretar las interpretaciones que interpretar las cosas”.²⁸ El siglo XXI y la condición electrónica en la que sucedemos globalmente nos ha llevado a interpretar, incesantemente, información al mismo tiempo que nos relacionamos con ella desde una literalidad peligrosa debido a la falta de tiempo para la reflexión.

Respecto a la interpretación historiográfica, el acto hermenéutico por sí solo, no tendría un efecto negativo sobre la cientificidad de la historia, pues los acontecimientos se interpretan para llegar a una comprensión de ellos. Sin embargo, en la historia la interpretación busca verdades opcionales sin tomar en cuenta la viabilidad de las mismas, rompiendo así con un continuo epistemológico. La ausencia en la dimensionalidad del texto provoca que el lector asigne un significado distinto al que quiso decir el autor, mismo que sólo sabremos si éste aún vive y se lo preguntamos (y, aun así, éste podría haber mutado). El lector asigna al texto un significado que no está regido por ninguna metodología constructiva y que regularmente obedece a subjetividades personales, sin olvidar su dimensión social. Si el historiador no se puede borrar a sí mismo y el lector no se puede

²⁸ Jacques Derrida, *La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas, en la escritura y la diferencia*, p. 383.

librar de las cadenas de la subjetividad y mucho menos de su “herencia”, entonces hay una primera afectación a la cientificidad de la historia que le llamaré *lectura alterativa*. Con este término me refiero específicamente al ejercicio de evidenciar y corromper el significado del texto que se nos presenta, pues no existe la lectura correcta del texto. La lectura alterativa es inconsciente y previa a la objetividad pretendida. Aún en este desfase de lectura en la práctica científica, hay “revoluciones ideológicas”²⁹ que muestran la posibilidad de administración y regulación del sentido por distintas instituciones del saber, en especial, aquellas basadas en nociones ahistóricas. En el caso de la historia, al ser un saber itinerante, cuya operación está en tránsito, pasa de una revolución a otra cada vez cuestionándose explícitamente o no, su quehacer. No obstante, precisamente la influencia de la polisemia interpretativa necesaria para la coexistencia de las revoluciones ideológicas, es un segundo aspecto a considerar para mirar un problema de cientificidad en la historia. De hecho, esta falta de unanimidad en la academia de historiadores sobre la práctica de historiar, en efecto deja ante muchos como proto científicos o humanistas.

Aunado a la lectura alterativa, propongo la noción *criticismo irreflexivo*. Aquí comprendo a la irreflexión de acuerdo a su significado más amplio que denota la falta de meta del mismo ejercicio de reflexión, es decir, todas aquellas modas intelectuales que sólo se fundan para contraponerse a ciertos paradigmas que se ha demostrado son útiles y que a pesar de esto originan una cantidad ilimitada de obras intelectuales que hacen imposible visualizar otras posiciones intelectuales que explican mejor, identifican y distinguen las óptimas maneras de historiar, interpretar y representar en los límites de la operación historiográfica.

En este ir y venir de indicios, es momento de pensar a la figura del historiador desde la dimensionalidad. Este se ve atravesado por la imposibilidad de guiarse por el contexto, pues éste, por más sólido e informado que esté, es absurdo fijarlo como límite hermenéutico, que no como potencia interpretativa. Si hay límites de investigación institucionales, estos, sujetos a la historia, cambian constantemente, como las interpretaciones que generan. Aquello oculto entre una operación histórica y otra es lo que

²⁹ De acuerdo con Karl Popper las “revoluciones científicas” son los avances en la ciencia. Pueden derivar en “revoluciones ideológicas”, es decir, en una influencia notable en la comunidad científica como en todo el marco de la evolución de la ciencia, en su obra *El mito del marco común*, p. 18.

aquí importa pues es, ese residuo, aquel que vale la pena ensayar. Para hacerlo, habrá que confrontar dos desventajas de la cientificidad de la historia. 1) La aplicación radical de la interpretación subjetiva del acontecimiento cancela la reflexión epistémica. 2) La diferencia de interpretaciones puede caer en un relativismo irracional del producto histórico. Ambas desventajas generan que haya que suprimir la dimensionalidad del acontecimiento a registros cognoscibles y al mismo tiempo, librar *el efecto relativista* que genera en el historiador. Este efecto provoca que la acción de historiar, sin buscar su estabilidad esté descontrolada. Los historiadores, por consenso, crean, desde una sociedad particular, lineamientos para investigar. Si bien no hay una búsqueda verdades primigenias, sí buscamos veracidades en el acontecimiento. A pesar de ello, está de moda la aceptación de prácticamente cualquier postura que contenga un mínimo de utilización de herramientas metodológicas. Karl Popper (desde la filosofía) ya advierte sobre la problemática del relativismo debido a que se encuentra en el terreno de la irracionalidad. El efecto relativista es aceptado por la academia como una manera de tolerancia y civilidad intelectual, sin embargo, es evidente la inexistencia de vías procedimentales concretas. Este problema, en su carga negativa como en la positiva, hace que todos puedan ser, potencialmente, historiadores.

La pregunta sobre por qué se considera una discusión superada la dicotomía de si la historia es ciencia o no, está basada en la cuestión historiográfica del siglo XX en la que no se pretenden generar consensos, sino la proliferación de tesis interpretativas. Lo anterior, apoya mi proposición acerca de estar en el límite de la racionalidad con la relatividad inmiscuida en el quehacer historiográfico, por supuesto pienso en la relatividad desbordada. En este sentido, para Frank Ankersmit “el propósito de la historiografía no es la transformación de las cosas narrativas en desconocido a lo conocido, sino el extrañamiento de lo que parece conocido”.³⁰ Esta perspectiva conduce a diversas dificultades para el acercamiento de la verdad, pues, el conocimiento humano generado hasta el momento se ha convertido en algo fundamental, si bien no la acumulación de un conocimiento sobre otro, si la crítica trascendental para su mejoramiento y el de su aplicación. Es decir, la proliferación de tesis interpretativas nos conduce irremediabilmente al terreno de la

³⁰ Cfr. Frank Ankersmit, *Historia y Tropología*.

irracionalidad, así como lo hace el de la relatividad. No es que se tenga una visión reduccionista sobre el acontecimiento, pero tampoco podemos aceptar una infinidad de interpretaciones. Por eso hay una exigencia en cuanto a limitar los alcances de la interpretación. Por ello, la historia debería ceder su campo de acción libre a uno con mayor estabilidad, si bien la historización es siempre distinta debido a su objeto de estudio, se entiende que se pueden agrupar dichos objetos a manera de circunstancias y modelos. Es decir, serviría entender que si la historia es ciencia, para serlo tiene que cumplir con ciertos parámetros que aseguren su credibilidad no así su verdad absoluta.

El conocimiento es dimensional ya que nunca es completo, pero sí se aspira a su entendimiento parcial. En la dimensionalidad del conocimiento se encuentra su capacidad de adaptación a las distintas mentalidades de quienes lo pretenden. Es decir, considero al conocimiento no como algo que el ser humano produce sino como algo a lo que el ser humano accede. Hago esta distinción porque el conocimiento que pretendemos crear es única y exclusivamente producto de lo ya existente, de algo que nosotros no creamos sino que a partir de ello construimos. Esto quiere decir que el que posee mejores instrumentos metodológicos y una mayor capacidad intuitiva e intelectual, es quien, quizá, pueda comprender holística y heurísticamente al acontecimiento y su devenir. La dimensionalidad del conocimiento propicia que nunca lo podamos tener de una manera absoluta. Esto significaría la inexistencia del conocimiento. Su dimensionalidad radica en su autonomía y relatividad para generar escenas que buscan tener un entendimiento aislado, pero que también pueden perfectamente adecuarse a otras escenas.³¹ Una vez más, encontramos al relativismo camuflado como elemento emergente que eslabona el proceso explicativo historiográfico. Esto nos da luz en cuanto a seguido desde cierta lógica, el relativismo estable funciona dentro de los esfuerzos del historiador por entender un proceso o un acontecimiento.

Lo que podría buscar la historia en la dimensionalidad del acontecimiento es lo que permita construir explicaciones significativas, trascendentales y lógicas del pasado que soporte su conexión con otras explicaciones sin importar las disciplinas o marcos teóricos de donde surjan. Si observamos el avance de la ciencia, aunque en repetidas ocasiones se ha

³¹ Cfr. Andrés Ortíz-Osés, *Metafísica del sentido. Una filosofía de implicación*.

dejado en claro que no necesariamente este progreso fue acumulativo, una característica genuina de su desarrollo fue la facilidad con la que muchos de los inventos, avances científicos y descubrimientos, pudieron apoyarse de otros (aceptados o no) para poder seguir escudriñando el conocimiento deseado.

La científicidad, desde Kuhn, de la historia debe estar íntimamente entrelazada con la dimensionalidad del conocimiento y debe buscar la completa armonía en sí misma para a la postre mostrarse como legítima, veraz y consensada. La búsqueda de esta armonía dentro de la dimensionalidad de cada uno de los conceptos abordados hasta el momento y los que sigan se torna de suma importancia para comprender la complejidad de la misma dimensionalidad que expondré más adelante.

1.2. Lectura alterativa

En la historia del ser humano ha buscado eternizar, mediante la escritura, los acontecimientos que, dependiendo la comunidad, fueron de suma importancia volviéndolos trascendentes para ellos como para su por venir. La alterabilidad de la historia oral fue superada por la escritura y el impreso que hasta hoy tiene un lugar predilecto sobre casi cualquier soporte mnémico. Roland Barthes y su teoría de la literatura habla del texto como vehículo en el que la moralidad, la ideología y una visión del mundo insospechada del escritor y el lector³², opera consciente e inconscientemente. A esto le llama *Mitología*. Barthes estipuló que el efecto de realidad se encuentra en el texto mismo. En sus aportaciones, separó al escritor del texto que está produciendo y lo sublima como creador de una realidad a la que ni él mismo está preparado. Sin embargo el escritor produce el texto a partir de lo que llamaré su *experiencia dimensional* en la que profundizaré más adelante.

La *lectura alterativa* es inconsciente e inherente al lector. Es un vacío provocado por el momento de construcción que le es propio a la historia. Sin embargo, debemos limitarla con parámetros que indiquen si realizó una lectura correcta o no, según el cumplimiento con las características mínimas que indican una asimilación satisfactoria del texto. El primer parámetro es la coincidencia de intereses entre el autor y el lector. Es

³² Cfr. Roland Barthes, *Le bruissement de la langue*.

común la incursión de lectores ajenos a los temas que abordan un texto en la actualidad, si bien es enriquecedor contar con lectores de distintas disciplinas, debe existir una correspondencia técnica, filosófica, cultural o académica, que sugiera una lectura verosímil del texto, evitando el traslado epistemológico de su disciplina a lo que se está leyendo. Es decir, la relación autor-lector debería aclararse para su correcto funcionamiento, aún desde su dimensionalidad, en el registro profesional, específicamente en los textos historiográficos. El segundo parámetro es la comprensión del estado del arte del lector hacia su autor en relación al texto producido. Si bien el entendimiento del contexto no siempre es importante, para simbolizar el límite es inevitable visualizarlo. Incluso las microhistorias de Carlo Guinzburg que parecieran no tener un contexto, lo promueven en el lector de una manera libre. La lectura de las microhistorias implica fantasía e imaginación que se da sólo de acuerdo al desplazamiento del lector a falta de contexto él lo origina. El tercer parámetro es esencial, ya que nos avoca a una lectura ética del texto. Este ejercicio no depende del escritor, es exclusivo del lector y quizás el más difícil de practicar en la actualidad. Se debe insistir en que el texto comunica pero de ninguna manera impone alguna doctrina. Su lectura debe ser cuidadosa y siempre en concordancia con la trama propuesta tanto por el escritor como por la comunidad académica a la que el escrito pertenece. El cuarto parámetro está ligado a lo que Ankersmit llamó “el recuerdo nostálgico del pasado”³³ y su secularización con el texto. Si el recuerdo nostálgico del pasado es el que nos da una experiencia más auténtica y real del mismo, existe un enaltecimiento infundado por parte del lector e incluso del autor, basado en los recuerdos que propician una idealización del acontecimiento sin bases teóricas y metodológicas de investigación en el mismo. El posmodernismo se debe limitar a una experiencia del pasado pero no debe mezclar ingenuamente su nostalgia con la lectura ejercida por el individuo para evitar así un quijotismo. Los recuerdos no deben ser parte del historiador en el ejercicio de lectura, no al menos de una manera reactiva, sino complementaria o diferencial.

³³ Cfr. Frank Ankersmit, *Historia y Tropología... Op. cit.*

1.3. Criticismo irreflexivo

Como he mencionado anteriormente, en la actualidad hay una sobreproducción de obras dentro de la teoría de la historia que quieren superar a sus antecesoras y en otros casos unirse para crear un entendimiento distinto. La múltiple perspectiva de los problemas de la historia es soportada hasta llegar a un gran número de posturas epistemológicas, metodológicas, conceptuales, ontológicas y estructurales. En el entendido de la imposibilidad por retratar la realidad de los acontecimientos, siendo la investigación la operación reflexiva una interpretación, como mencionó Pierre Nora³⁴, el problema de la variedad de obras coincide con el de su veracidad en una especie de historias fragmentadas.

El *criticismo irreflexivo* propone la teorización del escenario de la historiografía actual, es decir, la multiplicidad de sus producciones y su tensión respecto a los consensos que posibiliten una forma de veracidad o al menos vislumbren un camino por el cual dirigirse. En este sentido, el criticismo irreflexivo escapa de lo que Thomas Kuhn llamó “periodo pre paradigmático”, refiriéndose al momento en que dentro de una comunidad académica o escuela se discuten las leyes, métodos, y normas de solución.³⁵ En el campo historiográfico, la polisemia dilata, cada vez en cada caso, la posibilidad de estas comunidades atravesándolas por la historicidad. Por este motivo, la ética y la claridad de la escritura debe mostrar el lugar de enunciación como sus intenciones, evitando ceder en la universalidad y relativismo de su contenido.

1.4. El efecto relativista

El *efecto relativista* es esencialmente nutrido por la interpretación. En la proliferación de historiografías, engrosa su efecto y su “inconmensurabilidad” de entendimientos que chocan entre ellos, impidiendo su adaptabilidad para lo que debería ser el único objetivo del historiador: explicar el pasado de una forma veraz y compartir ese conocimiento. Además de la interpretación, la descontextualización de la operación historiográfica, propicia el efecto relativista en el texto mismo provocando una lectura innecesariamente complicada.

³⁴ Eugenia Allier Montaña, “Los *lieux de mémoire*: una propuesta historiográfica para el análisis de la memoria”, p. 192.

³⁵ El periodo “pre paradigmático” se plasma detalladamente en la obra de Thomas Kuhn titulada *La estructura de las revoluciones científicas*, capítulo V, pp. 161-172.

Un ejemplo de ello es la publicación, en 1969, de Karl Popper, en la que se compilaron distintas disertaciones en las cuales estuvieron figuras como Adorno, Dahrendorf, Habermas, Hans Albert y Harold Pilot. Originalmente Popper había propuesto veintisiete tesis para una discusión a la que había sido invitado titulada “La lógica de las ciencias sociales”. Era un congreso de sociólogos alemanes que estuvo conformado principalmente por integrantes de la Escuela de Fráncfort. Este congreso se inauguró en 1961 y en él, Popper expuso las tesis a manera de enunciados bien definidos que atacaban o defendían cierta “lógica de las ciencias sociales”. A partir de este encuentro, existió un cruce de respuestas entre Albert y Habermas, el primero apoyando a Popper y el segundo refutándolo, generándose distintos escritos en los siguientes años. En 1969 se publicó un libro en Alemania con el consentimiento de Popper, en el cual se recopilaron escritos de los autores mencionados sin el contexto en el que surgieron. Para entonces a Popper lo habían considerado positivista y sus veintisiete tesis nunca fueron siquiera leídas por los integrantes del debate. El ejemplo anterior puede ser una evidencia de por qué algunos lectores de los años sesenta que leyeron a Popper creyeron que provenía de una escuela epistemológica positivista. La verdad de sus tesis, el congreso al que asistió y lo que proponía, quedó vedada al lector hasta que, en la década de los noventa, se aclaró formalmente la incongruencia de un texto que comprendía posturas de diversos años y no de un mismo tiempo y espacio. Para ese entonces, el efecto relativista se hizo presente en las distintas lecturas realizadas de la obra en la que se incluía a Popper porque el texto mismo contenía errores de tiempo-espacio que influyeron en la interpretación.

Hasta ahora podemos concluir que la ciencia de la historia, en efecto, pertenece en gran medida al campo de la interpretación. Empero, se debe buscar lo contrario a lo que denominé criticismo irreflexivo mediante el común acuerdo (de la academia y distintas escuelas de pensamiento), en un marco teórico metodológico y conceptual para el ejercicio de la historización. No se debe buscar la inmediata aceptación de las distintas hipótesis ni su automática refutación. Debe haber un diálogo constructivo entre ellas que prospere en algo nuevo.

No es necesario -las demás ciencias lo han comprobado- que busquemos la síntesis de una coyuntura histórica, pero sí evitar la relativización radical de distintos caminos en un mismo debate o construcción de la historia. No por ello me refiero a un reduccionismo

prácticamente imposible, pero sí a la imperiosa necesidad de que las distintas hipótesis comulguen intelectualmente sin el afán de sobre-posición de una en otra ni en contra-posición, claramente si en una inter-posición.

1.5. El camino desvirtuado de la conceptualización en la ciencia histórica

En la historia de las ciencias naturales se consolidó la creación de conceptos y categorías en cuya intención era describir el comportamiento de los fenómenos naturales como su explicación. El método empírico fue la directriz de esta construcción. Fungió como su base. Dicha corriente se enfocó en categorizar una realidad repetible, observable en su presente y comprobable. El historiador, por su parte, carece de la repetición de su objeto de estudio. Este está en permanente cambio. No obstante, hay observación. Se da en el tenor de “la observación de las observaciones”. A pesar de ello, se han creado distintos conceptos y categorías que en ocasiones resultan superfluas y han saturado al lenguaje utilizado por el teórico de la historia. Por supuesto, la terminología en una ciencia es elemental para su entendimiento como tal, pero no se debe crear (ni en las ciencias naturales de acuerdo a Popper) si existe una palabra sencilla, comprensible y común a las personas, que pueda funcionar para explicar, describir y comunicar algún conocimiento.

Debido a la participación de intelectuales de otras ciencias, la historia está constituida de conceptos y categorías de aquellas que se manifiestan creando confusión entre los distintos teóricos de la historia y los mismos historiadores. Encontramos ejemplos en ciertos autores y sus conceptos, pero si esa terminología la expusiéramos a la comunidad internacional de historiadores (si existiera alguna con un peso mayor que las demás), sería cuestión de tiempo para que la incomprensión se diera lugar en esa comunidad. Hay una necesidad inherente a las disciplinas de una terminología propia que no debe caer en la interdisciplinariedad que si bien es enriquecedora, no por ello debe eclipsar la especificidad de cada observación.

1.6. La utilización de categorías y conceptos por imitación

Sabemos que el uso de conceptos y categorías en la teoría de la historia son necesarios para asir un hecho, proceso o acontecimiento que si bien existía con anterioridad, en el presente carece de nombre propio. El lenguaje del que se ha construido nuestra teoría para designar

lo anterior, proviene en muchas ocasiones, de otras normas a las que pertenece el intelectual. Esto sucedió en las ciencias duras a menudo, pero se liberaron de esa terminología inexacta para dar lugar a una propia. En resonancia con esta aclaración, concibo a la historia como una ciencia si y sólo si entendemos por ella lo mismo que Kuhn. En este sentido, si el lenguaje científico es el que debe describir su objeto en un *cuasi* metalenguaje creado por necesidad, la disciplina histórica no es la excepción. En las demás ciencias, el lenguaje es fundamentalmente unívoco, irrepetible y por tanto no da opción a interpretaciones evitando utilizar esta terminología para más de un referente.³⁶

Mi propuesta, en este marco, es que las palabras concepto y categoría en la actualidad son también dimensionales y rompen con esta inercia de la tipología en los discursos especializados no por imitación de los distintos teóricos e intelectuales, sino por la semejanza de los acontecimientos y construcciones meta teóricas de la realidad social con otras realidades. Por tanto, su utilización se permite a manera de herramientas de comprensión de algo que en su origen rastreable tiene el mismo sentido o significado y en el mejor de los casos ambos. En la actualidad, distintos modelos epistemológicos, entre ellos el educativo, realizan esta imitación para mejorar el aprovechamiento desde un nivel teórico hasta un nivel práctico. Es decir, la sistematización de buenas prácticas educativas se lleva a cabo por un grupo de expertos que a partir de ellas crean una terminología definida, ajustada a su propio vocabulario en función del objeto de estudio y por mutuo acuerdo se propaga por las distintas escuelas del mundo. Al respecto, no podemos olvidar que la intelectualidad no se (de) muestra entre pares o público en general con palabras pomposas o sofisticadas, al contrario, éstas ejercen un efecto desolador e intrincado ante la imposibilidad de expresar y comunicar un pensamiento complejo a los demás. Un efecto negativo puesto que no es una terminología común en la academia e intrincado porque denota su inestabilidad conceptual. En este sentido, ¿qué compromisos conceptuales, teóricos, instrumentales y metodológicos tiene la historia? Kuhn realizó un excelente trabajo referente a la pregunta anterior en su obra de *La estructura de las revoluciones científicas* enfocado a la ciencia. Es momento de trasladarla a la disciplina histórica a

³⁶ Cfr.. Kueguel I Ciapuscio G, *Hacia una tipología del discurso especializado: aspectos teóricos y aplicados*.

manera de umbral (tal vez utópico) que haría de nuestra área del conocimiento ciencia a juicio de la comunidad científica.

Las primeras características científicas que debemos trabajar en el campo de la historia son las siguientes:

1. El conocimiento histórico es hipotético y está ligado a su interpretación más que al método con el que se consiguió.
2. Un acontecimiento goza de múltiples interpretaciones (derivadas de diversos estudios especializados). Es necesario buscar una visión unificada de la academia en cuanto a su valor histórico. Esta idea no pugna por una visión oficial, sino por una visión consensuada sobre un hecho específico, mostrando apertura a nuevos hallazgos como las demás ciencias.
3. Se debe optar en la práctica académica de la historia por un criticismo reflexivo, es decir, una meta clara con las críticas que se hagan a los estudios historiográficos que permita enriquecerlos más que refutarlos.
4. Se torna fundamental estar dispuestos a una crítica mutua entre historiadores. Se vuelve esencial declinar todas aquellas que carecen de sentido o sustento.
5. Así como en las ciencias duras las teorías contrastables y no contrastables son utilizadas para saber lo que puede pasar y qué no, en la historia las teorías que identifiquen una lógica dominante son las que debemos priorizar en nuestros estudios.
6. Es vital sistematizar hasta donde sea posible el mejor modo de realizar la operación historiográfica.

Los puntos anteriores no pretenden ser un canon del historiador, son notas para dar un poco de luz sobre ciertas reflexiones que tienen su emergencia desde hace dos siglos referente a la científicidad de la historia. En este sentido, ¿cómo dialoga la historia con otras ciencias? Desde la perspectiva de Karl Popper: “los historiadores y filósofos de la historia que insisten en el abismo entre historia y ciencias naturales tienen una idea

radicalmente equivocada de las ciencias naturales”.³⁷La relación entre unas y otras no sólo es necesaria, es, esencialmente, una ética.

1.7. La Teoría de la Interpretación de Paul Ricoeur

La importancia de las aproximaciones interpretativas para el conocimiento de la realidad, dentro del marco de esta investigación, está basado en la teoría de la interpretación desarrollada por el filósofo francés Paul Ricoeur, concretamente, en las propuestas que sintetizó en su libro *Teoría de la Interpretación*. A continuación, de manera sucinta, explicaré algunos de los presupuestos del libro sin intentar hacer un estudio prolongado, con la única intención de esquematizar de manera breve su teoría de la interpretación.

En primera instancia, Paul Ricoeur señaló la pluralidad de aproximaciones hermenéuticas siendo, una de ellas, definida por Dilthey y Schleiermacher, una aproximación “psicologizante”. Esta versión comprende al acontecimiento como *a priori* de un acontecimiento de habla (Ricoeur lo señaló como la predicación del Evangelio, a propósito que estaba en una conferencia en la *Texas Christian University* en el año de 1973). Así, mediante la filosofía del discurso, es posible evitar los prejuicios “psicologizantes” de la hermenéutica utilizada en el Evangelio, por ejemplo, y tomar al texto como una posibilidad de artefacto textual. Asimismo, el abordaje sustancial del problema de la escritura como caso hermenéutico, su contraparte, la lectura, abre nuevas formas de pensar la recepción textual. Al respecto, Ricoeur menciona:

Será la tarea de una discusión aplicada a los conceptos controvertidos de la explicación y la comprensión captar en conjunto las paradojas del sentido del autor y la autonomía semántica, el destinatario personal y el auditorio universal, el mensaje singular y los códigos literarios típicos, así como la estructura inmanente y el mundo exhibido por el texto [...].³⁸

Cuando Ricoeur escribe sobre “la filosofía del discurso”, lo hace intencionalmente para tener la pauta necesaria y poder introducir su “teoría de la metáfora” emparentada directamente con la “teoría de los símbolos”, en donde la primera necesita de la

³⁷ Cfr. Karl Popper, *El mito del marco común*.

³⁸ Paul Ricoeur, *Teoría de la Interpretación, Discurso y excedente de sentido*, p. 57.

interpretación para funcionar dentro de un núcleo semántico y dar como resultado lo que denominó “un acontecimiento del discurso”.

Ricoeur distingue claramente la explicación y la comprensión de acuerdo a su raíz de conocimiento en donde la primera atañe a las ciencias naturales debido a que los distintos hechos son observables y siguiendo el método científico se pueden formular hipótesis, desarrollar estudios, verificar hipótesis e incluso llegar a teorías y leyes. Es decir, cuando lo empírico pasa a lo que llama “proceso hipotético deductivo”, se logra como resultado la explicación. Por tanto, la explicación denota para Ricoeur un proceso complejo en el que la comunicación del conocimiento se realiza de una manera descriptiva y gradual que da lugar al entendimiento de cada uno de los elementos y procesos del hecho nunca mejor dicho, explicado.

Respecto a la comprensión, Ricoeur mencionó:

[...] la comprensión encuentra su campo originario de aplicación en las ciencias humanas, en las que la ciencia tiene que ver con la experiencia de otros sujetos u otras mentes semejantes a las nuestras. Depende de la significatividad de formas de expresión tales como los signos fisonómicos, gestuales, vocales o escritos, así como de documentos y monumentos que comparten con la escritura las características generales de la inscripción”.³⁹

Así, se da lugar a lo que Ricoeur llamó “arco interpretativo”: una dialéctica⁴⁰ intrincada que permite que la interpretación pueda ser aplicada a la dualidad comprensión - explicación.

Finalmente, Ricoeur afirma que en el ejercicio de lectura debemos buscar como resultado la apropiación, no de la psique del autor como lo propuso la “hermenéutica romántica”, más bien, de la posibilidad de mirar de una forma distinta las cosas.⁴¹ Para Ricoeur la interpretación “es el proceso por el cual la revelación de nuevos modos de ser da al sujeto, una nueva capacidad de conocerse a sí mismo”.⁴²

³⁹ *Ibid*, p. 42.

⁴⁰ Para Paul Ricoeur la dialéctica explicación – comprensión es una fase de un mismo proceso en el que no hay un orden de importancia e incluso se completan entre sí, en su obra *La memoria, la historia, el olvido*, pp. 241-310.

⁴¹ Ricoeur asimila este proceso con el que Gadamer llamó “fusión de horizontes” (fusión entre el horizonte del escritor y del lector), en su obra *La memoria, la historia, el olvido*, pp. 395-452.

⁴² *Idem*.

Es importante comenzar a identificar los presupuestos básicos de su teoría. En principio para Ricoeur el pensamiento aplicado a un discurso se vuelve dinámico, el lenguaje materializa nuestro pensamiento (no aclara a qué nivel o en que medida es posible trasladar nuestro pensamiento en lenguaje, aunque siguiendo con las ideas centrales entenderé que sucede sólo de una manera secundaria e inexacta). A continuación, éste discurso debe ser interpretado, siendo así la hermenéutica un proceso útil e indispensable en la lectura de un texto. De este modo, el sentido del texto no está reservado a un público específico y no depende del espacio tiempo para su comprensión. De hecho, todo texto está abierto a cualquier lector conduciendo a la obra a ser interpretada de una manera libre, que necesariamente llevará al individuo a la visión de una nueva realidad, sin que ello implique el entendimiento cabal del autor y lo que quiso decir, esto como ya lo he dicho antes, está vedado y es innecesario. En esta directriz, Paul Ricoeur escribió que el acontecimiento es paisaje y la interpretación un enfoque en una parte del ese paisaje.

La importancia de las tesis interpretativas, en concreto de la *Teoría de la Interpretación*, para el conocimiento de la realidad, radica en distintos sentidos y matices que a continuación enumeraré, no a manera de conclusión, sino para evidenciar que la hermenéutica coadyuva con una idea de lenitivo en la cientificidad de la historia proveniente de la interpretación. Los puntos importantes son los siguientes:

1. En el ejercicio de la escritura sobre lo destacado, existe la imposibilidad lingüística de inscribir lo acontecido tal y como sucedió. La historiografía, al tratarse de las acciones del hombre en algún ámbito, la plurivocidad, como la llamó Ricoeur, crece exponencialmente como para englobarla a manera de una explicación del hecho. Consecuentemente la escritura es limitativa sin importar sus fuentes.
2. El lector no debe buscar una verdad oculta en el texto o detrás de él, no existe un sentido único proveniente del autor que quiera transmitir, existe el sentido que cualquier persona que pueda leer ese texto le da, provocando un nuevo panorama de la realidad (o mejor dicho, de la parte minúscula de la realidad estudiada). Pero esta comprensión Ricoeuriana se presenta como un nivel anterior al explicativo sin desfavorecerlo, pero si marcándolo como parcial.

3. A falta de un fenómeno, el acontecimiento para la historia se envuelve en un discurso en el que el hablante y el que escucha intervienen en un proceso complejo que genera variación en el traslado o comunicación del conocimiento. Es decir, la interpretación se ejercita en dos formas, la primera, sin importar el orden, cuando es aplicada al discurso hablado entre lo que uno y otro entendieron en un diálogo, para después comunicarlo a los demás. La segunda forma, en la polisemia de texto.
4. Si la explicación emana del “proceso hipotético deductivo” de lo empírico y el acontecimiento, a diferencia del fenómeno, es irreplicable en las mismas circunstancias. La interpretación versa sobre algo que no se puede comprobar y que por su raíz de conocimiento, no tiene como objetivo último, la comprensión de los hechos (no psicologizante) pero si una comprensión lógica, estructurada y responsable del constructo de la realidad.
5. Para Ricoeur la comprensión es una parte especial de la interpretación. Conocer el acontecimiento se da en función de una tesis interpretativa que proviene de un individuo o grupo de ellos. Por tanto, la comprensión del hecho es fraccionaria y nunca global. De este modo se deduce que para el conocimiento de la realidad, se necesita un conjunto de interpretaciones que a la postre y mediante un consenso colegiado otorgarán una comprensión sobre lo sucedido, sin pretender ser la única comprensión válida.
6. Antes que el diálogo, sucede la materialización del pensamiento que es fundamental para el ejercicio del historiador, porque en cierta medida el proceso investigativo que se realiza para el estudio del pasado, depende de inscripciones que tuvieron por este proceso y dificultan aún más la elaboración de una interpretación integral.
7. La observación del acontecimiento que sugiere posteriormente una materialización del pensamiento, presenta dos problemáticas importantes: la primera es la limitación lingüística para inscribir lo pensado y lo observado y la segunda, la pérdida del contexto que puede suceder en el proceso de materialización del pensamiento.
8. La creación de una nueva realidad a partir de la aplicación hermenéutica en un texto es la culminación de un proceso complejo que abarca desde el acontecimiento mismo, pasando por su observación, estudio, verbalización y contraste, hasta su interpretación e inscripción textual.

No es objetivo de este capítulo abordar el problema de la metáfora en la hermenéutica que Ricoeur desarrolló desde el punto de vista aristotélico, ya que nos alejaría del propósito principal de concebir específicamente cómo una tesis interpretativa nos lleva al conocimiento de la realidad, que, más adelante vincularlo con el efecto lenitivo que tiene en la científicidad histórica.⁴³

Sin embargo a manera de aclaración, incluyo una síntesis hecha por Ricoeur en su obra *Tiempo y narración III* en la que propone lo siguiente al problema de la metáfora:

- La metáfora es un tropo, una figura del discurso que concierne a la denominación.
- La figura es una extensión del nombre por desviación del sentido literal de los nombres.
- La razón de esta desviación es, para la metáfora, la semejanza.
- La función de la semejanza consiste en fundar la sustitución del sentido figurado al sentido literal de un nombre que podría haber sido empleado en el mismo lugar.
- El significado sustituido no comporta ninguna innovación semántica: podemos traducir una metáfora, es decir, restablecer el sentido literal que ha sido sustituido por un nombre figurado (sustitución más restitución igual a cero).
- Puesto que no importa ninguna innovación, la metáfora no ofrece ninguna información sobre la realidad; por esta razón puede ser tenida en cuenta como una de las funciones emocionales del discurso.⁴⁴

Además de dichas metáforas, las interpretaciones sobre un mismo objeto de estudio e incluso sobre un conjunto de ellos, suelen generar apreciaciones diferentes sobre una misma realidad.⁴⁵ Las hermenéuticas distintas producen diversas interpretaciones, es decir, existe una problemática doble. La primera, anclada a la interpretación común que está ligada al *corpus* académico del observador, la segunda, con la técnica instrumental utilizado

⁴³ Cfr. Paul Ricoeur, *Tiempo y narración III*.

⁴⁴ Cfr. Paul Ricoeur, *Parole et symbole*.

⁴⁵ Con el concepto de pos-realidad me refiero al acontecimiento verdadero que ha pasado y del cual nunca podremos llegar a comprenderlo de una manera total. Su comprensión será adecuada, lógica y satisfactoria pero nunca su recuperación fiel y exacta.

por el mismo. Por ello es que Ricoeur incursionó en el “giro lingüístico” enfocándose en su estructura general.⁴⁶

Ante un acontecimiento, lo que ha visto del observador, al ser inscrito en otro soporte mnémico, ha perdido su univocidad. Necesariamente el enfoque y la atención en el pasado excluyen lo otro, quedándose a la deriva de una nueva mirada, de una nueva interpretación y de una nueva facultad lingüística del sujeto. Quizá, por ello, Ricoeur distinguió ciertas características del modelo nomológico – deductivo abandonado por el historiador. Por lo tanto hago los siguientes planteamientos:

1. La historia no genera las leyes que utiliza.⁴⁷No existe un consenso en los presupuestos metodológicos de los historiadores que unifiquen sus operaciones en un solo modelo, sin embargo, es perenne nuestra condición parcial acerca de la mejor manera de historiar. Lo preocupante es que el historiador arrinconado filosófica y teóricamente, busque crear nuevos paradigmas, sin darse cuenta que está inscrito en un relativismo inquietante y que da la espalda a cientos, si no miles de años, de maneras de historiar. La cuestión verdadera, no es actuar con un dorso relativista. En estos terrenos sabemos que no existe nada peor que el desorden intelectual en aras de un izquierdismo procedimental. El objetivo inmanente e inminente de la narración de sucesos importantes del pasado es compartir los conocimientos del pasado que son determinantes para nuestro futuro y sellan nuestro presente, como la revisión crítica de la operación. La reflexión y precisión de los relatos de los pasados, en uno u otro formato, deben tomarse en cuenta en la pedagogía de la historia en los diversos niveles educativos. Mientras estamos en esta disyuntiva epistemológica, los que hacen libros de historia (a un nivel novelístico) cubren este vacío dejado por historiadores preocupados por una sola forma de pasado. Los historiadores escriben para que sus pares nos lean. ¿Qué hay del público en general? ¿Qué hay de los adolescentes? La escritura de la historia, ¿puede prescindir de la sociedad que lo genera? La habilidad por parte de los historiadores para el relato de los pasados requiere, además de sus aportaciones

⁴⁶ Cfr. Luis Vergara, *Paul Ricoeur para historiadores: un manual de operaciones*.

⁴⁷ Planteamiento constante en la teoría de la interpretación del pensamiento de Paul Ricoeur.

científicas, entablar relaciones con otros lectores, practicando la crítica en su potencia, no sólo en su acumulación.

2. Para Ricoeur hay un problema en los procedimientos de selección en la práctica que cada historiador realiza de su “oficio”.⁴⁸ La pertinencia de las investigaciones, es legible, desde una lectura crítica, los motivos y las filiaciones de cada producto. Si ahora la historiografía puede pensarse a sí misma, la elucidación de cómo y por qué se investiga es fundamental para una ética del oficio. Esta es una manera para establecer una relación con la sociedad que vuelve posible la práctica historiográfica.
3. Ricoeur encomia que la investigación histórica se debe centrar en la causa inicial del acontecimiento, en el núcleo de lo sucedido. De acuerdo a la tradición hermenéutica, el contexto es sustancial. Para otras corrientes, como la deconstrucción, no es necesario. El estudio del acontecimiento, sin embargo, se debe anteponer a lo anterior y llevarse a cabo en estricto apego a la causa primera. Afortunadamente, en la actualidad es un punto en el que se ha avanzado notablemente, con especial atención en América Latina, ya que los estudios se caracterizaban por ser sucintos y contextuales, perdiendo el objetivo sustancial de la investigación. La atención prestada al objetivo central en el curso de la investigación, es ahora una constante en la investigación histórica. Es llamativo cómo al respecto se generan textos mejor enfocados y con mayor delimitación que a la postre exponen mejores narrativas.
4. Finalmente, para Ricoeur la aceptación de la interpretación como necesaria en el conocimiento histórico marcó la salida del modelo nomológico – deductivo por parte de los historiadores. No existe estudio de historia sin la interpretación que da el lector. Asimismo, no existe estudio del acontecimiento sin la interpretación del autor. La entrega del texto realizado por el historiador tiene una fuerte carga de dosis interpretativas en la lectura de los documentos del archivo que conforman el producto final. Empero, una vez que está en el estante de la librería en espera de su primer dueño, el texto se ha preparado para recibir una nueva interpretación.

⁴⁸ El término “oficio” refiere al historiador como artesano, aún en su lugar en el registro científico.

Este nuevo documento que por un lado está realizado por interpretaciones o la interpretación de los datos, será sujeto de otras que le brindará su lector. Pero si en el futuro ese libro es parte de una nueva investigación, entonces la cadena de interpretaciones se entenderá como infinita, imposibilitando la distinción de juicios utilizados de primera fuente y las exegesis que con el paso del tiempo se agregaron al documento que irónicamente regresará al archivo. A diferencia de ciertas posturas clausurantes, que las investigaciones estén sujetas a la interpretación enriquece al texto siempre y cuando haya lectores capacitados para abrir los horizontes interpretativos, como aquellos que no pertenezcan a gremios especializados.

Ricoeur trabaja los inicios de una “teoría de la trama” en el capítulo 2 de *Tiempo y narración I*, donde distingue que el acontecimiento “es una variable de ella”, es decir, existe una especie de paradoja ya que a pesar de poseer cualidades como un tiempo corto del evento, para efectos de su narración se transforma también en un acontecimiento de mediana o larga duración y genera además nuevos acontecimientos, ahí donde existen rupturas narrativas. En la escritura de distintas obras que Ricoeur analizó: Fernand Braudel (*El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la Época de Felipe II*), Jaques Le Goff (*Un autre Moyen Âge*) y Georges Duby (*Las tres órdenes o lo imaginario del Feudalismo*), logró detectar una narrativa del acontecimiento histórico en la que se historizan dos o más acontecimientos paralelos, que en un punto específico de la obra se intersectan para dar cabida a la comprensión del gran acontecimiento.⁴⁹ Definitivamente Ricoeur asimiló las distintas posiciones en las que se encuentra la hermenéutica optando por un camino reflexivo, dialogante y explicativo. Por tanto, el relato es medio de configuración. La narración entrelaza a la vida con la historia relatada y cuando el relato se inscribe, la explicación se integra a la hermenéutica. Así, la comprensión es velada por la explicación. Desde esta perspectiva, no existe una contraposición entre explicación y comprensión, que

⁴⁹ Llamo el “gran acontecimiento” a aquel que emerge de un numero indeterminado de acontecimientos menores utilizados de manera “contingente” (definido así por Ricoeur) y que en su encuentro común dentro de la escritura de la obra se empalman para seguir, definir o crear un evento mayor que necesariamente es la tesis principal de la obra.

no una complementación que da origen a una hermenéutica con alcances de larga duración. Para Ricoeur, el relato “imita” la experiencia humana haciendo uso del lenguaje, de ahí la fenomenología que utiliza como bastión intelectual y el texto para delimitar dicha experiencia humana. Sin embargo, afirmó que siempre estaremos en deuda con los muertos. Nunca nuestro intento de correspondencia con el pasado será el adecuado, por tanto llama representancia o lugartenencia a ese acto. Las huellas del pasado que quedaron para ser expuestas a nuestra consideración serán incapaces de transmitir lo acontecido de una manera cabal.

En relación al análisis de los textos historiográficos, Ricoeur acepta y apoya a Hayden White en cuanto al estudio de la construcción de la trama. Este tipo de análisis se concentra en la teoría de los tropos que organizó en los años setenta del siglo pasado. En ella, la metonimia, sinécdoque, metáfora e ironía son extraídas de la retórica clásica, para servir como una forma discursiva de la cual los historiadores pueden hacer uso en la operación historiográfica. Se debe señalar que de los cuatro tropos mencionados anteriormente, el que Ricoeur considera como sobresaliente, es el de la “metáfora” y a los tres restantes como su variación. Estamos ante la llamada historia viva⁵⁰ que Ricoeur construyó a manera de vínculo entre lo pasado y presente. Lo que sucedió siempre permanecerá expresado de una manera parcial, sin embargo este vacío se completará con la interpretación que el historiador pueda adjudicar a los acontecimientos o en su caso, a la “representación” que se haga de ellos.

Ahora bien, de la interpretación avanzamos al concepto emergente de “representación” que funciona con la persistencia y estabilidad que poseen las historias. A finales del siglo XX, el historiador Roger Chartier publicó en la revista *Annales* su escrito “El mundo como representación”. El texto revolucionó el camino de la historia de las mentalidades hasta sustituir éste término por el de representación que no versa solamente en hacer presente lo ausente, como algunos filósofos lo pensaron (específicamente Heidegger y Derrida). Para el diccionario de la lengua francesa publicado por Furetière⁵¹ la

⁵⁰ Ricoeur establece como vínculo esencial entre pasado y presente la interpretación del autor, *La memoria, la historia, el olvido*, pp. 441-452.

⁵¹ Escogí específicamente el diccionario de la lengua francesa por ser un término utilizado por la escuela de los *Annales* y por pensadores franceses, aunque no es exclusivo de ellos.

palabra de “representación” significa en su primera definición: “Imagen que nos presenta como idea y como memoria los objetos ausentes y que nos los pinta tal y como son”.

En un primer momento, en la lectura de la definición anterior existen algunas consideraciones. La primera es que se apoya del recurso de imagen para definir la presentación de lo ausente de una manera dual, como idea y como memoria. La primera complejidad que se nos presenta es si la idea y la memoria pueden o deben presentar lo ausente y si lo hacen de una manera fidedigna. ¿El pasado puede ser representado tal y como fue? ¿La memoria puede contener la totalidad del acontecimiento? Si la definición se refiere exclusivamente a los objetos ausentes, ¿En qué momento y por qué pensamos en usarla para los acontecimientos?

La segunda definición de “representación” la define como: “ocupar el lugar de alguien, tener en mano su autoridad”. Esta definición está enfocada al ámbito político y al sentido jurídico por lo que no es tomada en cuenta para la problematización que se pretende sobre el término de “representación”.

Fue Louis Marin⁵² quien propuso la imposibilidad de reducir el nexo entre texto e imagen como el concepto de representación y la constitución del sujeto mediante la mirada. Posteriormente, Roger Chartier continuó el trabajo pretendido por Marin hasta incentivar el uso del concepto “representación” en el lenguaje del historiador y del filósofo.⁵³

1.8. La figura de la metáfora en Paul Ricoeur

El estudio de la metáfora como figura retórica puede rastrearse desde la Antigüedad. Paul Ricoeur, en la década de los setentas, publicó el libro *La metáfora viva*. Allí realizó una genealogía y un análisis ontológico de dicha figura. Retomó a Aristóteles en el estricto sentido en su referencia a que el acto de metaforizar es captar la semejanza dentro de la desemejanza. Por otro lado, en el registro hermenéutico del discurso, problematizó dos cuestiones importantes: la primera, del sentido dentro del discurso y la segunda, la

⁵² Louis Marin (1931 – 1992) fue filósofo, historiador, semiólogo y crítico de arte francés, contemporáneo y compañero de Jacques Derrida y Michel de Certeau.

⁵³ Más adelante se abordará el concepto de Louis Marin y la continuación de su trabajo por parte de Roger Chartier (aunque de manera sucinta).

referencia del recurso metafórico. A ambas les otorgó una referencia poética a manera de una referencia secundaria.⁵⁴ Por tanto, es un esfuerzo visible en la obra de Ricoeur, sentar las bases para la obtención de un sentido estricto en cuanto a que las maneras de conocer y comprender deben estar delimitadas siempre por la disciplina de donde provienen y crear un estilo estructural de la palabra a la frase y de la frase al discurso.

De acuerdo al análisis planteado por el filósofo francés, Aristóteles dividió los estudios retóricos en tres ámbitos: el primero constituido por una teoría de la argumentación, el segundo una teoría de la elocución y el tercero una teoría de la composición del discurso, los tres pertenecientes también a la poética.⁵⁵ En este orden, existen dos vertientes claras en el proyecto de Ricoeur en cuanto a la metáfora, una retórica y la otra poética. La traslación de sentido que se obtiene de esta operación sucede no solo en la palabra, también en la elocución y discurso.

El préstamo de significado que se traslada de una palabra a otra (metáfora), de un discurso a otro y de una elocución a otra, es categorizado por Aristóteles y rescatado por Ricoeur en:

- a) De género a especie.
- b) De especie a género.
- c) De especie a especie.
- d) De acuerdo a la analogía.

De la anterior clasificación de metáforas Ricoeur extrae tres posturas interpretativas:

- La metáfora se debe considerar siempre en su multiplicidad de sentidos o préstamos de significado, es decir, en sus múltiples relaciones inter categoriales.
- La realidad puede curvarse mediante otras denominaciones con la metáfora se puede crear otra realidad y aunque el orden lógico parezca desvanecerse, da paso para que uno nuevo emerja.
- Mas allá de transgredir el *status quo* conceptual y la lógica de las palabras, discursos y elocuciones, la metáfora contiene una función heurística como la llama Ricoeur.

⁵⁴ Cfr. Paul Ricoeur, *La metáfora viva*.

⁵⁵ *Idem*.

En la primera postura interpretativa de la metáfora que realiza Paul Ricoeur, parece concebirla como un recurso literario que contiene distintas connotaciones, afirma que ella siempre encierra una multiplicidad de sentidos a los que se puede acceder utilizándolos en el lenguaje escrito u oral pero de una manera mesurada para no convertir la comunicación en algo difícil y rebuscado. La metáfora es deseablemente un recurso en el que nos podemos apoyar siempre y cuando no sea de forma excesiva, de hecho con su inercia se comunican mejor ciertas situaciones que con el lenguaje normal. Sin embargo, la metáfora no es sinónimo de comparación, ya que la última necesita que los compendios comparados estén presentes de una manera clara en el texto (hablando sobre una metáfora escrita) y estén unidas por un conector. Por otro lado, la metáfora es una comparación pero desarrollada o compleja ya que capta una semejanza originaria entre dos términos o en otras palabras. La comunidad que comparten pero con una expresión no tan extensa como las comparaciones y que además oculta su sentido en el diferencial léxico que se escribe.

En la segunda postura interpretativa sobre la metáfora, señaló que más allá de su composición escrita, es capaz de crear una nueva realidad o bien curvar la realidad existente. Sin embargo, existe claramente una problemática fundamental, y es que si el orden lógico no desaparece, si es sustituido por otro, alterando el sentido original de lo explicado, descrito o sucedido.

Por tanto, el entendimiento de una realidad a través de la metáfora es proporcionalmente directo al entendimiento que tenemos del sustituyente. Dicho de otra manera, la metáfora puede explicar incluso mejor que las expresiones convencionales alguna realidad, pero solo es funcional si podemos comprender los componentes de esa metáfora, ya que si la semejanza encontrada de la que nos valemos para metaforizar, es expresada con un vocabulario desconocido para el otro o técnico, seguramente en lugar de ser un sustituyente de sentido, orden y significado, se convierte en un enunciado sin sentido general. Ricoeur señala que la metáfora puede ser utilizada para decir unas cosas por otras que no pueden ser dichas literalmente. En consecuencia, Ricoeur interpretó de una tercera manera a la metáfora, con una función heurística caracterizada por su estructura para generar nuevos órdenes categoriales.

En el siguiente capítulo abordaré de una manera exhaustiva uno de los ejes rectores de la presente tesis que a manera de hipótesis se pregunta cómo la interpretación (entendida como la define Paul Ricoeur), delimita la cientificidad (definida por Kuhn) de la historia.

Capítulo II

INTERPRETACIÓN Y CIENCIA.

El historiador tiene una función social singular y una responsabilidad proveniente del compromiso con la veracidad del análisis de los acontecimientos en sus investigaciones. En la operación historiográfica, el proceso interpretativo es fundamental. Para Ricoeur, interpretar es una operación que consiste en cuatro tiempos⁵⁶:

1. “El deseo de clarificar, de explicitar, de desplegar un conjunto de significaciones consideradas oscuras para una mejor comprensión por parte del interlocutor [...]; ”
2. “El reconocimiento del hecho de que siempre es posible interpretar de otro modo el mismo complejo, y, por tanto, la admisión de un mínimo inevitable de controversia, de conflicto de interpretaciones rivales; [...]”
3. “La pretensión de dotar a la interpretación asumida, de argumentos plausibles, posiblemente probables, sometidos a la parte adversa; [...]”
4. “El reconocimiento que detrás de la interpretación subsiste siempre un fondo impenetrable, opaco, inagotable, de motivaciones personales y culturales que el sujeto nunca ha terminado de explicar”.

El primer aspecto descrito de la interpretación en la historia para Ricoeur, es el de “clarificar, de explicitar, de desplegar un conjunto de significaciones consideradas oscuras”. Para la ciencia histórica⁵⁷ resulta ambiguo el planteamiento de clarificación y explicitación de algo que para alguien es oscuro, quizá, inasequible al proyecto de convencionalidad que se debe buscar en la consolidación universal del entendimiento y homologación de la definición de historia.

La ciencia es, para Kuhn, una “constelación de hechos, teorías y métodos”. Esta definición puede extenderse a la disciplina de la historia. En este sentido, ¿la ciencia ha

⁵⁶ Las citas que vienen a continuación se localizan en: Paul Ricoeur, *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, p. 250.

⁵⁷ De aquí en adelante consideraré al concepto “ciencia histórica” con la definición de ciencia de Thomas Kuhn en relación a la historia.

surgido para clarificar, explicitar o desplegar un conjunto de significaciones consideradas oscuras? En primera instancia la respuesta es afirmativa. Esta constelación ha sido creada por diversas figuras e instituciones para explicar acontecimientos pasados. Acerca de los métodos, estos son variados e incluso personalizados inscritos en el tiempo. Los modos en que se establecen las pautas para producir conocimiento, varían entre escuelas, corrientes, etc. En consecuencia, no existe un conjunto de métodos establecidos universales como sí se siguen en otro tipo de ciencias. Una vez aclarado esta particularidad, en el entendido de que toda historia es histórica, la reflexión acerca de la interpretación deberá de comprenderse en esos términos.

La interpretación en Ricoeur, en un primer momento, busca clarificar significaciones oscuras mientras que, a su vez, la ciencia histórica tiene como característica su permanente reestructuración que provoca, inevitablemente, que la operación historiográfica vuelva sobre el mismo acontecimiento, a manos de los historiadores. Por tanto, la intención de clarificar la interpretación nunca termina. No obstante, se puede mostrar una mirada del acontecimiento que deje fuera la presunción de totalizar y comprender al pasado como unidad con o sin su contexto. Para clarificar el acontecimiento, nos valemos de distintas herramientas que nos proporcionan únicamente fragmentos del pasado con los que habrá que trabajar para entablar una relación con él. La significación oscura del pasado del acontecimiento, es imposible de conocer y comprender en la ciencia histórica. Por ello, se reescribe una y otra vez la historia del pasado, en ocasiones enriqueciendo el estudio y en otras sustituyéndolo. Quizá, como apunta Kuhn, el hecho de que los científicos se avoquen sólo a lo que pueden investigar de una manera cómoda, nos debería inspirar a historizar lo que queramos, sin la presión del grado científico que implica nuestra historia, para atender sólo los lineamientos académicos. En este sentido, ¿cómo comunicar la explicación del origen del acontecimiento si no existe? El entendimiento del pasado necesita de la investigación en las distintas fuentes históricas aunque esta búsqueda sea siempre parcial. Así, el proceso de interpretación choca con la ciencia histórica. La desestabiliza dislocándola de uno de sus objetivos principales: el estudio del pasado. La explicitación del acontecimiento es real en la medida de nuestra irrupción al pasado histórico mediante la consulta de archivos, aunque éste no es el único proveedor de elementos de la estructura del acontecimiento. Sin embargo, el despliegue de significaciones consideradas oscuras es al

que podemos apelar en última instancia. Se ha demostrado que la investigación ardua en todos los frentes posibles proporciona nuevos datos y nuevas estructuras para el entendimiento del pasado. Por eso, generar múltiples teorías explicativas construye un conocimiento que en su base es fortalecido y capaz de ser sometido a explicaciones alternas para a su vez adherirlas en su beneficio. En este primer planteamiento de la operación de la interpretación, es difícil sostener (de momento) una interpretación uno a uno con la ciencia histórica.

Ahora bien, abordemos la segunda premisa interpretativa de Ricoeur. Si siempre es posible interpretar de distinto modo el mismo complejo, la controversia se presenta como una característica única del acontecimiento y por ello existe una imposibilidad de reducir el estudio mediante una conclusión. La controversia es proporcionalmente directa al número de interpretaciones que de un mismo hecho se pueden dar. En este punto, ¿cómo la controversia erosiona la figura del historiador frente a la sociedad? Desde hace décadas se ha escrito abundantemente sobre la complejidad de las perspectivas, al parecer infinitas, de la historia. El mismo acontecimiento se puede investigar, estudiar, desarrollar y concluir de distintas maneras. Pareciera que el acontecimiento no tiene un cuerpo definido. El historiador o investigador le proporciona uno a la medida de su espectro intelectual. Sólo con un procedimiento claro y transparente, podrá ponerse en relación las diversas versiones sin que por ello una sea más verdadera que otra.

En relación a la veracidad y las elucidaciones de los productos históricos para con los acontecimientos, la lectura, así como el trato con los archivos lleva una carga fundamental para la operación historiográfica y la pluralidad de interpretaciones. La perspectiva del autor cambia por los datos que se vuelven conocidos, con su ordenamiento e interpretación perciben un aspecto de la realidad. El archivo exige que de él se aproveche lo importante que contiene que es, a su vez, aquello que la sociedad demanda, lo que, para beneplácito del historiador, encumbrará su quehacer en cada presente. Para delimitar la amplia gama de posturas intelectuales sobre un mismo suceso, es necesario entonces que el historiador o investigador rastree lo útil e importante, ya que la especialización en la labor historiográfica provoca inevitablemente que la visión o entendimiento sea reduccionista y

excluyente.⁵⁸ El archivo debe ser usado para el beneficio social del entendimiento del pasado y el trato que se debe dar a su contenido debe ser sutil y emergente. El archivo es el soporte de la inscripción de un suceso en el pasado (no siempre en un grado de “valor cultural”). De esta inscripción surge la multiplicidad interpretativa a la que cada investigador dota en forma de un documento general. El diálogo entre posturas interpretativas provenientes de un origen postrado en el archivo es inalienable a la creación o continuación de investigaciones históricas, pudiendo definir lo siguiente:

- a) Los documentos del archivo son, ya, la interpretación específica de quien lo escribió. Esta es imposible de comprender en su totalidad. La intensidad de la inscripción que conserva el archivo en un documento es inalcanzable.
- b) La interpretación del historiador está perdida, aunque no por ello se cancela hacer las operaciones intelectuales necesarias para aproximarse al contexto.
- c) Siempre coexistirán dos o más interpretaciones en donde la validez estará sujeta a la rigurosidad académica con la que se ha conseguido el estudio. Por supuesto, también influirá la interpretación del lector para otorgar mayor relevancia a una u otra perspectiva.
- d) Para el caso de la historia, la gama de teorías que se conforman tienen un reflejo epistemológico yuxtapuesto o varios, que convivirán y denostarán la riqueza en la ciencia histórica, pero que a su vez serán lenitivo de la misma.

Así, llegamos al tercer punto de la operación de interpretar de Ricoeur. Esta se refiere a la acción de otorgarle argumentos a los distintos estudios históricos. Por ejemplo, si

⁵⁸ Al respecto, en la obra *La teoría de la Historia en México (1940-1968)*, una compilación de Álvaro Matute, hay un capítulo titulado “La dualidad de la Historia” escrito por Alberto Arai. Allí, se presenta una postura bien definida acerca de cuáles son los sucesos más importantes. “La filosofía de la Historia actual ha descubierto, desde hace aproximadamente un cuarto de siglo que las pautas absolutas, inmodificables a través de los tiempos, que sirven para estimar si un hecho humano del pasado es o no digno de ser objeto de estudio de la Historia, son los llamados valores culturales”. Y define a los “valores culturales” como: “aquellos ideales últimos de la humanidad, a los que se reducen a la postre los ideales concretos de las distintas épocas históricas, que no pueden ponerse nunca como medios para la consecución de otros superiores, puesto que ellos mismos son lo más alto en la escala de la valoración de lo humano”. Alberto Arai, “La dualidad de la Historia”, en *La teoría de la Historia en México (1940-1968)*, p. 144.

comenzamos una investigación teniendo en mente distintas hipótesis, ésta corre el riesgo de no ser espontánea, original. Estará dada por un conjunto de intereses que nada tienen que ver con el espíritu del historiador por explicar el presente mediante el pasado. Si la objetividad de la historia refiere a la neutralidad de los acontecimientos, como lo define Rafael Altamira⁵⁹, refiriéndose a que para que el historiador alcance un grado de objetividad aceptable, predisponer una hipótesis a lo que se busca en el archivo (y sus variantes actuales) nos aleja de la objetividad necesaria. No obstante, la objetividad a la que me refiero puede entenderse de dos maneras: como la nulidad de prejuicios, ideas o teorías al momento de escribir historia, o bien, como ética de la práctica. De un modo u otro, el problema de la objetividad queda un paso antes de su realización total, es decir, en un umbral de la interpretación. La veracidad del producto histórico, dentro del gremio, es avalada, aún con sus limitaciones, entre más preciso sea el argumento de su aproximación al pasado. La transformación del gremio y sus alcances como productores de discursos historiográficos se puede leer en los modos en que amplían y complejizan sus investigaciones. El lugar de la interpretación es, pues, condición de posibilidad de la historicidad de la historia.

Para continuar la elucidación de la cuarta característica interpretativa de Ricoeur, ensayaré la problemática respecto a si el conocimiento histórico funciona como método descriptivo del pasado, o bien, para comprender y en el mejor de los casos, explicar al pasado. En el primer caso, el interés fundamental está concentrado en la presentación de hechos, basados en documentación, que narren lo acontecido desde una perspectiva neutral. No hay planteamientos de problemas, sólo la presentación de realidades del pasado. La interpretación es comprendida como alteración de los hechos, no como condición de la operación histórica. En el segundo caso, tiene como intención la práctica del pensamiento que se pregunte por su propio quehacer en una sociedad en particular. La forma explicativa es un ejercicio autorreflexivo, no producción incesante de respuestas y afirmaciones.

La noción y la función social de la historia es histórica. En la Antigüedad, en Grecia como Roma, por ejemplo, su sentido estaba asociado a la enseñanza y aprendizaje de los tiempos para que no se repitan los errores que desestabilizaban el orden de su mundo. En la

⁵⁹ Cfr.. Álvaro Matute, *La Teoría de la historia en México (1940-1968)*.

actualidad, si bien hay una continuidad (marcada por diferencias) de esta concepción de la historia, en el registro educativo, fomentar la práctica explicativa hace más sentido en un mundo globalizado que la acumulación descriptiva de los hechos. Está es una de las potencias de la historia en relación con la sociedad: su capacidad para complejizar el pensamiento. La historia no se limita a describir o retratar el pasado, pues su objetivo es la comprensión del presente.

Una vez aclarado lo anterior, refiero al el cuarto presupuesto sobre la interpretación según Ricoeur: “El reconocimiento de que detrás de la interpretación subsiste siempre un fondo impenetrable, opaco, inagotable, de motivaciones personales y culturales, que el sujeto nunca ha terminado de explicar”. Quizá, este punto es el que connota de manera más profusa el lenitivo de científicidad para la historia, debido a la duda que subyace a toda investigación histórica.

2.1. La interpretación y la *dimensionalidad* en la historia escrita

El lugar desde el que esta investigación es realizada pertenece a las discusiones historiográficas de finales del siglo XX y sus derivaciones en las dos primeras décadas del XXI. De manera específica, reflexiono a partir de la corriente que tiene como intención reflexionar la relación entre hermenéutica y comprensión, debido a su potencia para abrir horizontes plurales de conocimiento respecto a la historia. En simultáneo, existe otra corriente concernida por el vínculo entre representación y la estética. Elucidar el lugar de enunciación es pertinente, pues da las coordenadas interpretativas para una comprensión del texto de una manera en la que no cancela otras, más bien, las pone en relación.

Como escribió Martin Heidegger, proveniente de la herencia epistémica de Husserl, desde la emergencia de la Modernidad ha existido una clara confrontación entre ciencia y filosofía. Un cambio significativo surgió con la ciencia positivista y sus objetivos, distinguiéndose de la filosofía con el nombre de ciencia formal.⁶⁰ La historia, en tanto ciencia, implica el estudio formal de los acontecimientos, sin embargo su naturaleza nos permite estudiarlo mediante una categoría emergente que propongo llamada dimensionalidad. El término *dimensión* es utilizado en las matemáticas clásicas. Define las

⁶⁰ Cfr. Ramón Rodríguez, *Fenómeno e interpretación*.

diversas direcciones en longitud, superficie o volumen. En la física teórica, específicamente en la teoría de cuerdas, alude a la existencia de distintas dimensiones no observables. La dimensionalidad es la otredad del uno. En la mayoría de los casos es inobservable. En este sentido, propongo que la dimensionalidad, para la ciencia histórica, es una característica física del acontecimiento que también afecta a todo proceder histórico, específicamente a la operación historiográfica, ya que, como cualidad del objeto de estudio (pasado) nos limita en el sentido comprensivo y evidencia la “incommensurabilidad” del pasado.

La dimensionalidad hace que el acontecimiento histórico contenga las siguientes características siempre renovables, evolutivas y no expuestas por orden de importancia:

- 1) El acontecimiento originario proviene de otro(s) acontecimientos, imposibilitando el escrutinio de lo primigenio, en todo caso podemos comprender al suceso mediante un riguroso estudio historiográfico o una operación historiográfica extenuante. El volumen, la longitud o superficie del acontecimiento (direcciones epistemológicas de la dimensionalidad) son alcanzables pero nunca en su totalidad.
- 2) El entendimiento en la longitud⁶¹ del acontecimiento se alcanza en cuanto a su estudio progresivo lineal, es decir, cuando historizamos, por ejemplo, el sexenio de algún presidente mexicano, los hechos durante un periodo de tiempo, la vida de un personaje, etcétera.
- 3) El entendimiento en la superficie⁶² del acontecimiento es el estudio específico desde una disciplina que se hace sobre el pasado. Sin embargo, en esta dirección epistemológica que nos da la dimensionalidad, se desconoce o ignora la existencia de ella misma por parte del sujeto.
- 4) El entendimiento en el volumen⁶³ del acontecimiento es aquel que logramos apoyándonos en otras disciplinas. Busca entender de manera integral el pasado histórico ocupando distintos matices epistémicos y ontológicos. Aunque aborda

⁶¹ La longitud comprendida como magnitud física que expresa la distancia entre dos puntos, de acuerdo a su definición clásica en el Diccionario de la Real Academia Española.

⁶² La superficie entendida como magnitud física que expresa la extensión de un cuerpo en dos dimensiones: longitud y anchura, de acuerdo a su definición clásica en el Diccionario de la Real Academia Española.

⁶³ El volumen entendido como magnitud física que expresa la extensión de un cuerpo en tres dimensiones: largo, ancho y alto, de acuerdo a su definición clásica en el Diccionario de la Real Academia Española.

más dimensiones para estudiar el acontecimiento, no pretende sustituir o minimizar a las otras direcciones epistemológicas, más bien, busca evidenciar esa otredad invisible de la que hablé anteriormente.

La dimensionalidad debe comprenderse siempre incluyendo sus tres direcciones epistemológicas (longitud, superficie y volumen). En esta sentido, ¿cuál es la relación entre interpretación y dimensionalidad en la historia escrita?

Como he mencionado anteriormente, la noción de interpretación a la que aludo es la que propuso Paul Ricoeur, figura proveniente de la tradición hermenéutica inaugurada, desde el registro filosófico, por Friedrich Schleiermacher⁶⁴, seguido por Dilthey, quien para formular (por primera vez) una dualidad entre ciencias naturales y ciencias del espíritu, aplicó la metodología interpretativa. Otras figuras importantes son Heidegger y Gadamer, cuyos trabajos no analizaremos aquí, pero no pueden omitirse.

La relación entre interpretación y dimensionalidad en la historia escrita se puede estudiar con un primer acercamiento claro y sencillo: la interpretación es un pasaje que averigua la dirección epistémica de la dimensionalidad sobre un acontecimiento dado. Para continuar hacia una explicación exhaustiva, hemos de afrontar los siguientes presupuestos:

1. La interpretación que el sujeto otorga a un acontecimiento está fundada en una serie de estudios rigurosos provenientes de cualquier disciplina auxiliar de la historia. En consecuencia, dicha interpretación sobre el acontecimiento se torna aceptable para engrosar el catálogo de interpretaciones existentes.
2. La interpretación que no está sustentada en una mínima investigación historiográfica no es válida como interpretación, es opinión o juicio.
3. En la ciencia histórica la interpretación puede lograr distintos alcances de veracidad, no obstante, en su fase primigenia⁶⁵ se vuelve inalcanzable. Por tanto, el método

⁶⁴ La “hermenéutica” es un concepto tomado del uso lingüístico teológico que problematiza la comprensión e interpretación correcta de la Sagrada Escritura.

⁶⁵ El positivismo del siglo XIX marginó a la filosofía de la Historia y a todo el razonamiento que se llevaba a cabo acerca de los distintos retos que la interpretación proponía, así como la comprensión histórica. Así, el positivismo introdujo como cimientos al hecho histórico como primigenio e indudable.

utilizado en la operación historiográfica deberá resultar en un entendimiento desde el volumen de la dimensionalidad.

4. La interpretación puede lograr el entendimiento en volumen, longitud o superficie. En ningún caso, una es superior ontológicamente a la otra, la dimensionalidad en su estructura es equivalente.
5. La interpretación que ha logrado concebir alguna dirección epistémica no implica un conocimiento que resulte innegable e indudable.
6. La dimensionalidad, de acuerdo al punto cuatro, no pretende el grado de verdad absoluta, que no un ejercicio de explicación y comprensión.
7. La interpretación que busca comprensión y explicación en la dimensionalidad del acontecimiento pasado mediante la operación historiográfica, rebate cualquier intento empirista de intervención, pues éste expresa un sentido determinado a partir de su mundo (del mundo construido por el sujeto), alejándonos de la objetividad pretendida.
8. La inmediatez fenomenológica del acontecimiento se escapa a la dimensionalidad, porque no se sabe en qué dirección epistémica se ha concentrado o si se ha fragmentado para repartirse en las direcciones del conocimiento propuestas.
9. La interpretación otorga un sentido enfocado a la dimensionalidad y puede ocupar al contexto histórico como herramienta de investigación a partir del cual el volumen, la superficie o la longitud, se plasman en la historia escrita para dar pauta a una perspectiva.
10. La dimensionalidad está presente en cualquier acontecimiento pasado. Es labor del historiador o investigador profundizar en alguna de sus direcciones de veracidad.
11. Se considera imposible acceder a la totalidad de la dimensionalidad en un acontecimiento pasado de manera simultánea, puesto que los recursos de investigación son finitos y el conocimiento inconmensurable.

En la historia se han realizado diversas operaciones para comprender el pasado y en algunos casos particulares, la explicación de lo sucedido. Sin embargo, es imposible acceder a la dimensionalidad perfecta del acontecimiento. Esto equivaldría a conocer y

explicar el pasado primigenio, o bien, el origen. Los once puntos anteriores prescriben a la interpretación como medio para entrar a la dimensionalidad del acontecimiento.

Roland Barthes, en su obra *El susurro del lenguaje*, escribió que el sentido no coincide con la realidad. De este modo, la interpretación otorga un sentido con la dimensionalidad, aunque éste no sea total. La interpretación, entendida como operación intelectual, lleva consigo un grado ético elevado que se debe hacer patente en cada escrito de la historia, considerando que el fin de nuestro historiar, además del personal o laboral, es siempre comunicar, informar y esclarecer, así como lo propone Ricoeur.

La dimensionalidad del acontecimiento aclara que la perspectiva y comprensión desde la distinción de binomios en el que vivimos es erróneo y que, lo invisible, para efectos de la historia escrita, lo indocumentado, sigue transformando y alterando a nuestro objeto de estudio sin que en ocasiones estemos enterados de ello.

Desde la dimensionalidad, ¿cómo lograr explicar al acontecimiento? ¿Cómo hacerlo en el registro pedagógico? Uno de los métodos más utilizados y más aceptados sigue siendo el cuento. Nos permite, mediante una narrativa fluida, sencilla, cargada de afecciones, comunicar a detalle lo sucedido en un esquema básico de inicio, desarrollo y fin. Sin embargo, para los pedagogos, el cuento como recurso literario tiene algunas desventajas como la veracidad de los hechos y el nivel académico básico en el que se puede aplicar para la enseñanza de la historia. Nos enfrentamos a un problema serio y es que aunque pudiéramos explicar al acontecimiento, falta el método, la herramienta o el proceso por el cual la comunicación de esta explicación del pasado fuese efectiva en términos académicos. Antes de plantear posibles ideas a los problemas expuestos, a continuación desarrollaré cada uno de los puntos enumerados anteriormente con la finalidad de que su esencia quede expuesta correctamente.

1. La interpretación de los sucesos del pasado debe llevarse a cabo por especialistas con un objetivo central, como la medición de los logros en cada momento de la investigación para acreditar la interpretación producida. Lo anterior asegura la profesionalización de la práctica teórica. El carácter inexacto que posibilita toda interpretación se asume a modo de potencia creativa y como producción de límite de la propia práctica.

2. Entre los datos que el historiador pretende recoger para su estudio, se encuentra con un registro posterior a los acontecimientos. Estas son las fuentes que posibilitaran que, desde las direcciones dimensionales, posibilitará las historiografías. En la historias de estas escrituras, se ha discutido sobre el tipo de fuentes, la veracidad de los argumentos, las ideologías predominantes, así como el choque propositivo de las distintas escuelas que han reflexionado sobre las pertinencias de las operaciones historiográficas que el historiador puede ejercer. Estos giros científicos, han concluido que el horizonte hipotético que hereda la producción narrativa del acontecimiento histórico carece de universalidad. Sin embargo, el historiador es el responsable de articular, seleccionar, contrastar y dar un hilo conductor (narrativa) sobre el suceso estudiado. Este esfuerzo es el sustento epistemológico de la práctica histórica.
3. El origen del hecho histórico es inalcanzable. La veracidad del documento es debatible, por eso es fundamental que la metodología utilizada para seleccionar, articular y contrastar fuentes sea el más adecuado por su pertinencia directa con el objeto de estudio, siempre bajo el sometimiento a distintas pruebas de rigor académico. Lograr la comprensión dimensional en su longitud, superficie o volumen del acontecimiento, nos acerca a una interpretación crítica del mismo, sin olvidar que mientras algunas discusiones sobre el método en la historia continúan en la actualidad. Debemos seguir historiando adaptándonos a las distintas herramientas propuestas por las corrientes historiográficas imperantes en el momento. La interpretación que el historiador elabora a partir de su operación sucede a través de un contacto con lo que se escribe sin que ello implique una postura relativista. La propuesta de dividir la posible aproximación dimensional del acontecimiento implica que la comprensión del pasado mediante las distintas fuentes abra tenido una significación del mismo, manteniendo los límites necesarios que le darán sustento. En este sentido, la comprensión de diversas epistemologías es, ya, la comprensión del acontecimiento.
4. El acontecimiento, constituido por la dimensionalidad, que se propone en este apartado, es producto de la imposibilidad epistémica del génesis del acontecimiento y la perdurabilidad de la escritura de la historia. La dimensionalidad enfatiza la

búsqueda de nuevos horizontes y estructuras que expliquen de una manera mejor o integral el objeto de estudio determinado. Estos deben estar regidos por lo que R. G. Collingwood, llamó: “una alta teoría”, que autorice el intercambio de las prácticas del historiador y dirija los distintos esfuerzos de la academia hacia una mejor investigación, respetando siempre la singularidad de cada historiador.

Las tres dimensiones que postulo son equivalentes, no obstante, la que se visualiza como más completa es la del volumen. El camino que se atraviesa para llegar a cualquier dimensión del acontecimiento dependerá rigurosamente de la operación que el historiador realice sobre el suceso y la manera original en que resuelva los distintos problemas científicos de cada época.

5. La dimensionalidad nos conducen hacia una aproximación flexible del pasado. Los conocimientos y comprensiones derivados de una interpretación de alguna dimensión del acontecimiento es apelable. En este sentido, es posible confrontar dos perspectivas históricas respecto a su quehacer. La primera refiere a cierta continuación de Hegel que afirma la dotación de sentido al pasado. La segunda refiere a discusiones contemporáneas en las que es aquello que se investiga, la ruta misma que habrá que seguir. Desde la dimensionalidad no hay los problemas anteriores, ya que la longitud, superficie y volumen acepta, críticamente, múltiples aproximaciones siempre y cuando puedan argumentarse a sí mismas sin cancelar a las demás. Pues, recordemos: el sentido más propio del acontecimiento es dimensional.
6. Un objetivo claro dentro de la investigación historiográfica debe ser el de explicarlas rupturas de la historia. La explicación de un acontecimiento depende de la postura histórica que produzca el discurso, reconociendo en él la capacidad de evolucionar, cambiar, procesar y revolucionar contextos. Hacer historia es interpretar y explicar⁶⁶ las huellas del pasado.

La premisa de Ricoeur de comprender y explicar se posiciona en relación al estudio del texto adquiriendo un correlato semiológico. Con ello, pretende

⁶⁶ Para Paul Ricoeur, la relación de explicación y comprensión conforman al “círculo hermenéutico” que se propone en la presente obra, se puede romper, en su obra *La memoria, la historia, el olvido*, pp. 241-310.

establecer que el “noema” (la acción del habla) al momento de ser inscrito deja de armonizar con la intención del autor. Por ello hay exégesis. De ahí la importancia del texto, pues es, él mismo, la materia de trabajo. La comprensión ocurre sólo a nivel del texto que se posee.

7. Continuando con la itinerancia intelectual que he sugerido, desde la que acepto que la interpretación consta de la comprensión y la explicación, descarto que cualquier tipo de empirismo sea aceptable para la conformación de dicha interpretación. Este está ligado directamente a la percepción *a priori* del sujeto para con el acontecimiento, relegando a un momento inferior el ejercicio de interpretación. La inmediatez que provoca el empirismo aleja la posibilidad de obtener las fuentes primarias y secundarias necesarias para la mejor interpretación textual de lo acontecido. Para Ricoeur la comprensión y la explicación no son extremos, son dos estadios donde la comprensión circunda a la explicación. En consecuencia, es no es valido suscribirse acriticamente al empirismo, ya que se construye a través del mundo subjetivo del observador y exige a la adquisición de conocimientos de un sustento historiográfico. El empirismo responde a la limitación de la observación de primer orden.
8. En el punto anterior refuté la idea de apoyarse en el conocimiento empírico como única fuente para realizar la operación historiográfica debido a la imposibilidad por captarlo en su totalidad, ya que, mientras sucede, éste se diluye en la historicidad. La veracidad del pasado primigenio puede contenerse en una sola dirección epistemológica o en las tres. El quehacer del historiador es, por tanto, rastrear y derivar en una interpretación abierta. La fragmentación de la veracidad del acontecimiento original es el gran impedimento para el empirismo como solución historiográfica.
9. El sentido de dirección en la historia es el que nos permite ordenar e interpretar el pasado distanciándolo de caer en una aporía sin más. El sentido es necesariamente evolutivo. Se transforma en tanto se descubren nuevos aspectos de la dimensionalidad del hecho.
10. La dimensionalidad está presente en todo acontecimiento del pasado. Es labor del historiador profundizar en alguna de sus direcciones de verdad. Es un deber ético de

la investigación dilucidar, mediante herramientas metodológicas, al pasado. En este sentido, el historiador debe profundizar en la dimensionalidad de lo acaecido e interpretar, para así dar sentido en el presente y futuro de esas huellas, enalteciéndolas como productoras de cambio, evolución y transformación del ahora. La búsqueda constante del ángulo dimensional es la que permite reescribir la historia una y otra vez, siempre mejor estudiada, fundamentada y ganando la aceptación de la comunidad de historiadores. Una versión superada del acontecimiento no es una derrota historiográfica, es signo vital de la importancia que ese suceso tuvo. Por ello, su estudio cíclico se torna forzoso como resistencia a una verdad única, acabada y absoluta. Al final, las nuevas corrientes historiográficas están interesándose por estudiar no sólo las huellas que han marcado un tiempo y espacio definido, también se está historiando el pasado desde abajo. Esto evidencia el interés sobre considerar distintas fuentes historiográficas además de las tradicionales.

11. Se considera imposible acceder a la totalidad de la dimensionalidad en un acontecimiento pasado de manera simultánea, puesto que los recursos de investigación son finitos y el conocimiento inconmensurable. Al realizar una investigación, un gran obstáculo que enfrentamos es la delimitación de nuestro objeto de estudio que, para la academia, es de un interés mayor porque el desarrollo de todos los esfuerzos de la operación historiográfica se realizarán en ese aspecto. Para la realización de la investigación es que descartamos datos, lugares, sucesos menores y en general reducimos, a propósito, nuestro panorama. Esta práctica equivale a dividir al proceso histórico, sin olvidar el carácter dimensional del pasado.

2.2. La dimensionalidad inobservable del acontecimiento y su difracción⁶⁷ fugaz.

En todo acontecimiento hay un punto ciego. El archivo no captura la totalidad. La dimensionalidad también refiere a disgregación de sus componentes, a la otredad, usualmente desapercibida por el historiador. Hay inobservancias que pueden permanecer

⁶⁷ Término utilizado en física para nombrar a una desviación de la luz u onda al chocar con un borde o atravesar por una abertura.

durante mucho tiempo hasta que de alguna manera se vuelven visibles y revolucionan la investigación. Lo inobservable es temporal. Aún así, el efecto de la inobservancia en el proceso historiográfico es pronunciado y hace inviable de manera rotunda el acceso integral a la dimensionalidad. Cuando el acontecimiento sucede, existe una difracción de una parte esencial del mismo que se da de manera fugaz. La intencionalidad, origen del suceso histórico, es inalcanzable por los registros tradicionales de la historiografía e incluso por lo que la gran historia quiere recopilar a través de la historia desde abajo. El concepto contingente de una difracción en el suceso histórico prácticamente instantáneo, define el proceso por el cual la huella es registro historiográfico utilizado por los historiadores. Esta huella sólo ha plasmado una parte de la dimensionalidad de lo acontecido perdiendo invariablemente partes sustanciales para interpretarlo. La pérdida durante esta difracción del acontecimiento queda sin un soporte que lo manifieste y por lo tanto inobservable para el historiador. La difracción del acontecimiento es fugaz porque no existe herramienta, proceso o metodología que sea mínimamente capaz de registrar lo sucedido en su dimensionalidad completa, por una parte y por otra, porque la naturaleza misma del suceso es espontánea, aunque podamos rastrear antecedentes del mismo.

2.3. La dimensionalidad frente al “olvido” de Paul Ricoeur.

En síntesis: la dimensionalidad latente en el pasado está compuesto por tres partes que de acuerdo al tipo de comprensión que arrojan al historiador mediante la operación historiográfica. Estos son: volumen, superficie y longitud. La operación historiográfica propuesta por Michel de Certeau es concebida por Ricoeur a través de tres momentos distintos y bien definidos que por el orden presentado en su obra, *La memoria, la historia, el olvido*,⁶⁸ surgen de la siguiente manera: el testimonio y el archivo (fase documental), el por qué en la comprensión y en la explicación (fase de explicación y comprensión) y la escritura de la historia a modo de representación (fase de representación historiadora). La representación del pasado determina lo que Ricoeur llama “la hermenéutica de la condición histórica” que, como la operación historiográfica, también asume tres estadios: filosofía crítica de la historia, la hermenéutica ontológica y el dominio del olvido.

⁶⁸ Cfr. Paul Ricoeur, *La memoria, la Historia, el olvido*.

Para ingresar al dominio del olvido es necesario tener un acercamiento desde dos preguntas centrales: ¿de qué se recuerda? Y ¿de quién es la memoria?

Existe una búsqueda entre memoria individual y colectiva. Para tratar este vínculo, Ricoeur recurre a la “fenomenología de la memoria” propuesta por Husserl. La dimensionalidad del acontecimiento, comparte una característica con una de las líneas estructurales del análisis minucioso de Ricoeur sobre el quehacer de la historia a manera de filosofía de la historia. Esta compaginación se da sobre el desuso del quién en el suceso y la adopción del qué en el mismo.

En cualquiera de los tres sentidos epistemológicos de la dimensionalidad, la importancia de la trascendencia se pone en marcha la evocación constante de Ricoeur de *mnêmê* y *anamnesis* (la primera para asignar lo pasado y su retorno a la mente y la segunda como acción de recordar y recolectar). Para afrontar la dimensionalidad del pasado es importante utilizar como mecanismo sustituto de lo invisible la imaginación como nueva apreciación del funcionamiento lingüístico y probable pase de una fenomenología a una filosofía hermenéutica. Siguiendo a Ricoeur, la referencia mutua entre memoria e imaginación desde los griegos, Montaigne y Espinoza ha sido errónea, pues autoriza una memoria subordinada a la imaginación que se transformó en una ignominia para el conocimiento. En el pensamiento helénico la memoria se tematizó como una gran problemática que compartía sus dificultades con la imaginación. Sin embargo, para Ricoeur, existe una distancia considerable entre memoria e imaginación, contemplada desde el propio origen de ambas palabras. Por un lado, la memoria es lo anterior, lo que recuerda alguien sin que el sujeto resulte necesario, por el otro, la imaginación propone lo inalcanzable por ser ilusorio o “mágico, fantástico e irreal”. La dimensionalidad del acontecimiento necesita de la imaginación. Esta soslaya lo imperceptible del suceso. En la narración, la imaginación es la presencia de lo ausente más que presencia ausente. Por tanto, contar con alguna dirección epistémica crea una problemática de consecución factual que también funciona como indicador de la dificultad de la imaginación, que es primaria a la de la memoria.

El problema de la memoria es atravesada por longitud. Desde los griegos, la memoria es vinculada directamente a la imagen (*eikón*) que relativiza la postura asumida

frente al pasado o la huella⁶⁹. Dicha postura es alterada en términos estructurales, por el suceso pasado y el aparato crítico elaborado. La longitud del acontecimiento forzosamente modifica la memoria e incluso la veracidad de lo sucedido. La longitud como elemento dimensional del acontecimiento es modificado por la impronta o huella en cualquiera de los usos sugeridos por Ricoeur⁷⁰, incluso el volumen y la superficie del pasado se ven involucrados en la evocación del pasado (recuerdo). Esta afectación a la dimensionalidad es una desnaturalización del suceso mismo que Ricoeur negaba en cuanto al segundo tipo de memoria, la memoria recuerdo debía ser inalterable porque el paso del tiempo no podía añadirle algo. Por ello, quizá, la noción de imaginación se muestra como elemento articular entre la dimensionalidad trastocada por el tiempo y por la misma imaginación y la otrora memoria recuerdo. Donde la memoria-recuerdo no cubre el vacío, existe una rememoración que, para efectos prácticos, en esta investigación utilizará a la imaginación prolongando la dimensionalidad del pasado, otorgándole así una menor reminiscencia al recuerdo estabilizando la operación interpretativa con límites. La memoria-hábito que Ricoeur define como lo repetible en nuestras vidas escapa a la longitud del acontecimiento. Comer, respirar y caminar además de ser necesidades fisiológicas (al menos las dos primeras) las realizamos de una manera automática y no implican una rememoración (como sí es necesario en la evocación del recuerdo). Por ello, Ricoeur (apoyado en Henri Bergson) determina una memoria-recuerdo como la encargada, previa acción de recuerdo por parte del sujeto, de traer al presente la imagen del suceso con coordenadas temporales y espaciales específicas. La longitud del suceso se obtiene sin una adición de datos.

La dimensionalidad del pasado puede capturar lo imperceptible en su forma latente. Mientras sucede, la imaginación como lo otro de la realidad, y la memoria, como realidad anterior, tienen en común precisamente lo ausente. Lo ausente (presente o no) tiene como sustituto a una “fenomenología del recuerdo”, que, mediante el ejercicio de rememoración,

⁶⁹ Durante este trabajo se ha utilizado dicho término invariablemente para referirse a lo que estudia el historiador. Ricoeur distingue claramente al intelectual que acuñó este término: Marc Bloch. Por motivos de conveniencia para su estudio propone el término “impronta” por estar mejor alineado a la idea de “metáfora del sello” como representación.

⁷⁰ Paul Ricoeur distingue por lo menos tres usos distintos para la concepción de “huella”, lo escrito, discursos escritos y la “impronta” corporal, cerebral o cortical”, en su obra *La memoria, la historia, el olvido*, tercera sección, punto 3.

es traído al pasado de una manera directa o de manera indirecta por medio de una presentación. En esta “fenomenología del recuerdo”, la dimensionalidad se despliega específicamente en la percepción y en el recuerdo. En ambas etapas la inconmensurabilidad del acontecimiento limita las dos primeras fases de la “operación historiográfica” de Ricoeur y en los dos niveles propuestos por él, tanto “recuerdo primario” como “recuerdo secundario”.

El acto imaginativo que opera en el pasado no es característico de lo que Bergson y Ricoeur expusieron como recuerdo. Sin embargo, permite que la narrativa del pasado se lleve a cabo de una manera fluida y dé rumbo hacia cualquier sentido epistémico. Si permitimos una pauta a la imaginación en el acontecimiento hay una confrontación con una problemática dual. La primera responde a la fiabilidad de la memoria y la segunda el origen de la imaginativa que repatria lo ausente. Es por ello que Ricoeur analiza dos conceptos que fluctúan con la dimensionalidad: el de memorización y el de rememoración. El primero, claramente distinguido como el proceso de aprender distintos conocimientos para su posterior disponibilidad (memoria – hábito), y el segundo, como el entendimiento de que el pasado ya sucedió desde antes de su apreciación. La memorización implica que el sujeto aprenda un conjunto de conocimientos que a la postre evitarán mayores esfuerzos de reiterar su aprehensión, convirtiéndose en un ciclo sin fin desgastante para el individuo. Una arista del recuerdo es la memorización que, entre otras características, implica un modo de aprender específico para no reciclar indefinidamente los esfuerzos hacia dicho objetivo. La memoria – hábito, por tanto, se erige como totalmente lustrada y experimentada durante un lapso de tiempo considerable. La forma en que se aprende es siempre inacabada, infinita y perfectible, incluso la memoria natural y la memoria artificial. Por ello, vale la pena subrayar que existe una implicación en la dimensionalidad del pasado de la memoria (y su relación con el olvido) para Ricoeur que llamó: *ars memoriae*, que coincide con un esfuerzo por no olvidar el suceso. En el caso de la dimensionalidad, específicamente en el sentido de volumen, no existe olvido, ni metódico ni mucho menos consciente. La memoria natural de la que parte Ricoeur, refiere a Nietzsche en cuanto a los inconvenientes de la historia para las personas (en tanto comprensión, uso y significación de la historia para la vida) que plasman una representación proveniente, tal vez, de la imaginación, convirtiendo una línea muy delgada entre ficción y realidad como la única

marca de presencia. El problema se agudiza al momento en que Ricoeur sentencia a la historiografía como resultado de una memoria colectiva. En este sentido, ¿qué tipo de memoria implica la dimensionalidad? Responderé a partir de las cuatro variantes expuestas anteriormente, individuales, colectivas, naturales y artificiales. La dimensionalidad como expresión de alcance historiográfico de un suceso mediante la operación historiográfica puede prescindir de la memoria en tanto que longitud y superficie del pasado, por las características de su alcance, pero no en el volumen.

El volumen del acontecimiento pasado esta impregnado de memoria natural y memoria colectiva debido a que la naturaleza temporal de ambas se hace presente al historiar. La impronta del suceso pierde naturalidad, ese sello en la cera se contamina con el pasar del tiempo y depende de una operación historiográfica exitosa, colocar en cada sitio lo posiblemente real de lo producido por la imaginación. Así pues, hay una recurrencia hacia la memoria colectiva en términos operativos porque en el archivo es lo que se encuentra (en el entendido de la aceptación la noción freudiana que vincula colectivo con lo individual). La memoria colectiva incide en la individual como en la acción del recuerdo, específicamente en la acción de rememorar planteado por Ricoeur.

Ricoeur aseguró que aprender es economizar o ahorrar el esfuerzo de retomar todo lo aprendido anteriormente. Sin embargo, este conocimiento dado en un sujeto o en una comunidad, está basada en una memoria sesgada, alterada, con cargas de sentido concretos. Por esta razón, considero a la dimensionalidad como perfecta, veraz y total, pues nunca podrá estar cerrada para con una sola aproximación, y no depende de ninguna de las formas de memoria. Todas las preguntas que se puedan hacer sobre un acontecimiento pasado se encuentran la dimensionalidad.

En este sentido, la rememoración, desde la dimensionalidad, puede confrontar las compulsiones de repetición individual o colectiva de aquello irresuelto. Pues, al subrayar la apertura constante de aproximaciones a lo mismo, basta con que se de lugar a un relato y a una investigación, como a una escucha y lectura atenta para que pueda haber el desfase de la repetición. A diferencia del positivismo, que asume abarcar la realidad a partir de una relación directa y neutral, omniabarcante con el pasado, la dimensionalidad, recuperando a Ricoeur y su propuesta del olvido, abre los horizontes partiendo de las potencias ya

esbozadas por la hermenéutica clásica y una hermenéutica contemporánea.⁷¹ Así, heredera de estos registros, la dimensionalidad vuelve de los acontecimientos un *puzzle* arrojado en el presente para que el historiador lo reconfigure desde la comprensión y explicación del pasado, con las condicionantes culturales de cada época, siempre con modos distintos de nombrarlo.⁷²

Ahora bien, en cuanto al olvido, según Ricoeur, este no resulta en pérdida irremplazable del *mhytos*, sólo un aplazamiento y parcialidad constante. El olvido está constituido por la conjugación en las estructuras de conservación y retención de los recuerdos en dos sentidos: el primero en lo que Ricoeur llama “conciencia individual” y el segundo en una “entidad colectiva”. La “conciencia individual” contiene un recuerdo conformado y definido por una persona sobre un acontecimiento y su construcción no es pasajera, con el transcurso del tiempo se ha sedimentado en tanto tal. El recuerdo de este sujeto el modo en que comprende el acontecimiento, se derivan necesariamente de otros. En este caso, la dimensionalidad es abordada por distintos individuos que a su vez inciden en el juicio de uno en especial. No obstante, la persona que recuerda sólo obtiene una fracción del acontecimiento. El recuerdo individual de Ricoeur, ¿está compuesto por el recuerdo colectivo? El recuerdo colectivo que propone es la conjunción de “recuerdos comunes”, con la particularidad de que los sujetos que los tienen se unen a sí mismos y a los demás del colectivo como depositarios de “fenómenos mnemónicos” iguales para todo el grupo. El recuerdo (memoria) colectivo adopta distintas particularidades que pueden ser fenomenológicas y sociológicas. En la primera existe una relación directa con el lenguaje al momento en que el recuerdo se expresa a un tercero o incluso si el individuo realiza una reflexión sobre el acontecimiento (rememoración). Dicha reflexión se repite y su articulación se convierte en discurso mnemónico. En su parte sociológica, Ricoeur la expone como la que apertura el nivel social a la fenomenología, es decir, la memoria y su tránsito por un nivel puramente social. Al respecto, es fundamental mencionar la mención

⁷¹ La hermenéutica clásica satisface una necesidad psicológica (individual y colectiva) de formulación ontológica en un sistema de verdades y creencias que conforman una tradición “cultural” (giro hermenéutico). La hermenéutica clásica es una herramienta para la búsqueda de la verdad.

⁷² Lenguaje entendido no como categoría metafísica pero sí como un lenguaje especializado ontológicamente que se ha originado para constituir y armonizar lo que se presenta como sentido y se manifiesta como cultura. Por lo tanto (y como lo determina Rilke) el pasado y presente se muestran como interpretados.

de Pierre Nora en cuanto a su afirmación de que “la memoria no es historia”. En el concepto: “lugares de la memoria” (*lieux de mémoire*), hay que seguir la explicación proporcionada por Nora al momento en que nos recuerda que este vocablo viene del latín de la tradición de la retórica antigua, de Cicerón y de Quintiliano, quienes aconsejaban asociar para fijar el orden del discurso, una idea a un lugar. Es decir, establecer un *locus memoriae*. Asimismo, Nora mencionó, en diversos artículos, que en nuestra época, la expresión apareció a fines de los años setenta en Francia, a partir de un sentimiento de pérdida de una historia (es decir, de un contexto de la memoria en el que la historia había sido la principal formadora de la conciencia nacional). Un “lugar de la memoria” es un conjunto conformado por una realidad histórica y otra simbólica. Según Nora, cuando un personaje, un lugar o un hecho son constituidos como lugares de la memoria, se está dilucidando su verdad simbólica más allá de su realidad histórica. Se trata de constituir un conjunto simbólico y advertir la lógica que las reúne, sin tomar en cuenta la operación historiográfica. En este caso, la dimensionalidad, al no tener relación directa con las memorias, posibilita que los lugares de memoria sean maniobrables, como pensados, desde la dimensión del volumen, en tanto que requiere un trato específico que brindarán las fuentes o los monumentos mismos no como afirmación, más bien, como los fallos del acontecimiento que habrá que explorar en su pluralidad. “El comienzo es histórico, el origen mítico”⁷³, escribió Ricoeur. El mito es el relato instituido como en tanto origen, es decir, desde la inexistencia del volumen. El caso de la historia es, claramente, una operación sin fin ni inicio, aunque sí con puntos de partida.

Por ello, inevitablemente regresamos a la propuesta de Ricoeur del remedio o veneno en la historia. El *pharmakon* es el conductor para una y otra. Sin embargo, es básico recordar a Paracelso: “Todas las sustancias son venenos, no existe ninguna que no lo sea. La dosis diferencia un veneno de un remedio”. El ejercicio de la rememoración que genera en los sujetos un documento escrito es lo que vulgarmente llamamos historia. Para Ricoeur, el discurso narrativo de la historia permanece inmutable frente a los cuestionamientos que el historiador puede hacerle permaneciendo siempre en silencio. En este sentido, la historia es veneno cuanto más parcial es el estudio del acontecimiento, siendo, el remedio, cuando

⁷³ En la obra de Ricoeur *La memoria, la historia, el olvido* establece claramente una postura anti origen del acontecimiento.

la dimensionalidad del acontecimiento ha logrado expresarse. Pero si la dimensionalidad es “incommensurable”, entonces ni remedio ni veneno, a saber: interpretación desde el punto de vista teórico literario o representación desde el ángulo de la estética, ambas intentando la senda a la dimensionalidad en el pasado. En relación con lo anterior, podemos pensar el caso de la conciencia individual y la colectiva. De cierta forma, los sucesos mnemónicos que propone Ricoeur se auto-designan como poseedores de una parte del pasado y los proyectan como propios a través del tiempo. Ricoeur, propone al *pharmakon* como remedio para la rememoración. A pesar de ello, queda un punto pendiente: ¿Qué pasa con la memoria cuando se traslada a un nivel de discurso histórico? La inscripción del pasado implica inmortalizar al producto del ejercicio de la rememoración para que posteriormente se utilice como una fuente de información.

Ricoeur organizó las distintas fases de su versión de la operación historiográfica siendo, la primera el primero momento, la “fase documental”: en la que caracteriza a la memoria archivada como poseedora del espacio y el tiempo donde se desenvuelven los acontecimientos pasados. En este momento, hay una imposibilidad heredada al tercer momento: “fase de representación”, pues el espacio y el tiempo imperante en el momento del acontecimiento, necesariamente son distintos al espacio y tiempo en el que se ejerce la rememoración. No hay coincidencia. Por tanto, la constatación de la memoria, sea individual o colectiva, se torna imposible o en el mejor de los casos aproximativa. Como la teoría de Ricoeur, la dimensionalidad comparte la importancia del olvido elemento que genera historias debido a su imposibilidad de captura. En este sentido, el olvido funciona en detrimento del conocimiento histórico, asumido como práctica omniabarcadora y acumulativa⁷⁴, mostrando su dificultad por postularse universalmente.

¿Cómo lograr un dominio sobre el olvido? Propongo para ello una adaptación del “mito de la caverna” de Platón. El filósofo griego constituyó tres lecturas para alcanzar el conocimiento. Aunado a ello, desarrolló la “descripción textual”⁷⁵, en la que definió tres

⁷⁴ Levi Strauss propone en el *Diccionario interdisciplinar de Hermenéutica*, compilado por Andrés Ortiz – Osés, Patxi Lancers y Gadamer, a la historia como un conjunto de datos, investigaciones y demostraciones que rara vez se comportan de manera acumulativa o piramidal.

⁷⁵ La “descripción textual” propuesta por Platón se encuentra en el libro VII de la *República*. Esa metáfora explica la línea y ésta, a su vez, a la de “descripción textual”, es decir, entre estas metáforas se explican una a la otra.

lecturas para llegar al conocimiento: “lectura epistemológica”, “lectura religioso – antropológica” y “lectura política”. En la búsqueda por el conocimiento, Platón lo vislumbró como diverso y no atribuible a una sola entidad epistémica. El conocimiento no sólo se reduce a lo material y empírico (como aseguraba Heráclito). Tampoco se puede reducir a lo formal o deductivo (como proponía Parménides). Así, Platón pensó al conocimiento en su dimensionalidad dividido en cuatro fragmentos. Estos fragmentos que juntos hacen un solo cuerpo epistemológico los dividió en A, B, C y D. AB y BC constituyen el conocimiento material (donde se encuentra lo opinable, lo visible y por tanto imágenes, mundo exterior, imaginación y creencia). C y D constituyen el conocimiento no material o formal deductivo (hoy científico y donde se encuentran las ciencias exactas, principios, pensamiento e inteligencia). El olvido puede ser superado mediante dos propuestas ocultas en el “mito de la caverna”: la repetición y la creencia⁷⁶. La repetición del recuerdo de los sujetos es un indicativo (que de ninguna manera se puede tomar como ley) de la veracidad de los sucesos pasados, sobre todo cuando los testigos tienen nula relación entre ellos. La repetición de los testimonios de manera verbal o escrita sobre el acontecimiento y la consecuente confrontación de las fuentes de información utilizadas en la “fase documental”, complementan una postura académica sobre el estudio del pasado y la apoyan para erigirse como una opción lógica. La repetición propuesta por Platón en “el mito de la caverna”, soslaya un olvido frecuente y plasmado en la inscripción. Esta repetición dentro de las fuentes de información, como aquello previo a la inscripción, es lo que asegura parcial o totalmente una inexistencia del olvido o por lo menos un decrecimiento en lo olvidado. El testimonio (vivo, escrito, anecdótico o especulativo) planteado por Ricoeur se vuelve trascendental para la operación historiográfica y su posterior evolución, ya que, si la historia no es acumulativa para algunos (Levi Strauss), las investigaciones sobre algún acontecimiento se apoyan a menudo en otras investigaciones y sólo un punto de quiebre puede cambiar su devenir. La creencia platónica también es por remedio y veneno, porque la repetición inducida por una rememoración asegura la conservación de una fracción del pasado, pero excluye necesariamente lo no percibido del acontecimiento. Esta “memoria archivada” que llamó Ricoeur es lo que considero una

⁷⁶ Cfr. W. K. C. Guthrie, *A History of Greek Philosophy*.

“conservación excluyente” del pasado que se manifiesta de manera consciente y/o inconsciente por parte de los que rememoran. La dimensionalidad no sólo es la multiplicidad del acontecimiento, sino una fuente de dudas para el historiador. Ricoeur intensifica esta problemática pero brinda luz con una ingeniosa propuesta, “la fiabilidad del testimonio puede ser vinculada a la parte social”, sin embargo si en primera instancia todo es testimonio, la labor del historiador es discernir entre un universo de confirmaciones.

2.4. La dimensionalidad redimida del archivo.

Ricoeur define al archivo como “el momento en que la operación historiográfica accede a la escritura”⁷⁷. Sin narrativa, el testimonio no podría ser leído, interpretado o representado. No obstante, el tránsito de la oralidad a la escritura representa sólo una facción de los distintos sentidos epistémicos propuestos en esta investigación. A diferencia de Ricoeur, quien sentencia que la problemática anterior origina una disyuntiva entre remedio y veneno, propongo que estamos frente a un remedio. Hans Ulrich Gumbrecht llamaría a este remedio una “producción de presencia” que nos permite capturar un momento específico (siempre ligado a un lugar)⁷⁸ para proceder a la operación historiográfica y así conformar la escritura del pasado. La dimensionalidad del acontecimiento escapa a su propia inscripción permitiendo un acercamiento a cualquiera de sus sentidos epistémicos. Así, se logra perpetuar el testimonio del pasado (testimonio que es buscado de preferencia en fuentes oficiales o inéditas con lazos sociales que sustenten la veracidad de la aportación). La producción de presencia es remedio contra el olvido, ya que no permite que actúe de manera descontrolada, afectando así a la memoria activa de un individuo o una sociedad. El veneno no puede ser, o no únicamente, el conjunto de información, datos, estadísticas, testimonios y demás elementos sobre el pasado. Toda vez que hacer presente al pasado es lo más loable y puro. Los distintos ejercicios de rememoración abordados por Ricoeur abanderan una lucha contra el olvido que es veneno para el que olvida, pero también para el inocuo.

⁷⁷ Claramente se realiza en la fase documental.

⁷⁸ La idea de “ligar a un lugar” al acontecimiento en la presente tesis está tomada de Ricoeur. Afirma que el historiador indaga y requiere elementos del sujeto que da el testimonio, siendo esto el “oficio” del historiador y su actividad la de un “artesano”.

El archivo es finito contra la “inconmensurabilidad” de la dimensionalidad de un acontecimiento pasado. El componente dimensional es el que ha hecho que la historia se aleje de las ciencias del siglo XVIII y XIX siendo, ella misma, su propio devenir. En relación al *pharmakon*, la dimensionalidad es veneno porque impide acceder el panorama completo, específico y general del acontecimiento. La propiedad ilimitada del acontecimiento ha derivado en distintas acciones procedimentales dentro de la operación historiográfica, así como el uso de herramientas contingentes para lograr una contemplación académica del pasado. La prueba documental propuesta por Ricoeur es la encargada de contener esa fracción del pasado que *a posteriori* formará parte de la realización de una investigación que esclarezca los acontecimientos. Así, la validación histórica anclada en lo acumulativo queda suspendida, pues lo que importa es la comprensión y el proceso interpretativo de las fuentes. Si Ricoeur habla de “un encadenamiento de los hechos documentados” para lograr con éxito la etapa de explicación/comprensión, entonces es justo agregar que en esa cadena siempre existirán eslabones perdidos, que son, a su vez, desde ya, los que redimen del archivo. Asimismo, los eslabones perdidos son los que inspiran a realizar una producción textual del pasado o una “producción de presencia” (Gumbrecht). Quizá, por esta labor realizada dentro de la operación historiográfica, es que para Ricoeur el historiador funge como artesano, ya que en la realización de la trama busca crear “puentes hermenéuticos”.⁷⁹ La figura del historiador es artesano en tanto que creador de eslabones y cadenas narrativas que eluciden los sentidos del pasado. El artesano posee dos habilidades: la primera proviene desde su nacimiento y en el desarrollo de dicha habilidad. Por otra parte, hay otras habilidades que se adquieren con el tiempo y se perfeccionan en su desenvolvimiento. En ambos casos, el artesano potencia habilidades. El archivo necesita de este artesano para salir de su silencio. El artesano se confronta, cada vez en cada caso, con su materia que es el *archivo*: un rompecabezas en espera de ser armado, siempre de diferente manera. La interpretación requiere de artesanos que den lugar y forma a los distintos personajes del discurso que se esté fabricando. En resonancia con esta imagen, el momento en que Carlo Ginzburg

⁷⁹ Término utilizado por Mauricio Beuchot en su obra: *Puentes Hermenéuticos, hacia las humanidades y la cultura*.

pronunció su suscripción y posicionamiento en la microhistoria, también ésta asumió una particular práctica artesana. Lo mismo pasó en los *Annales*, incluso, en la sociología de Norbert Elías. Por este motivo, la dimensionalidad es más poderosa y contundente, pues muestra las diversas potencias que hay al momento de historiar. Su vastedad implica necesariamente habilidades para poder adentrarse en su riqueza documental, factual y mnemónica. El artesano es de las pocas figuras que puede operar y trabajar estando consciente de su quehacer.

Ahora bien. En relación a la cura y el olvido, ante la dimensionalidad, la propuesta que hizo Ricoeur podría afirmar el carácter curativo. No obstante, recordarlo todo no basta. Aún en el supuesto de la posibilidad de hacerlo, habría que narrarlo de alguna manera siendo, esta operación, la alteración misma de la totalidad captada volviéndola fragmentaria, como en un principio lo fue. En este sentido, no hay utilidad en recordarlo todo por tres razones particulares en el caso de un suceso pasado:

1. Si recuerdo lo que pasó detalladamente sobre un acontecimiento, implica que la atención puesta al mismo reduce su espectro a otros, incluso, dejándolos en la invisibilidad. A mayor atención y acercamiento en un punto, mayor desatención en los otros. Recordar todo sobre algo es olvidar lo demás.
2. Si pasamos por alto la pérdida del contexto en la posibilidad de recordarlo todo, el hecho de que lo hagamos sólo genera una realidad falsa del acontecimiento. La idea de contención nos aleja de los detalles que hay que interpretar.
3. Existe una imposibilidad de representar todo lo sucedido sobre un acontecimiento dado. Regresamos a la propuesta de la dimensionalidad del acontecimiento, si este es infinito entonces su “representación” es por antonomasia absurda.

Las tres observaciones anteriores nos dan la afirmación de la imposibilidad de recordarlo todo y a la cancelación de su funcionalidad. El olvido es cura. Esta discapacidad mnemónica que todo ser humano padece (a excepción quizás, de los dueños de la memoria eidética y la memoria fotográfica) es una característica fundamental para los cuidados de una sociedad. El olvido es cura porque permite fraccionar o fragmentar en segundo grado a la “inconmensurabilidad” del pasado que se pretende estudiar. En primer grado utilizamos el interés personal como filtro frente a la gama posible de estudios históricos, pero es el

segundo grado el que de manera automática nos hace la tarea menos difícil. El olvido dispone una práctica trascendental: la búsqueda en el archivo. Acudir a él es una actividad de indagación, una búsqueda de lo olvidado, que en esta ocasión no necesariamente ha quedado inscrito para su consulta. Ello nos dirige a otra aporía, el olvido puede estar definitivamente perdido para la operación historiográfica y en ese caso sólo puede existir una intuición de lo que hubo, pero sin su sostenimiento documental.

Capítulo III

DE LA ICONOCLASTIA Y LA ICONODULIA A LA INTERPRETACIÓN Y LA REPRESENTACIÓN

Si bien la intención fundamental de esta investigación es proponer la dimensionalidad como arista para pensar la historia, en resonancia con la teoría de la interpretación de Paul Ricoeur, a continuación apuntaré la relación entre representación y acontecimiento según mi propuesta epistémica.

A lo largo del siglo VIII europeo se agudizó una querrela contra el simbolismo de las imágenes. Se trató de una fuerza contra los símbolos como “fetiches”. En la cuenca mediterránea existió una dependencia excesiva hacia los símbolos religiosos, específicamente en el registro monoteísta, que desató polémicas respecto al abuso de los iconos sagrados. Para los iconoclastas es primordial recordar el libro sagrado: *Deuteronomio* 6, 8 – 9, cuyo contenido refiere a la prohibición de “representar a lo divino”. Del mismo libro hay que revisar los siguientes pasajes:

No te harás escultura ni imagen alguna, ni de lo que hay arriba en los cielos, ni de lo que hay abajo en la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra (6,8).

No te postrarás ante ellas, ni les darás culto (6,9).⁸⁰

Destruiréis enteramente todos los lugares donde las naciones que vosotros heredaréis sirvieron a sus dioses, sobre los montes altos, y sobre los collados, y debajo de todo árbol frondoso (12,2).

Derribaréis sus altares, y quebraréis sus estatuas, y sus imágenes de Asera consumiréis con fuego; y destruiréis las esculturas de sus dioses, y raeréis su nombre de aquel lugar (12,3).

La iconoclastia cristiana tiene sus orígenes en la región euromediterránea y las primeras luchas antidolátricas de Bizancio. El emperador de Bizancio, León el Isaúrico, las sectas minoasiáticas y la Pauliciana del siglo IX combatieron contra el uso colosal de los iconos. Más que un principio decalógico de pronunciamiento contra la adoración de las imágenes, era un conflicto con el dogma y la representación. Los lolardos ingleses del siglo XIV (considerados precursores de la Reforma, sobre todo la apreciación de John Wycliff),

⁸⁰ *Deuteronomio*: 6, 8 – 9.

aseveró que los cristianos podían prescindir de la adoración de sus iconos siendo, este movimiento, el primero en considerarse autónomo y organizado intelectualmente.⁸¹

En resonancia con la historia de las imágenes y su carga religiosa, aquí continuaré con la problemática respecto a la representación y su vínculo con la dimensionalidad. A continuación, plantearé algunas consideraciones en relación a ello:

1. De la iconoclastia podemos retomar el concepto de lo sublime, lo superior o aquello divino que es irrepresentable. La idea central proviene de la concepción de una esencia religiosa contenida en las escrituras bíblicas. Sin embargo, la “incomensurabilidad” del acontecimiento puede ser divinidad por el hecho de ser inalcanzable en una sola operación historiográfica, pues la desborda. La representación del acontecimiento dado sucede en ausencia del pasado, pero, siempre está latente, pues, lo representado es una aproximación inexacta del evento.
2. En la representación hay un conflicto entre sentido y significado en relación a la explicación y comprensión de un suceso. De la huella se erige, desde la operación historiográfica, una serie de estudios y miradas al pasado. Michel Foucault realizó una binarización de los signos y una relación muy estrecha entre modelo y representación⁸². La aversión por la supremacía que inspiraban los símbolos en la época del pensamiento iconoclasta es a su vez una expresión de la imposibilidad de construir un sentido a partir de las ruinas. No se repite ni se imita al pasado, se realiza una estructuración elevándose a un grado institucional capaz de perdurar con el paso del tiempo. Sin embargo en la profundidad de la doctrina iconoclasta se esgrime la diferencia entre imagen y vestigio, ambas con el poder de representación siendo una más profunda que la otra.
3. La imagen para la iconoclastia es una transgresión. La producción de imágenes por el hombre pretende imitar a lo divino en la historia, entre otras formas, vía la narrativa, por ejemplo, en el caso de la historiografía. A partir del vestigio, materia prima del historiador, se pueden representar las distintas aristas que la dimensionalidad del pasado posee, en específico, desde la profundidad. La imagen

⁸¹ Cfr. Trevor – Hugh Roper, *Religion, The Reformation and Social Change, and Other Essays*.

⁸² Cfr. Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*.

en la historia ha perdido su finalidad, no hay imagen que muestre la totalidad del acontecimiento.

4. El vestigio está en relación con el acontecimiento. Por ello, es ya institución.

Lo que hizo la historiografía con el pasado entre los años setenta y noventa del siglo XX, fue darle una importancia fundamental a la interpretación del acontecimiento. Así como la iconoclastia pugnó contra el signo como sustituto de algo y la imagen como presentación de lo ausente, en la historia hubo un cambio hacia la elaboración de la representación. La iconoclastia no terminó con la idolatría a la imagen y la iconodulia fracasó en su intento de dominar el culto. Algunos intelectuales han aceptado, en el marco de esta discusión, una metafísica del signo como Heidegger, Lacan, Foucault, Derrida y Barthes, debido a su pretensión de revelaciones a partir del ser dentro del signo. Para Ricoeur en su obra *Metáfora Viva*, la reflexión gira en torno a la fusión entre el sentido y lo sensible, que llenará el vacío característico de la Modernidad.

La interpretación como problema es el mismo de la iconoclastia. La interpretación del pasado da pauta a la mirada del historiador como potencia de escritura, siempre fallida para aquello con lo que desea captar. En este sentido, la representación implica al menos la siguiente consecuencia. Esta nos permite tomar una fracción del pasado para estudiarlo minuciosamente para poder explicarlo desplazando, por necesidad operativa, otras posibilidades de pasados. Aún así, es importante subrayar que la representación no busca verdades absolutas, más bien, poder evidenciar los modos en que el acontecimiento ha cambiado con el tiempo. Una aproximación a las veracidades de la historia es develar el cambio. Para ejemplificarlo de una mejor manera abordaré el término de iconodulia que se presentó como yuxtaposición al de iconoclastia. Entre los siglos VIII y XI europeos, en respuesta a la apertura que pretendía la iconoclastia, emergió una corriente en respuesta por parte de la ortodoxia clerical de la época: la iconodulia. Esta sentenciaba al uso de las imágenes debido a que su veneración desviaba el culto al ser verdadero, irrepresentable, tal y como lo proclamó Juan Damasceno. En relación a lo anterior, podemos asociar el problema actual de la historiografía de la siguiente manera: si los acontecimientos pasados que son contruidos, decontruidos, estudiados y analizados por parte de los historiadores,

estos terminan por ser representados por la escritura⁸³. En este sentido, a diferencia de la religión, sostenida con corrientes ideológicas iconoclastas o iconodúlicas, el acontecimiento necesariamente debe ser representado a la manera de la iconodulia. Por ello, lo que se presenta en ausencia de su origen debe ser analizado y explicado, nunca cerrado e idolatrado. Si para Ricoeur la representación es esencial en la operación historiográfica y para De Certeau la representación del pasado contiene una interpretación de ciertos hechos, la dimensionalidad en sus sentidos epistémicos provee de manera limitada inscripciones más o menos abundantes del suceso. Creemos que en la escritura que presenta en ausencia del acontecimiento es la mejor manera hasta el momento de escudriñar la verdad en el pasado importante de la historia, sin que por ello pueda deshacerse del problema de la representación.

A partir de los años cincuenta Ricoeur incursionó en un diálogo un tanto desértico entre la filosofía y la historia que, con el paso del tiempo, sus aportaciones ejemplificaron cómo el historiador oscilaba entre una objetividad truncada y una subjetividad propia del investigador. En este contexto apareció, en el horizonte de sus producciones, la "representancia" como distinción entre historia y ficción. Este vínculo es fundamental pues el historiador se encuentra con representaciones escriturarias (fuentes) con las que tiene que trabajar, para luego dar cuenta de una narración, tecnología literaria que si bien tiene sus límites y referentes, no por ello llega a desentrañar la verdad. En el proceso cognitivo que constituye la mirada del historiador percibe a partir de la sustitución de lo ausente vía restos y su interpretación.

3.1. La retórica como adversidad a la representación

Cualquiera de los tres sentidos epistémicos de la dimensionalidad, incluso la representación, están atravesados por la retórica. A continuación, ensayaré estas implicaciones.

⁸³ Paul Ricoeur afirma que no es correcto decir que hay una escritura de la historia (historiografía), porque la historia es escritura, desde los archivos a los textos de historiadores, escritos publicados y otros documentos. Sin embargo hablo de la escritura como herramienta y método para "representar" al pasado exclusivamente, *La memoria, la historia, el olvido*, pp. 494-501.

En el trabajo de Ricoeur, *Rhétorique – Poétique – Herméneutique*⁸⁴, estudió la relación entre la oratoria y la hermenéutica. La retórica o técnica de la palabra en acto o el arte del discurso que un sujeto lleva a cabo mediante la armonía interna del mensaje, y el propio mensaje articulado eficientemente para lograr en su receptor un convencimiento, es un ejemplo de la distorsión de la representación y sus consecuencias. La retórica no sucede en la dimensionalidad del acontecimiento porque se entiende que ésta es origen y por lo tanto tiene un carácter inmutable. Sin embargo, la representación del pasado en su oralidad y escritura puede ser adaptable a ciertas situaciones o foros para lograr un control direccionado que anule la interpretación deseable de los escuchas que en la actualidad y debido a la tecnología no precisan estar en el momento del discurso. En este sentido, la comprensión de la retórica no sólo prótesis discursiva, más bien, como forma de conocimiento es fundamental. En especial, tras su emergencia en el mundo moderno a partir del siglo XX y su importancia en diferentes registros del saber como de la vida cotidiana. Las instituciones historiográficas no quedan exentas a ello. La importancia de la dimensionalidad está, en este caso, en señalar el modo en que el lenguaje científico sucede en simultáneo al retórico. Al respecto, Ricoeur, en sus estudios acerca de Marc Bloch, señaló que el acontecimiento es posible por el relato que se hace de éste. Al respecto, señalaré tres distanciamientos que hay entre la retórica y la dimensionalidad respecto al acontecimiento y el lugar del historiador ante ello:

1. La imposibilidad de hacer que coincida la dimensionalidad consigo misma, en tanto que la activación de los tres ejes epistémicos que buscan captar el acontecimiento.
2. Si para dar cuenta del acontecimiento es necesaria la narración, la operación historiográfica da cuenta de cómo es que se ha construido el relato. Esta práctica requiere un lenguaje especializado, en principio, alejado de la retórica de la que se hace cargo otro tipo de saberes.
3. Los archivos están cargados de retórica. Esa es su condición de posibilidad.

⁸⁴ Cfr. Paul Ricoeur, *Rhétorique – Poétique – Herméneutique*.

Si la iconodulia dicta una creencia respecto al símbolo que representa, mas no en el símbolo mismo, la retórica induce a una creencia a partir de lo inexistente. La representación del acontecimiento está atravesado por adecuaciones por parte del sujeto que enuncia. Por ello, la retórica y la iconodulia son dos corrientes inversas que esconden su esencia, una al discurso histórico y la otra al ámbito religioso, alimentando la aporía de la verdad histórica en ambas.

Ricoeur escribió acerca de la “historia relato”. Desde la antigüedad esta historia es referida al tercer punto sobre el distanciamiento entre el historiador y la dimensionalidad. Si consideramos la historia como símbolo de la verdad de lo acontecido, ¿en qué corriente situaríamos a la teoría de la historia actual? ¿En una corriente iconoclasta o de iconodulia? Roland Barthes exploró la idea de una superposición de la historia estructural sobre la historia narrativa, cuyo referente de lo real cae ante lo inteligible. Si la inteligibilidad pronuncia un estudio de puro conocimiento donde no existe una intervención de los sentidos dimensionales para lograrlo, entonces se infiere como una aporía. Toda huella o vestigio del pasado histórico, inevitablemente ha sido filtrado antes, por algún sentido del que inscribe, atestigua o declara. Por ello, siempre hay confrontación con el velo de lo real del acontecimiento. En cierto sentido, siempre hay retórica, nunca acceso a lo real científico. La retórica, desde una perspectiva científica, es la adversidad para la búsqueda de verdad en la historia, que a su vez tendrá la expresión a modo de tensión en la escritura de la historia. En esta operación Ricoeur planteo los tres secretos del discurso historiográfico: la prueba documental, la explicación causal/final y la configuración literaria. Los tres momentos bien pueden disminuir el posible impacto en las fuentes historiográficas por parte de la retórica utilizada en algún momento. Hayden White menciona, al respecto, que es preferible nombrar como “ficciones verbales” a la mezcla del relato ficción y el relato histórico dentro de lo que denomina “imaginación histórica”.⁸⁵ De cualquier manera, la retórica acompleja la representación del pasado. Es por la aspiración de acceder a la dimensionalidad que el historiador insiste en sus sentidos para lograr un producto de calidad.

⁸⁵ Hayden White demuestra el carácter esencial de “tropología” en la escritura de la historia, la “tropología” es retórica, en *Metahistoria*, pp. 13-50.

La teoría de la historia actual, en cuanto al problema de la representación, podría estar en una corriente como de la iconodulia, pues, se perfeccionaría la práctica de elucidación de lo que está detrás del símbolo y no lo que se le venera, en este caso, en la Modernidad, la “verdad de los hechos”. En este sentido, la operación historiográfica es el discurso que representa el pasado pero no se sobre pone a él. Esa es su potencia crítica. Pues, en este ejercicio, siguiendo a Ernst Cassirer, el símbolo es una organización instauradora de la realidad, o bien, de un relato que nos permite estar en el mundo. La iconodulia enfatiza que la objetividad en la historia es relativa debido a que todo concepto es expresión, es decir, lo que intuimos, miramos, investigamos y representamos está integrado a un sentido, a un relato.⁸⁶ Sin la iconodulia no podríamos conocer el pasado. Nada podría ser presentado, sin representar. La representación es multívoca, cada sujeto le asigna una relación de significado variable, a pesar de que existan límites.

Ahora bien, respecto a la hermenéutica como vínculo con el acontecimiento, habría que mostrar, en relación con la iconoclastia y la iconodulia, sus diferentes etapas históricas sin por ello hacer sus historias:

1. La etapa teológica. Corresponde a un primer estadio de la “sociedad” que fecho desde la antigua Grecia hasta la Reforma. Esta etapa se caracterizó por la noción de verdad que poseía un carácter deificado, divino, mágico-religioso, orientado a comprender el mensaje de los dioses para transmitirlo al cuerpo “social”. No existía posibilidad alguna de re interpretar lo interpretado, no existía un fondo epistemológico en el mensaje.
2. La etapa racional. Corresponde al Renacimiento y está orientada a trastocar el pensamiento dogmático-religioso hasta entonces mantenido, dirigiendo la atención hacia la comprensión y explicación de los mensajes producidos por los seres humanos, pues la verdad se concibe como un producto social a la cual se accede a través de la razón.

⁸⁶ Ernst Cassirer lo denominó “pregnancia simbólica” a lo largo de su trabajo en *Filosofía de las formas simbólicas* y con el concepto inauguró la idea de que la comprensión lo es en la forma de la “representación” más que de la sola “presentación”.

En esta etapa se desarrolló la hermenéutica filosófica y científica que hoy tenemos con los postulados teóricos de pensadores como: Friedrich Carl Von Savigny, Friedrich Schleiermacher, Wilhelm Dilthey, Martin Heidegger y Paul Ricoeur. La propuesta hermenéutica de Ricoeur, definida en su obra *Freud: Una teoría de la interpretación*, publicada en 1965, es primordial para la comprensión del símbolo y la hermenéutica. Allí definió a la hermenéutica como la teoría de las reglas que conforman una exégesis, es decir, la interpretación de un texto singular o de un conjunto de signos susceptibles de ser considerados como un texto. Será el símbolo es el que constituye el problema hermenéutico, pues es éste el que se presenta desde la polaridad de un sentido manifiesto - sentido oculto; signos que ya poseen un sentido primario, literal y que a través de éste, remiten a otro sentido. Por esta razón, la iconodulia permite a la representación abarcar ambas polaridades del problema de la interpretación.

Para Ricoeur, el símbolo tiene doble sentido y necesita una interpretación, y la interpretación a su vez, busca clarificar a los símbolos. Esta interpretación habrá de desarrollarse en el campo hermenéutico, el cual es el lugar de los símbolos o del doble sentido y aquel donde se enfrentan las potencias exegeticas. En este sentido, Ricoeur mencionó: “no hay una hermenéutica general, ni un canon universal para la exégesis, sino teorías separadas y opuestas, que atañen a las reglas de la interpretación”.⁸⁷ Tras esta afirmación, categorizó dos grandes ámbitos en lo que refiere a las teorías o perspectivas de la interpretación. Hay una doble posibilidad en cuanto a la interpretación: por un lado, hay que depurar al discurso de sus excrecencias, terminar con creencias infundadas, pasar de un mito a una realidad y hacer del acontecimiento pasado un regreso comprendido. Por el otro, hay que reflexionar y adscribirse a la iconodulia. La interpretación es la enseñanza sobre el constante cambio, como lo es la manifestación de la existencia de lo múltívoco y de lo múltiple. El acontecimiento que es interpretado tiene la posibilidad de siempre ser perfectible, no es universal y no es exacto, es dimensional.

A continuación, haré un balance sobre la concepción hermenéutica de Ricoeur⁸⁸ que estará en resonancia con las anteriores reflexiones, complementándose unas a otras:

⁸⁷ *Idem.*

⁸⁸ Paul Ricoeur cataloga dos tipos de hermenéutica que se confrontan a sí mismas, en su *Teoría de la interpretación*, pp. 36-37.

1. La hermenéutica de la escucha. Es concebida como manifestación y restauración de un sentido recibido como mensaje, recolección y restauración que tendrá como instrumento a la fenomenología, pues su tarea es clarificar a ese objeto de las intenciones diversas de la conducta, el discurso y la emoción.
2. Hermenéutica de la sospecha. Concebida como desmitificación. Esta hermenéutica no es una clarificación del objeto, es el desgarramiento de la máscara, una interpretación reductora de los disfraces.

No obstante, para Ricoeur, no es un problema de elección entre perspectivas hermenéuticas. Por el contrario, una teoría de la interpretación tendría entonces que dar cuenta no sólo de la oposición entre dos interpretaciones de la interpretación, una como recolección del sentido, la otra como reducción de las ilusiones y mentiras de la conciencia, sino también de la fragmentación y dispersión de cada una de estas dos grandes escuelas de la interpretación en teorías diferentes y aún ajenas entre sí. Las categorías: sospecha y escucha, entonces, son categorías dialécticas, no suceden por separado, aunque sí por su parte. Desde esta perspectiva, toda sospecha es producto de una escucha previa. La sospecha del sentido nos orienta necesariamente a la reconstrucción del mismo proceso en el que el sujeto hermeneuta en el acto hermenéutico, a su vez escucha y sospecha, reconstruye el sentido y lo desmitifica. Dicha dicotomía intrínseca de la interpretación se encuentra en el plano escrituario pero no es exclusivo de él, también se encuentra en el discurso (y su retórica) así como en la pretendida inteligibilidad de la historia. La escucha, ya antesala, enfatiza la inteligibilidad en la historia y su imposibilidad⁸⁹, ya que la operación historiográfica opera con documentos y demás evidencias del acontecimiento pasado que se encuentran en el archivo y otros espacios que ocupa el historiador dispuestos a distintos sentidos, no solo del primer observador del acontecimiento sino de los subsecuentes hermeneutas. Así, el historiador como artesano cualificado, debe considerar la sospecha y la duda sobre un acontecimiento específico y realizar una “escritura de la historia que por un lado, no venere a la huella del pasado estudiado (a manera de la iconoclastia) pero que clarifique los resultados de su investigación con pares.

⁸⁹ La definición clásica de “inteligibilidad” en la Real Academia Española es: “Que es materia de puro conocimiento, sin intervención de los sentidos”.

La iconodulia propone creer en lo que el símbolo representa, lo que está detrás de dicho símbolo, no adopta una idea cortesana de creer en lo que se ve, en este sentido existe una metafísica kantiana sobre lo que se interpreta; por ello, si existen diversos relatos de los historiadores sobre un mismo acontecimiento, se debe optar por una conciencia del lector hacia esos historiadores que detecte que existe una búsqueda de verdad, de ahí la multiplicidad de estudios⁹⁰, sin embargo, la búsqueda de verdad es una aporía en el mejor de los casos, que tiene su origen en la “inconmensurabilidad” del acontecimiento.

3.2. Iconodulia e interpretación.

La iconodulia propone una creencia en lo que no es visible del símbolo, sin embargo, esa creencia debe emanar de algo físico que interactúa con el sujeto como generador de indagación en el pasado. Al mirar ese símbolo, no se presupone como una creación absoluta e unívoca, se visualiza su conformación desde un punto estructural y orgánico en donde los distintos elementos implicados de manera individual son carentes de sentido y sólo es en su conjunción donde se encuentra el mensaje pretendido.

En la articulación de lo que llamó Ricoeur “interpretación narrativa”, que posee una descripción y un relato, se encuentra la misma esencia de la iconodulia. No se cree en el texto como tal, sino en lo que éste contiene en su operación historiográfica, así como la narración del acontecimiento es escrita mediante un estilo particular que sigue teniendo detrás, el mismo mensaje sobre el acontecimiento.⁹¹ Por lo tanto, la materialización de la operación historiográfica mediante la inscripción iconográfica en un material físico, muestra un determinado mensaje susceptible de interpretaciones, pero siempre configuradas en primer nivel por el pasado ontológico del lector. El ser intelectual del lector, producto de la vida misma, es el que dotará de interpretación al estudio del acontecimiento que a su vez ha sido teorizado por el historiador. Para el lector, la interpretación de un texto histórico es semejante a lo que está detrás del símbolo en la iconodulia. No necesariamente es visible,

⁹⁰ Louis O. Mink prefiere optar por una creencia en donde la Historia se distinga de la ficción por la búsqueda de verdad.

⁹¹ Hayden White propone “la imaginación histórica” donde el “relato de ficción” y el “relato histórico” pertenecen a lo que denomina “ficciones verbales”. Para White la teoría del estilo tiene como variantes a la novela, tragedia, sátira y comedia, *Metahistoria*, pp. 53-85.

pero se encuentra ahí, a la espera de ser hallado. A diferencia de lo que sentenció Roland Barthes sobre una muerte de la historia narrativa propiciada por el signo en la historia, el signo resurge como posibilidad hermenéutica del acontecimiento.

La iconodulia muestra que el símbolo puede encerrar y liberar un conjunto de significados auténticos desde el significante que será acotado por el lector u observador, otorgándole una especificidad aún mayor. La iconodulia tiene el poder de traer al acontecimiento pasado de vuelta al presente. Al respecto, Ricoeur cita a Louis Marin en cuanto al supuesto “poder de la imagen que sustituye a algo presente en otro lugar”.⁹² Si bien la anterior referencia se atribuye a la representación, la iconodulia en la historia también funciona como una imagen, en este caso, una literaria que implica acceder al resultado de una determinada operación historiográfica, pero no necesariamente a la interpretación que el historiador concluyó.

Ahora bien, si Martin Heidegger aseguró que nada podía escapar a la historia, desde este trabajo podría decir que nada puede escapar a la dimensionalidad de la historia. Sin embargo, a la operación historiográfica sí, por ello la reencarnación del acontecimiento que evocamos mediante el estudio del archivo y otros elementos primarios nos invitan a dar una mirada específica a lo que sucedió mediante imágenes literarias que además de lo observable se deben interpretar. Pero si la iconodulia nos trae al presente un estudio objetivado del acontecimiento pasado, es necesario que transitemos por dicho estudio de la mejor manera, a saber, interpretando correctamente. Las imágenes literarias provenientes de la iconodulia incesante sobre una huella específica que se transmiten mediante una operación historiográfica, son una de las formas en que el historiador puede socializar sus investigaciones.

3.3. La reencarnación del acontecimiento en la historia escrita.

El budismo, como el hinduismo, afirman la reencarnación. Una continuidad del “sujeto” con sus características especiales acumuladas de vidas pasadas a las que se agregarán más en el porvenir de acuerdo a sus múltiples acciones en vida que, según sus características, su reencarnación podrá ser mejor o peor, ya sea humano, ya sea animal, incluso en otros

⁹² Cfr. Louis Marin, *La critique du discours: études sur la logique de port – royal et les pensées de Pascal*.

estados invisibles. De acuerdo a esta filosofía todos los seres experimentan el renacimiento debido a la fuerza de sus actitudes. Según estas enseñanzas las cosas pueden ser conocidas de manera verdadera de al menos dos maneras: por percepción o por inferencia.⁹³ En la primera, el conocimiento del objeto que se puede lograr utilizando nuestros sentidos desde la creencia o constatación, como entre su comprobación afirmativa o negativa.⁹⁴ Pero así como la gravedad o el magnetismo son imperceptibles a nuestros sentidos, durante el acontecimiento que a posterior será una huella, también existirán otredades visibles e invisibles. Ninguna escapará a la dimensionalidad, pero sí al registro en el archivo y eventualmente su posible consideración en las operaciones historiográficas del historiador. En esos recovecos está precisamente la interpretación a manera de unión intangible pero presente entre sucesos aislados y lejanos o cercanos e interconectados. La iconodulia se genera imágenes literarias con alto contenido documental y con una dosis de interpretación tanto del autor como del lector. Así, la operación historiográfica reencarna al acontecimiento pasado, pero no se realiza de una manera exacta al acontecimiento original sino con sus propias características distintivas, resultado de una limitación al acceso de lo primigenio. En cierto modo, el acontecimiento pasado traído por la imagen literaria, se presenta como un acercamiento a lo que posiblemente fue en un espacio y tiempo determinado. Este traslado del acontecimiento pasado al presente conlleva imperfecciones, pero permite extraer de lo histórico una suficiencia explicativa de algo relevante para nuestra sociedad. La reencarnación del acontecimiento pasado se da por su importancia y trascendencia en el presente. El acontecimiento no reencarna por sí sólo, necesita de un agente externo que le dotará de sentido lógico estructural dentro de un espacio y tiempo contextualizado, o ausente de contexto de acuerdo a Derrida. Sin embargo, esta reencarnación del acontecimiento que se evoca mediante la operación historiográfica es imperfecta por su carácter parcial, pero fundamental para la historiografía porque sigue en

⁹³ Cfr. Francesca Fremantle y Chögyam Trungpa, *El libro tibetano de los muertos: la gran liberación a través de la escucha en el bardo*.

⁹⁴ La “reefectuación” de Collingwood encaja en la idea de “lo mismo” propuesta por Ricoeur donde el pasado es idéntico con el presente. El presente es una “reefectuación” de la tradición. Collingwood concibe una idea en donde la imaginación simbólica del historiador supuestamente resucita los contenidos del pasado en el presente. Es decir, la idea del pasado esta subordinada al presente pero el presente es el sitio de actualidad del pasado.

la búsqueda de lo que realmente pasó. Ricoeur apuntó que la interpretación tenía la misma importancia que el proyecto de verdad, por ello el acontecimiento que el historiador se encarga de reencarnar, si bien es único en su conformación documental, de manera binaria acepta como perdón a sus limitaciones una continua transformación que induce retrocesos y procesos en el estudio del pasado. La reencarnación del acontecimiento pasado que emana del acceso a la dimensionalidad de la huella es presentada a un consenso intelectual en el que no sólo los especialistas en el tema dictaminan, sino un amplio número de lectores asiduos y casuales. Reencarnar el acontecimiento implica extraer de la dimensionalidad un proyecto de verdad que resulte en el secreto del conocimiento histórico y nos lleve a un acercamiento del pasado, capaz de otorgar una explicación extraordinaria.

Al acceder a una porción del pasado, su traslado al presente mediante ciertas explicaciones y sus interpretaciones inherentes (como se mencionó antes⁹⁵, Ricoeur las entiende como proyectos de verdad), sufren de pérdidas inicuas fácticas, provenientes principalmente de los siguientes aspectos:

1. El registro del acontecimiento fue hecho un sujeto ajeno al mismo tanto en tiempo como en lugar.
2. El acontecimiento se ha registrado por un sujeto contemporáneo al suceso con un grado mayor o menor de inteligibilidad.
3. No existe un origen claro del registro del acontecimiento. Sólo hay una repetición de esa parte del pasado pero que no se puede argumentar de manera objetiva.
4. El acontecimiento captado por el sujeto es dúctil a múltiples intereses que propician que el testimonio sea dudoso en su legitimidad.
5. La escala a la que fue observado ese acontecimiento no corresponde con la interpretación del sujeto sobre dicho hecho histórico.
6. No existe una ambición de verdad genuina en el registro.
7. La construcción narrativa del pasado histórico tiene siempre un límite, entre otros motivos, por parte del sujeto que realiza el registro de la huella o subsecuentes.
8. El relato distante al acontecimiento que se reproduce es un conocimiento histórico inexacto.

⁹⁵ Ricoeur incluso lo llevará a la representación de la historia.

9. Lo heterogéneo es natural, el artificio es la ficción de unidad.
10. Hay tipologías del estilo imperante sobre los documentos del archivo.
11. La realización de una inscripción de la iconodulia errónea o inexacta por su interpretación.

El origen del acontecimiento encerrado en la dimensionalidad que en su devenir reencarnará por medio de la iconodulia, (vía la imagen literaria)⁹⁶ también es susceptible de interpretaciones que completarán al símbolo que se nos presenta en ausencia del pasado estudiado. La dimensionalidad busca regresar al presente por medio de la escritura de la historia que un sujeto determinado realiza para erradicar lo que hasta ese momento se consideraba ausente, inexistente o inacabado. También existen ajustes en lo que ya se ha escrito sobre alguna huella específica y que en su origen se han logrado nuevas investigaciones por material inédito o reinterpretaciones de lo existente. La reencarnación de dicho pasado construye un puente hermenéutico entre lo anterior, como hecho innegable y el presente, como hecho otrora innegable. Esto permite una validación, siempre limitada, sobre la explicación de una fracción del pasado – presente. La reencarnación del acontecimiento en determinada imagen literaria, no incursiona por la noción tradicional de la interpretación en la que se deben establecer coyunturas de acuerdo al binomio objetividad – subjetividad realizado por el historiador. El conocimiento de ese pasado es parcial, objetivo en su investigación, pero delimitado por la dimensionalidad y su finitud.

Llamaré “interpretación” a la operación realizada por el historiador; “interpretación documental” a la que se recoge en el archivo durante la fase documental; “interpretación ordinaria” a la que se realiza por el público lector del escrito resultante de una investigación; “interpretación académica” a la realizada por la comunidad académica en determinado lugar, y por último; “interpretación especializada” a la que surge de pares y demás sujetos especializados. Las distintas interpretaciones de la interpretación son fundamentales para reconocer en la búsqueda de la verdad o en el grado de veracidad sobre

⁹⁶ Considero la acepción de “imagen literaria” al resultado de la investigación que se realiza por un historiador y que con rigor académico nos presenta una o varias explicaciones textuales sobre el pasado y que en su totalidad nos vislumbran un conjunto de caracteres sociales, económicos, políticos, culturales, sociales e ideológicos sobre determinado acontecimiento importante para la comunidad historiadora.

un acontecimiento pasado múltiples obstáculos en su transmisión, es decir, no basta con obtener una operación historiográfica satisfactoria en la comunidad de historiadores de determinado lugar. A esta continúa una vigilancia extrema a su correcta enseñanza y difusión.

3.4. Interpretación base

Si bien en esta tesis se ha hablado sobre el quehacer del historiador como agente de cambio en una sociedad, la trascendencia de lo que Hans Ulrich Gumbrecht denominó “lo no – hermenéutico”⁹⁷ es de suma importancia, ya que interviene directamente en la interpretación y en la imagen literaria, por consiguiente, en la reencarnación del acontecimiento pasado. No es objeto de esta investigación detallar su propuesta epistemológica, aunque, a manera informativa puede decirse que Gumbrecht realiza una mezcla entre la dicotomía significante/significado (expresión/contenido) y la distinción aristotélica de sustancia y forma para dar como resultado cuatro categorías que configuran lo que denomina como “lo no – hermenéutico”:

1. “Sustancia del contenido”: “contenidos de la mente antes de cualquier intervención exterior”.⁹⁸
2. “Forma del contenido”: “contenidos de la mente en una forma bien estructurada, de acuerdo a la intelectualidad del sujeto”.⁹⁹
3. “Sustancia de la expresión”: “materiales a través de los cuales los contenidos pueden hacerse manifiestos en el espacio, pero antes de que se les conforme en una estructura”.
4. “Forma de la expresión”: “las formas visibles de la expresión (caracteres en una página o colores en una imagen o cuadro)”.¹⁰⁰

Las categorías anteriores que conforman lo “no – hermenéutico” también tienen una connotación imperante durante la interpretación base que propongo, ya que durante la

⁹⁷ Cfr. Hans Ulrich Gumbrecht, *Producción de Presencia: lo que el significado no puede transmitir*.

⁹⁸ *Ibid.* p. 28.

⁹⁹ *Idem.*

¹⁰⁰ *Idem.*

estancia del historiador en el archivo se enfrenta una y otra vez con los elementos señalados. Así pues, las aproximaciones teóricas de la historia oscilan entre lo visto y no visto generando las “constelaciones de teorías” de Kuhn a las que refiere de la siguiente manera: “si la ciencia es la constelación de hechos, teorías y métodos reunidos en los libros de texto actuales, entonces los científicos son hombres que, obteniendo o no buenos resultados, se han esforzado en contribuir con alguno que otro elemento a esa constelación particular”¹⁰¹. La manera en que los historiadores buscan aportar conocimiento histórico a la sociedad es mediante estas interpretaciones base que en conjunción a otras, conforman una amplia gama de opciones explicativas sobre el pasado importante en un espacio y tiempo determinado. En este sentido, tanto las propuestas de Ricoeur y de Gumbrecht, son validas en tanto se justifiquen a sí mismas.

3.5. Interpretación de la inscripción

La interpretación de la inscripción se lleva a cabo específicamente en la fase documental por parte del historiador y es binaria (objetiva/ subjetiva) debido al ejercicio argumentativo que del documento requiere para ser validado. Si bien la conducta del investigador dentro del archivo debe llevarse de una manera objetiva en cuanto a la discriminación de fuentes historiográficas, existe en el sujeto que investiga, una tendencia hacia ciertas fuentes o ciertos pasajes en esas fuentes históricas. Así mismo, una vez que se obtienen los documentos necesarios, se procede a una interpretación de los mismos que puede tener distintos niveles de acercamiento al pasado. La interpretación de la inscripción es estrictamente una relación historiador–archivo, que pretende reencarnar una imagen literaria mediante la iconodulia frente a una necesidad de conocimiento para explicar una condición presente y sus posibles devenires. La dimensionalidad, en este sentido, asume que las imágenes, provenientes de las evidencias de la historia,¹⁰² son ya una multiplicidad de explicaciones sobre el pasado que complejizan el acceso al origen. Así pues, las evidencias de la historia que nos deja la dimensionalidad sobre el acontecimiento que guarda son las que se recogen durante la interpretación documental.

¹⁰¹ *Ibid.* p. 26.

¹⁰² *Cfr.* Françoise Hartog, *Evidencia de la historia: lo que ven los historiadores.*

3.6. Interpretación ordinaria

Al finalizar la operación historiográfica, el texto que presenta determinada imagen literaria será leído por lectores clasificados por su formación académica, intereses personales, nivel de especialización en su área, iniciados en cuestiones teórico metodológicas de la historia, etcétera. El objetivo es tener un panorama general de que hay una interpretación de la interpretación, cuando menos por parte del lector que toma en sus manos al escrito historiográfico. Esta situación presupone que no sólo habrán versiones oficiales y especializadas sobre un acontecimiento pasado, sino que éstas coexistirán con otras versiones emanadas de lectores no especializados en el tema, que propagarán su interpretación y no necesariamente la que el investigador quiso comunicar mediante su producto. La interpretación ordinaria, aunque por su procedencia es de poca importancia, por su volumen, es una posible fuente de mitos históricos que con el paso del tiempo estructuran paradigmas no académicos. La interpretación ordinaria no tiene acceso a la dimensionalidad del acontecimiento, pero sí al trabajo sobre alguno de sus sentidos epistémicos, por lo tanto también esta interpretación influye (sin formar parte) en la “constelación de teorías” existentes sobre el pasado.

3.7. Interpretación académica

Ya que el historiador ha interrogado a los documentos para su comprensión, hay un proceso de análisis, aprobación y publicación. Esa obra académica que presenta la imagen literaria con distintas características será retomada (en el mejor de los casos) por el mismo círculo académico para sostener argumentos en otras materias de estudio. Sin embargo, se presenta la misma problemática itinerante derivada del espacio temporal entre el suceso y el relato, producto de la operación historiográfica. La imagen literaria en la interpretación académica logra articular comunicar aquello que falta, sin por ello dejar de investigar. Esta es una característica fundamental de la historia, ya que a diferencia de otras disciplinas (filosofía, arqueología), se puede elaborar un relato que diga lo que queremos decir, y en contraste a otras interpretaciones, el mensaje debe llegar con variaciones mínimas. Para Nietzsche era

importante que “existiera una prevalencia del significante”¹⁰³ cuando se hablaba de interpretación, que, en este caso particular, es la que puede llegar a preservar el mensaje inherente a una obra sobre el pasado. Al observar la imagen literaria por un sujeto del área académica, la interpretación resultante debe buscar una reducción de diferencias entre interpretaciones.

La interpretación académica favorece al significante que ha sido expuesto como parte de la dimensionalidad en algún sentido epistémico, ya que de manera natural aumenta la probabilidad de que su esencia permanezca con pocos cambios en el tránsito autor – texto – lector.

3.8. Excurso sobre la interpretación según Ricoeur

Ricoeur reflexionó sobre los componentes de la interpretación que de manera sucinta expondré en cuatro elementos:

1. Esclarecer las significaciones para una mejor comprensión del investigador.
2. Aceptar la existencia del conflicto de interpretaciones.
3. Conformar una interpretación de argumentos meritorios.
4. La interpretación siempre tiene un fondo impenetrable e inaccesible.

Coloco este excurso aquí mismo y no en una nota al pie de página por la importancia de tener presente que en los tipos de interpretación que propongo prevalece una estructura lector – texto. Durante el tiempo que el historiador realiza la operación historiográfica, la actividad se concentra efectivamente en esclarecer, informar, confrontar interpretaciones y aceptar su inconmensurabilidad, sin embargo una vez publicada la imagen literaria, ésta incursiona por las interpretaciones que propongo.

En ambos polos interpretativos (el del historiador y el del lector), conviven uno o varios de los elementos interpretativos mencionados anteriormente. El historiador pretende esclarecer un acontecimiento pasado, mediante su labor investigativa y el lector busca dilucidar las significaciones oscuras (Ricoeur) que se encuentran del lado del historiador, pero también al lado del lector. La relación entre veracidad histórica e interpretación es

¹⁰³ Cfr. Antonio Domínguez Rey, *Palabra respirada: hermenéutica de lectura*.

exhibida en dos momentos diferenciados. El primero en la imagen literaria producida por el historiador para presentar una alternativa explicativa sobre un acontecimiento pasado específico. El segundo, al realizar la lectura del texto escrito por el historiador. Por tanto, se puede argumentar que todos los aspectos abordados hasta el momento son binarios a excepción de la dimensionalidad.

En conclusión: interpretación es binaria, la iconodulia y la imagen literaria también en cuanto a su campo de afectación, no sólo en el que escribe la historia sino en el que la lee.¹⁰⁴

3.9. Interpretación especializada

Cuando se publica una obra sobre algún acontecimiento específico, algunos de los primeros lectores suelen ser los pares. La interpretación especializada asegura continuidad y perfeccionamiento de la imagen literaria, desde la iconodulia. Esta utiliza a la imagen literaria para presentar el resultado de la operación historiográfica como un alter a la ausencia en el presente del suceso pasado. Esta presencia está abierta a interpretaciones que son aumentadas o disminuidas de acuerdo al lector. La interpretación especializada permite objetivar y mejorar futuras operaciones sobre el mismo acontecimiento, que en palabras de Jules Michelet, generarán una “des – distanciaci3n e identificaci3n de lo que antes fue”.

3.10. El “secreto del conocimiento hist3rico”¹⁰⁵

Para Ricoeur la comprobaci3n, como la explicaci3n y la narraci3n es fundamental para la transmisi3n del conocimiento. En este tenor, Frank Ankersmit colabor3 en la conjunci3n

¹⁰⁴ La “imagen literaria” atiende de manera profusa a la acepci3n hist3rica de Heidegger que denominaba al pasado “como no disponible” porque lo trae de vuelta mediante la reencarnaci3n, que, por distintas fuentes historiogr3ficas, perdona a la “memoria” y su incapacidad de contener a la dimensionalidad del pasado. No se trata de improvisar con presencia al pasado, sino de rearmar una imagen despedazada por el tiempo y otorgarle sentido l3gico y pr3ctico siempre en concordancia a los m3ximos preceptos en la historia que nos integran como buscadores de verdad eternos y con un gran deseo: que la dimensionalidad del pasado nos arroje luz, en m3s de un sentido epist3mico, pero con la consciencia de que nunca llegaremos a los tres propuestos porque ello implicar3a acceder a la “incomensurabilidad” que en el cap3tulo primero se ha definido como “divina”.

¹⁰⁵ Esta conceptualizaci3n creada por Ricoeur en *La memoria, la historia, el olvido* alude a las figuras del “discurso hist3rico” y su tr3nsito por tres fases que integran lo que llama el “secreto del conocimiento hist3rico”: prueba documental, explicaci3n causal/final y configuraci3n literaria, pp. 177-376.

del narrativismo como medio de relato histórico y alternativa narrativa para coadyuvar la ausencia por presencia vía la unión de los distintos segmentos de la historia, que, a su vez, hace resonancia con el “artefacto literario”¹⁰⁶ propuesto por Hayden White. Las huellas del pasado son segmentos que deben ser acomodados de manera lógica y convincente para que en conjunto muestren una posibilidad narrativa veraz, siempre cuidando que tengan propiedades fiables. Las imágenes literarias trabajadas en el proceso de construcción del relato, en esa reencarnación que hemos dicho, la dimensionalidad posibilita la constante apertura de cada uno de los elementos para no clausurar la comprensión del acontecimiento. Hasta ahora podríamos afirmar que la iconodulia permite conjuntar a la interpretación del autor con la interpretación del lector para llegar al “secreto del conocimiento histórico” del que Ricoeur habla, pero, ¿es sostenible? Como acoté anteriormente, la imagen literaria es producto de un rigor académico¹⁰⁷ compartido con la narración¹⁰⁸, que en mancomunidad no sólo extraen conocimiento histórico de la dimensionalidad, sino que lo presentan al interés público y privado de una determinada sociedad. La reducción de distancias que nos brinda la imagen literaria se da mediante una autoridad de divulgación propia de lo que está detrás de la imagen y es de capital importancia por que en ella se encuentra la narración del suceso pasado al que se ha accedido. Sin embargo, la conducente interpretación le pertenece al lector independientemente de que la imagen literaria sea clara y concisa o profunda y entramada. La dimensionalidad sucede en el presente, aunque sus sentidos epistémicos estén a la espera de que sean decodificados y expuestos. Lo que engloba el “secreto del conocimiento histórico” es con la iconodulia mediante la imagen literaria. Con ella hay un trabajo con la ausencia que hoy provoca el pasado y da respuesta a la pregunta del método histórico-crítico sobre la plausibilidad de un relato constituido por una selección de acontecimientos históricos. La imagen literaria, sin embargo, sólo es producto de alguno de los sentidos epistémicos de la dimensionalidad y de ninguna manera puede suplir al acontecimiento original. Su labor es esclarecer de la mejor manera un pasado sabido importante por sus consecuencias en la actualidad ubicándolos en un periodo de la

¹⁰⁶ Cfr. Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*.

¹⁰⁷ A pesar de que Ricoeur y Ankersmit son narrativistas no eximen de rigor científico a la operación historiográfica. Comparten su importancia con la narración coherente.

¹⁰⁸ Cfr. Frank Ankersmit, *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*.

historia, no cortando la historia en “rebanadas”¹⁰⁹, sino por la “inconmensurabilidad” de presentar una imagen literaria sobre toda una periodización. La iconodulia desarrolla el relato de un suceso pasado¹¹⁰ para obtener la presencia como alteridad de lo hasta entonces ausente. Este relato se sostiene específicamente de estructuras históricas que abarcan una parte de la totalidad de un periodo determinado. Lo anterior, es diferente a la imposibilidad de ingresar en el todo de la dimensionalidad de un acontecimiento específico. Me refiero al carácter narrativo de la iconodulia que desarrolla al relato apreciando sólo una porción de la historia, porque además de la imposibilidad ya mencionada en cuanto acceso, también abarcar en un relato todo un periodo, es teórica y metodológicamente improbable. En ambas cuestiones existe una aporía derivada de la finitud de recursos y tiempo, que concluye en un estudio delimitado a una parte de periodo determinado y a un sentido epistémico dado.

3.11. Los “lugares de la memoria”¹¹¹ como fuente íntima de interpretación.

Ricoeur clasifica a la memoria por su origen e identifica por lo menos cuatro tipos dejando abierta la posibilidad de alterar el orden. Nora, por su parte, dio significado a la noción de “lugares de memoria”. Sin embargo, para este trabajo de investigación, propongo un sentido mixto de entendimiento. Para Ricoeur hay memoria de élites, letrados, literaria, artística, etcétera. A partir de ahora, identifico como “lugar de memoria” no sólo a un espacio físico en determinado tiempo, sino también al espacio meta cognitivo en un individuo y su relación con el ser ontológico que este representa.

Así pues, en relación al acontecimiento y la memoria¹¹², ¿el acontecimiento es recordado de acuerdo al sujeto o por el acontecimiento mismo? En este vaivén del origen del acontecimiento hasta su presentación como trabajo investigativo hay un inminente sello

¹⁰⁹ Cfr. Jacques Le Goff, *¿Realmente es necesario cortar la historia en rebanadas?*

¹¹⁰ Entiéndase que la iconodulia utiliza como herramienta lo que anteriormente definí como “imagen literaria” que a su vez convive con la “operación historiográfica”.

¹¹¹ Pierre Nora determina a los “lugares de la memoria” en su obra *Les Lieux de mémoire* como hacedores de otras historias, trabajo realizado en busca de la escritura de una historia nacional (francesa) rechazando la narración y optando por una serie de lugares emblemáticos que a su vez se conformarían en una memoria-patrimonio.

¹¹² Quizá, por ello en el libro *Faire de Histoire* realizado por Le Goff y Nora en los años setenta acomodan a la memoria como objeto de la historia.

del lugar de la memoria. En efecto, este marca íntimamente la interpretación antes de la inscripción. La interpretación de la fracción del acontecimiento primigenio se lleva a cabo antes de su registro y de su transmisión oral, siempre modificado de acuerdo a la visión del sujeto que la realiza. En consecuencia, se debe revitalizar a manera de cuestionamiento a la fuente, cediendo un grado de veracidad en la inscripción que tenga relación directa con una narrativa lógica y, quizá, no precisamente al lugar de la memoria, dada la múltiple problemática de reducir a positivo o negativo el testimonio sobre un hecho. La naturaleza del lugar de la memoria funge como contexto de lo atestiguado pero no disminuye a la veracidad sobre determinado acontecimiento, acaso caracteriza a la manera en que esa huella se registró. Así, la fuente íntima de la interpretación se encuentra en la condición ontológica y epistemológica del sujeto, que directa o indirectamente, se interesa en el acontecimiento pasado, tanto en el estudio del mismo como en el de su transmisión oral o escrita. El método histórico – crítico descrito oscila entre su falsación o validación precisamente en la interpretación, pues de ella emanan residuos históricos que la operación historiográfica conjuntan para reencarnar al pasado. En resumen: el archivo, como su producción es ya interpretación.

La reencarnación presentada por la imagen literaria se puntualiza como una investigación con dos grandes interpretaciones: la primera, proveniente de la mencionada fuente íntima, la segunda, entendida como producto de la suma de interpretación cuyo resultado es el de la coexistencia de múltiples interpretaciones. Así, la historia aparece como argumentativa, falible, reconstituyente y alusiva.

Hasta ahora podemos concebir a la historia como:

1. Argumentativa. La imagen literaria tiene una narratividad que muestra la conexión entre sucesos que entrama para conseguir mediante la operación algunos de los sentidos epistémicos extraíbles de la dimensionalidad. Consecuentemente, las imágenes literarias contienen un grado mayor o menor de veracidad (comprobable mediante la falsación o verificación) que se lee en el texto. Lo anterior imposibilita detractar todo un documento ya que en su cuerpo necesariamente conviven partes veraces y falaces. Sin embargo, al nunca abarcar la totalidad, estamos frente a uno de los aspectos lenitivos de la historia como ciencia.

2. Falible. La fuente íntima de interpretación genera en la historia un inconveniente constante en la credibilidad de la huella y de la imagen literaria. Las disciplinas existentes son falibles, pero sus “arcos de actualidad”¹¹³ son bastante amplios, por lo que generan una certidumbre que redundante en la evolución y prosperidad de la propia disciplina. Sin embargo, para la historia, la incertidumbre siempre está presente (como en otras ciencias) pero con “arcos de actualidad” cortos.
3. Reconstituyente. La falibilidad de la historia propicia “arcos de actualidad cortos”, como la realización de variedades en cuanto a la presentación de imágenes literarias sobre un mismo acontecimiento. La producción de variantes para narrar algo enriquece “la constelación de teorías” existentes en la historia. La capacidad de la historiografía para reconstituirse obedece a una visita a cada uno de los lugares de la memoria disponibles sobre un mismo acontecimiento que genera, de esta manera, capacidades heurísticas y holísticas sólo en el conjunto de imágenes literarias existentes. La reconstitución de la historia, específicamente la reconstitución del acontecimiento que se estudia, permite otorgar un dinamismo vigoroso al estatus de actualidad en la historiografía y este dinamismo es el que permite una búsqueda perenne de la veracidad narrativa sobre un suceso pasado.
4. Alusiva. Del binomio acontecimiento/testimonio (Hartog realiza una descripción detallada de la evolución del concepto de testigo al de testimonio a lo largo de su obra)¹¹⁴ la huella se desprende. La primera parte del binomio (acontecimiento) es fijo y la segunda parte (testimonio) es permutable, es decir, un acontecimiento particular siempre permanece fijo y el testimonio es variante de acuerdo al testigo que inscribe la percepción del acontecimiento inspirado en su fuente íntima de interpretación. La característica del binomio mencionado crea una convivencia de distintas interpretaciones que provocan que en la historia sea imposible escribir una narrativa absoluta sobre el pasado.

¹¹³ Propongo el concepto de “arco de actualidad” a la cantidad de tiempo que se puede mantener un paradigma y la estabilidad teórico – metodológica que produce a favor de la evolución de determinada disciplina.

¹¹⁴ Françoise Hartog diferencia entre el vocablo testigo y testimonio, este último a manera de concepto integral y que redime otras interpretaciones, en su obra *Evidencia de la historia*, pp. 183-204.

Las distintas fuentes íntimas de interpretaciones permiten al historiador contar con abundantes recursos y puntos de vista variados sobre lo que aconteció integrando una amalgama de posibilidades factuales que permiten distintas reencarnaciones de lo sucedido. Por ello, la escritura de la historia es una obra en perfeccionamiento¹¹⁵. La disposición de las distintas fuentes íntimas de interpretación no siempre se consiguen en una misma operación historiográfica, sino que con el paso del tiempo dentro del mismo archivo o fuera de él, se pueden presentar nuevas evidencias que beneficien, perjudiquen o modifiquen al estado del arte actual sobre un acontecimiento concreto. Al respecto, una problemática actual y muy común es la persistencia en paradigmas utilizados de manera perenne para narrar a un acontecimiento cuando en realidad ha quedado demostrado que son insuficientes, erróneos o incompletos. Precisamente, la escritura de la historia y su fijación en la memoria colectiva, dificulta una renovación epistémica en masa sobre el pasado y la reserva a núcleos especializados para después de largos lapsos de tiempo permear en la sociedad.

En resumen: la consistencia en el estudio de la historia pende de la coherencia narrativa entre el origen primigenio de lo acontecido, su desarrollo y desenlace, hasta su conformación en una sola imagen literaria capaz de sustituir los hechos perdidos en el tiempo que resuenan en los lugares de la memoria coexistentes.

3.12. La dimensionalidad y la interpretación del acontecimiento.

A continuación, tomaré como guía gnoseológica la caracterización básica que da Ricoeur acerca de la interpretación siguiendo sus cuatro aspectos, siempre con el presupuesto de que la interpretación es aquella reflexión en la que el historiador realiza acerca del proceso completo de la operación historiográfica llevada a cabo para lograr como fin último, la narración lógica y coherente sobre un acontecimiento de importancia con inscripción en el archivo.

Siguiendo a Ricoeur, estas son las tres nociones de Ricoeur sobre la interpretación:

1. Aceptar la existencia del conflicto de interpretaciones.
2. Conformar una interpretación de argumentos meritorios.

¹¹⁵ Cfr. José María Iglesias, *El estudio de la Historia*.

3. La interpretación siempre tiene un fondo impenetrable e inaccesible.

El conflicto de interpretaciones existe y no cambiará pese a ninguna investigación por compleja que sea. Las múltiples interpretaciones íntimas conforman una variedad extensa de opiniones sobre la misma huella que el historiador debe sortear para su investigación. En toda esta gama de interpretaciones clasificadas por su origen es inherente la confrontación de unas a otras, no sólo al momento de su análisis, también en la forma de su presentación. Así pues, es fundamental aceptar de manera abierta y flexible que el conflicto entre interpretaciones es inevitable, por lo que su correcta contención durante el desarrollo de la fase documental es vital para no entrar en un relativismo extenuante. El conflicto de interpretaciones es por tanto, otro rasgo de lenitivo en la cientificidad de la historia. Sin embargo, aceptar dicho conflicto, provee al historiador de una capacidad: la posibilidad de escoger los elementos necesarios para realizar mediante la operación historiográfica su versión narrativa sobre el acontecimiento pasado con las características más apropiadas, de acuerdo a la lógica y análisis del investigador y presentarla frente a otras posturas intelectuales sobre el mismo acontecimiento, para juntos buscar los tres sentidos epistémicos de la dimensionalidad. Este ejercicio requiere de diversos métodos en común que elijan, pertinentemente, aquello que quedará registrado como un trabajo válido. En este sentido, los argumentos meritorios que tendrá que tener toda investigación deberán comprobarse a partir del modo y la calidad que tenga la interpretación y la construcción de la iconodulia para con el pasado.

Así pues, aceptar la existencia del conflicto de interpretaciones y conformar una interpretación de argumentos meritorios, nos conducen al estoicismo de la interpretación inherente en la inscripción del historiador, en los distintos momentos de la operación historiográfica. Aún si la memoria permitiera llegar a una visión del presente que ha sido, la interpretación permanece en la fuente por medio del sujeto que rememora al pasado o por el medio por el que se rememora al mismo. La interpretación tiene un fondo perpetuo al que no es de interés llegar debido a su imposibilidad. Las especulaciones que de una investigación histórica se encaminan hacia la duda sobre lo visto por el testigo y el modo en que esto ha sido perpetuado en diversos espacios y tiempos. A pesar de que para Émile Benveniste un testigo es porque sabe, sobre todo porque vio, las especulaciones sobre una

investigación histórica se dirigen directamente sobre los acuerdos por los que se llegaron a las conclusiones inscritas y retomadas por el historiador, sin importar si se presencié o no el acontecimiento. Por tanto, la evidencia de la historia se debe transparentar de manera objetiva mediante la obtención de una lógica y estructura razonada de dicha reminiscencia, para su posterior utilización.

La dimensionalidad no está sujeta a ninguno de los esclarecimientos sobre el pasado, porque en ella se contienen los tres sentidos epistémicos en su totalidad. No existe una interpretación de la dimensionalidad como en las matemáticas. No se puede interpretar al número. Pero en los lugares de memoria, que conservan alguno de estos sentidos, se revela el problema de la correcta interpretación del mensaje lingüístico, por ello, en tanto aceptemos esta aporía, los esfuerzos en la fase documental deberán dirigirse a una trama narrativa que desvele una lógica y estructura razonada, para justificar al acontecimiento pasado en un momento determinado. El mensaje lingüístico inscrito proveerá los distintos entendimientos posibles sobre el suceso pasado mediante la interpretación del historiador. A su vez, dicho mensaje lingüístico estará conservado por la iconodulia, al otorgar presencia por ausencia, mediante un concepto final llamado imagen literaria. La imagen literaria expondrá la correcta interpretación del mensaje lingüístico, siempre bajo una postura de reflexión y convivencia con otras escrituras históricas. Sin la interacción entre lectores no hay diálogo y posibilidad de continuar interpretando. El lector ocupa un lugar fundamental, como lo ha señalado Donald Davidson¹¹⁶ en su crítica a la metafísica de la comprensión idealista.

De manera paralela, el problema de la huella, identificado por Ricoeur¹¹⁷, interpela a la iconodulia vía dos acciones muy importantes para la obtención de algún sentido epistémico dimensional. En la primera, concede la aceptación de lo que se presenta en ausencia del pasado, mediante la inscripción a manera de huella. Sin embargo no la concibo como una inscripción que de forma simultánea se considere una prueba para el historiador, sino como

¹¹⁶ Cfr. Donald Davidson, *De la verdad y de la interpretación. Fundamentales contribuciones a la filosofía del lenguaje*.

¹¹⁷ Ricoeur distingue a la huella como “efecto presente y signo de su causa ausente”. Asevera que existen dos tipos de huellas: la cortical y la documental. Paul Ricoeur, *La memoria... Op. cit.*, p. 554.

una reminiscencia de lo que sucedió, capturada por una superficie material (texto, papiro, estela y glifo) o inmaterial (historia oral). Estas huellas en conjunto hacen que se elabore mediante la iconodulia una imagen literaria capaz de exponer un pasado determinado, mediante una narrativa literaria precisa y abierta a re interpretarse.¹¹⁸ Sin embargo, la huella no posee de manera inherente la verdad sobre el acontecimiento. En la actualidad es prácticamente imposible tener la verdad sobre algo (entendida la verdad como absoluta). La huella, lo que sí concede al historiador, es el traslado físico o metafísico de un número indeterminado de detalles sobre un acontecimiento a partir de los cuales la construcción del conocimiento histórico se realiza por parte del historiador mediante distintos métodos historiográficos. Ahora bien, la segunda acción es la superación de la susceptibilidad que puede ocasionar el resultado de la “operación historiográfica en la comunidad académica como en cualquier institución. Roberto Pucci identificó como uno de los principales problemas en la acumulación del conocimiento histórico que las interpretaciones mejor logradas sobre un pasado específico, suelen ser también las que más dificultades tienen en permear en el debate historiográfico.¹¹⁹

Para Ricoeur, la interpretación se logra cuando esclarecemos significantes, aceptamos otras interpretaciones, tomamos argumentos meritorios y aceptamos una imposibilidad de llegar al fondo de una interpretación, estos cuatro elementos propuestos por Ricoeur y explicados con anterioridad, demarcan un enfoque flexible en la “operación historiográfica” que en esta tesis he seguido como eje fundamental. La interpretación¹²⁰ Ricoeuriana (ya abordada en la página 51 de esta tesis) también tiene el riesgo de herir las susceptibilidades que apunta Pucci, sin embargo es quehacer del historiador declarar los resultados de las investigaciones realizadas en beneficio del entendimiento casuístico e integral de la historia.

3.13. La dimensionalidad del acontecimiento y sus posibilidades de interpretación.

¹¹⁸ Roberto Pucci identifica a la historia como la conocemos ahora, por el resultado de tres corrientes intelectuales distintas: historiadores eclesiásticos, anticuarios e historiadores filosóficos, en su obra “*Historia. Erudición, interpretación y escritura*”, p. 132.

¹¹⁹ Pucci se caracteriza por su discurso rebelde hacia las escuelas mejor posicionadas de la historiografía.

¹²⁰ La conceptualización de interpretación que se utiliza como eje en esta tesis es la que propone Paul Ricoeur.

En la introducción de la tesis aclaro que estoy al tanto del viraje del debate teórico y filosófico sobre la escritura de la historia, fundamentalmente en el problema de la representación. Sin embargo, no se ha agotado la reflexión sobre la interpretación y mucho menos su acción lenitiva sobre la cientificidad (de acuerdo a la definición de Kuhn). Por tanto, la dimensionalidad es sometida a una determinada interpretación del historiador.

Para Edward Gibbon, la verdad histórica siempre oscilaría entre “lo apenas cierto a lo casi posible”, dependiendo de qué tanto del paisaje pudiéramos mirar.¹²¹ Mirar el paisaje completo parece una cualidad omnipotente reservada por un agente absoluto. El acontecimiento no es una imagen que pueda ser capturada para mirar eternamente e ir desvelando sus secretos. Sin embargo, las huellas son partes importantes del pasado que permiten reconfigurarlo para beneficio del presente. A más huellas sobre un mismo acontecimiento, más cercanos estamos a la dimensionalidad. En la suposición de que el historiador contara con las suficientes huellas sobre un pasado específico, contemporáneas al origen del suceso, es necesario además, la aplicación de la formación del sentido epistémico del sujeto como herramienta importante en la investigación de las huellas obtenidas. La mirada que el historiador realiza al acontecimiento depende no sólo de las huellas recabadas conocidas o inéditas del suceso, sino de las habilidades interpretativas que emanan de la formación ontológica y epistémica del sujeto que historiza.

Mediante la operación historiográfica se lleva a cabo sobre el acontecimiento, proporcionará además una interpretación singular proveniente del historiador y de las herramientas que dispone para la investigación. No obstante, esta práctica no es universal. En distintas ocasiones el que historiza no es historiador, generando sus herramientas metodológicas para tratar la fase documental a su manera. Un ejemplo de ello es la pintura de Leonardo Da Vinci titulada *La última cena*, que, durante decenas de años ha sido objeto de debate en cuanto a sus posibles motivos e interpretaciones.¹²² Las herramientas que

¹²¹ Roberto Pucci, *Historia. Erudición, interpretación y escritura*.

¹²² Colin Humphreys, experto británico de la Universidad de Cambridge, aseguró resolver uno de los grandes misterios del *Nuevo Testamento* con la aseveración de que lo sucedido en *La última cena*, cuadro titulado así y hecho por Leonardo Da Vinci. Este es que la cena tuvo lugar un miércoles 1 de Abril del año 33. Esta afirmación puede encontrarse en *The Mystery of the Last Supper*. Las referencias en el Evangelio de Juan marcan el día de la preparación para la Pascua (Juan 19:14, 31 y 42) y se toman por muchos para indicar que la muerte de Cristo ocurrió en el tiempo de la matanza de los corderos de la Pascua (esta cronología es la

posee el sujeto que historiza permiten que el trato realizado al acontecimiento sea determinante en cuanto a su metodología, para conocer detalles nunca antes notados por otros historiadores o para apoyar nuevas ideas. El apoyo de las ciencias auxiliares a la historia no es reciente, sí lo son las relaciones con las fuentes.

En relación a los distintos tipos de fuentes historiográficas tradicionales y los no tradicionales, el problema que Hartog mencionó sobre el exceso de documentos y en general de huellas históricas es ahora más evidente que antes (en la antigüedad se hacía historia a falta de documentos). No obstante, sostengo que a más documentos es más plausible mirar diversos detalles del paisaje llamado acontecimiento. En la actualidad, la “incommensurabilidad” del pasado se acota por medio de múltiples registros que permiten identificar detalles en el paisaje que anteriormente no se podrían haber conocido o explicado. Por tanto, la interpretación que se realiza sobre el pasado extraído de la dimensionalidad es de mayor amplitud pues goza de las fuentes de información clásicas pero con una vasta oferta de ciencias auxiliares que engrosan la gama existente en décadas anteriores. En este sentido, habría que comprender que la historicidad de los medios posibilita información como posibilidades de pensarla. Sólo mediante las nuevas ciencias y disciplinas que han ido surgiendo en la actualidad podemos mirar el paisaje y enfocarnos en detalles que antes ni siquiera sabíamos que existían. Para elucidar la historicidad de estos cambios, la historiografía ha desarrollado, en cualquiera de sus fases, tecnologías que permiten hacerlo vía la hermenéutica u otras aproximaciones.¹²³ La historia de la tecnología va de la mano con la historia de la interpretación.

3.14. Historia: artesano o espíritu científico.

A lo largo de este trabajo he asociado al artesano como sinónimo de historiador. Es artesano en cuanto al conjunto de cualidades adicionales a su formación de historiador que le permite realizar una narración lógica y racional sobre alguno de los sentidos epistémicos

aceptada por la Iglesia Ortodoxa). En 1983 una investigación con astrofísica de Oxford ya había llegado a la conclusión de que fue el miércoles dado la imposibilidad de que todo lo narrado en la Biblia ocurriera en una sola noche.

¹²³ Cfr. H. J Meyer, *La tecnificación del mundo. Origen, esencia y peligros.*

de la dimensionalidad del suceso pasado que se haya obtenido. El historiador no sólo historiza mediante las distintas herramientas metodológicas que tiene, también con la ayuda de distintas disciplinas y ciencias, adheridas a un sentido de búsqueda incesante para comprender el pasado y su relación con el presente. Es artesano, también, en cuanto a las habilidades que posee para interpretar y seleccionar solamente argumentos meritorios y correlacionar las distintas huellas del pasado. Pero historiar, además, se requieren bases científicas y procedimentales que conforman el conjunto de constelaciones de teorías sobre un acontecimiento. Sólo la técnica científica ha adquirido la calificación universal para hacerlo, a diferencia de otros tipos de conocimiento. En este sentido, la postulación de Hayden White acerca de la no diferencia entre historia y ficción literaria queda suspendida, pues, en la actualidad, hay métodos específicos de comprobación objetiva que posibilitan la alteración de la concepción temporal, que no responden al registro de la fantasía y sí a los estudios de realidades concretas que, además, abren paisajes para pensar la dimensionalidad de los pasados, por ejemplo, de los largos siglos de la agricultura.¹²⁴ Lamentablemente, muchas de las reminiscencias de la historia todavía carecen de un instrumento de validación técnico. El historiador, en este caso, también posee un espíritu científico al momento de emprender la búsqueda, la veracidad de lo que sucedió en un pasado para darle sentido en nuestro presente. Las distintas técnicas que existen y a las que se van creando y evolucionando con el tiempo vuelven, de la dimensionalidad, la carga de historicidad necesaria para continuar su inagotable sendero de escritura de la historia.

La imagen literaria como resultado de la operación historiográfica, e incluso la iconodulia, como presencia de lo ausente, pueden en ocasiones contener un poco de mito o contemplaciones exageradas o limitadas del pasado.¹²⁵ La literatura está expuesta a las mismas problemáticas de validación y se enfrenta a los problemas de accesibilidad de la dimensionalidad, ya sea porque no existe la reminiscencia, ya sea por que no hay técnica científica con la cual proceder a su autenticación. Para Ginzburg, este dilema es resuelto de manera sencilla, ya que sugiere que el historiador se interesa siempre en aclarar los posibles mitos y hacer caer las mentiras o errores en el discurso histórico, cuando el literato puede pasar por alto dichas inconveniencias.

¹²⁴ Cfr. César Benito Jiménez y Francisco Javier Espino, *Genética. Conceptos esenciales*.

¹²⁵ Cfr. Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*.

Ahora bien, en resumen, y tomando en cuenta las precisiones de Ginzburg respecto al oficio del historiador: este es artesano porque imprime su estilo en la narración histórica e incluso ejerce una forma personal de investigar y proceder durante la operación historiográfica sin por ello abandonar el espíritu científico intrínseco que lo lleva a buscar en la huella una razón y lógica, que permitan no sólo asegurar que algo sucedió, sino sus orígenes e implicaciones para determinada sociedad, región o espacio físico e intelectual. La interpretación que de los sentidos epistémicos el historiador realiza es un ejercicio vital en la operación historiográfica que en la actualidad se ha fortalecido gracias a las ciencias nuevas y a la evolución de otras que la vuelven posible.

Conclusiones

LA INTERPRETACIÓN COMO LENITIVO DE CIENTIFICIDAD EN LA HISTORIA

En la presente investigación indiqué mi alineamiento a dos conceptos fundamentales que utilizo a lo largo del trabajo. El primero la teoría de interpretación de Paul Ricoeur. El segundo es el concepto de ciencia de Thomas Kuhn. En el ejercicio de reflexión entre ambas propuestas, he afirmado que la historia es una ciencia particular. Una de las características de la misma es la inabarcabilidad de sus operaciones en cuanto al tratamiento del pasado, pues, constantemente, requiere una revisión crítica de su quehacer como de las formas en que, dependiendo los contextos, dan lugar a la investigación desde la dimensionalidad del acontecimiento.

A continuación, a modo de cierre de la investigación, resumiré en dieciséis puntos las propuestas realizadas aclarando la acción lenitiva de la interpretación de la ciencia histórica.

A lo largo de la tesis se han desarrollado dieciséis puntos convergentes con los distintos momentos de la “operación historiográfica” y que se consideran elementos de lenitivo a la científicidad de la *Historia*. A continuación se desarrollarán para contrastarlos y esbozar dicha acción lenitiva en la científicidad de la *Historia* y de manera general en la práctica historiadora. Así mismo, estos dieciséis puntos fungirán, a su vez, como conclusiones de la tesis sobre la acción lenitiva de la interpretación, sobre la científicidad de la *Historia*.

Primer lenitivo

La premisa de la que parte esta investigación es la imposibilidad lingüística de inscribir lo acontecido tal y como sucedió. La historiografía, enfocada a las acciones del hombre, atravesada por la “plurivocidad” (Ricoeur), aumenta exponencialmente como para abarcarla ya sea como explicación, ya sea como comprensión. En este sentido, la escritura es limitación (a la vez que potencia siempre limitada).

En los años ochenta del siglo XX había, como resultado del giro lingüístico, una idea consolidada que se conoció como “idealismo lingüístico” en el que la realidad se convertía de manera automática en discurso. En la actualidad, algunas historiografías se encaminaron a proyectar sentidos o producir presencias, a modo de respuesta a lo anterior. Sin embargo, las corrientes históricas no han superado la presencia interpretativa o la experiencia sobre el lenguaje, dando cuenta que no hay, al menos radicalmente, un “colapso de la hermenéutica” como ha mencionado Hans Ulrich Gumbrecht, pues la instauración de presencia no puede escapar a la interpretación. En este sentido, la iconodulia dispone la creencia de la presencia de lo ausente, sin por ello lograr resolver el problema del pasado. En este sentido, quedan, como tarea permanente para la disciplina histórica, plantearse las preguntas respecto a la veracidad y la claridad del pasado. Pues, cada vez que se escribe historia, se muestran los límites y alcances de la época, como de las operaciones científicas que, a su vez, quedarán como evidencia ellas mismas de cómo se ha pensado la historia. Esta pluralidad de versiones sobre el pasado evidencia la dificultad que hay, en el planteamiento histórico de la historia como ciencia, de la imposibilidad del acceso a la dimensionalidad del pasado por la comunidad de los historiadores. Siempre en falta, los historiadores no agotan los acontecimientos ni los archivos que dan cuenta (y configuran) a los mismos. Como he mencionado, Paul Veyne afirma que no hay acontecimientos y que el historiador se confronta con lo “geometral”. Las condiciones de objetividad deben estar sometidas a examen constantemente aún con las consideraciones anteriores, pues, el conocimiento requiere éticamente una distinción entre la veracidad del discurso del pasado¹²⁶. En este contexto, ¿la historia se escribe en busca del acontecimiento o al análisis del discurso que da cuenta del mismo? Arriesgamos que la ciencia histórica es el análisis del discurso, inacabado, del acontecimiento siempre abierto. Es inútil buscar contener y manipular a la totalidad del acontecimiento histórico como lo es acceder a la visión completa de ese “geometral”¹²⁷.

¹²⁶ Cfr. Emmanuel Levinas, *Los imprevistos de la Historia*.

¹²⁷ Distingo a la dimensionalidad del “geometral” de Paul Veyne en un punto epistémico de raíz. Escribe Veyne que el “geometral” (como un cubo) es imposible de ver de una sola vez en todos sus ángulos. La dimensionalidad no sólo es imposible de obtener en sus tres sentidos epistémicos, sino que la aporía que representa proviene de la invisibilidad de factores endógenos y exógenos sobre el acontecimiento. Nótese que, en ejemplo del cubo de Veyne, se afirma contar con el cubo para su observación. En éste caso, el de la

La trama que se constituye alrededor de un acontecimiento es fundamental y sustituye, de cierta manera, a la comprobación que se realiza en el método científico de las llamadas disciplinas “duras”. La concepción, desarrollo y culminación de un proyecto investigativo enmarcado en la operación historiográfica sostiene durante su articulación el sometimiento de la prueba a la lógica, razón, momento histórico y probabilidad factual, frente a otros documentos del archivo. No se puede inscribir lo que pasó tal como fue porque no se pueden obtener en su totalidad los registros existentes sobre dicho acontecimiento. La dimensionalidad del suceso pasado se hace presente cuando nos arroja sólo algunos aspectos del acontecimiento a manera de anhelo, que incita al historiador para seguir investigando.

Segundo lenitivo

El lector no debe buscar una verdad oculta en el texto o detrás de él. No existe un sentido único proveniente del autor que quiera transmitir. Existe el sentido de cualquier persona que pueda leer ese texto provocando un nuevo panorama de la realidad. Pero esta comprensión (Ricoeur) se presenta como un nivel anterior al explicativo sin desfavorecerlo, pero si marcándolo como parcial.

La comprensión del acontecimiento no está anclado a la acumulación de literaturas que den cuenta del mismo. El proceso iconoclasta resultó problemático porque se sustituía a dios por la imagen, haciendo que el fiel comenzara a creer en algo que el mismo hombre había realizado: una materialidad adorada. La iconodulia pregonó, entonces, que en lo que se creía no era realmente en la imagen física que se presentaba, sino en lo que ella representaba en ausencia de lo otro. La trama narrativa elaborada por el historiador, una vez concluida la operación historiográfica, no se realiza en sólo un sentido. La imagen literaria que se conforma por el archivo y que responde a múltiples interrogantes por parte del historiador a su objeto de estudio, tiene las dificultades propias de mirar una imagen. Si se concentra en ciertos detalles se pierde el panorama completo. Pero si se observa el panorama completo, se pierden los detalles. Es cierto que el historiador mediante el texto

dimensionalidad, es parcial. En la dimensionalidad se imposibilita no sólo el vistazo a los tres sentidos epistémicos de manera total, además se infiere que existen otros factores que escapan al escrutinio de la operación historiográfica.

que presenta para su lectura pretende dilucidar algún acontecimiento importante para un grupo social específico. Incluso, se puede atribuir un sentido particular al texto en cuanto a su enseñanza, sin embargo, la última comprensión sobre el pasado, la otorgará el sujeto que realiza la lectura del texto. Por ello, la importancia de la lectura del texto histórico se da en proporción del estudio de la intelectualidad de quien escribió, no para tratar de comprender qué escribe, sino por qué escribe. La búsqueda del sentido en un texto sólo puede construirse mediante la imagen literaria. Ella es la que de manera general y particular nos transporta el pasado al presente llenando el vacío que deja la ausencia del acontecimiento. La imagen, creada por la trama, es la que puede conducir a uno u otro sentido, siempre en sintonía a los presupuestos gnoseológicos inherentes al lector. Si existe una latencia de veracidad en el resultado de la operación historiográfica es en parte responsabilidad del lector. No es posible encontrar un único sentido epistemológico en el texto, mucho menos encontrar lo que el autor quiso decir. La lectura minuciosa que se lleve a cabo, acaso nos sumergirá en una interpretación profunda que centrará la verdadera dificultad en “interpretar lo interpretado”. Así, la historia es leída por lectores que a su vez muestran, en su práctica, épocas más o menos determinadas, como aquello que los configura y ellos no pueden ver.

Al no haber una interpretación correcta del texto, hay un carácter de “creencia” de aquello que se presenta mediante el texto. La iconodulia nos presenta, mediante la imagen literaria, una posibilidad sustentada, creíble y honorable sobre el acontecimiento, sus orígenes y repercusiones, sobre todo, su sustentabilidad a través del tiempo. La falsación más que la verificación es la que se llevará a cabo por la comunidad de historiadores de manera constante, con el fin único de hacer valer lo que determinada operación historiográfica nos presenta sobre un hecho, que presumiblemente, ha sido explicado.

Para Roger Chartier, la *new cultural history*, desarrollada por Lynn Hunt a partir de 1989, establece de manera sistemática tres rasgos importantes en la historiografía actual.¹²⁸ Propone, en primer lugar, una construcción “inestable, móvil y conflictiva” de las relaciones entre las formas simbólicas y el mundo social mediante los efectos *performativos* de los discursos. En segundo lugar, el acuerdo factual con disciplinas consideradas rivales

¹²⁸ Roger Chartier, *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito*, p. 13.

de la historiografía, para tomarlas como apoyo sustancial de las prácticas historiadoras, pero también, para que el historiador realice una lectura de textos y busque la comprensión, dice Lynn, de “conductas individuales y ritos colectivos”. El tercer presupuesto de Hunt es la realización de estudios de caso más que de una teoría global. Así, lo antes dicho, en su conjunto, implica una reflexión acerca de la construcción de la trama narrativa desarrollada por el historiador que es, a su vez, síntoma de la historicidad de la ciencia histórica.

Tercer lenitivo

A falta de un fenómeno, el acontecimiento para la historia, se envuelve en un discurso en el que el hablante y el oyente intervienen en un proceso complejo que genera variación en el traslado o comunicación del conocimiento. Es decir, la interpretación se ejercita en dos formas. La primera en tanto es aplicada al discurso hablado entre lo que uno y otro entendieron en un diálogo, para después comunicarlo a los demás. La segunda es la polisemia del texto.

A lo largo de este trabajo se ha propuesto, con ayuda del concepto de iconodulia, que además de la afirmación de Paul Ricoeur respecto a la interpretación y su lugar en la operación historiográfica, es esencial el enfoque en dos momentos interpretativos, del cual, uno de ellos pareciera estar fuera de la operación. Uno de los momentos interpretativos está en el proceso de construcción de las huellas del acontecimiento. Toda huella tuvo, necesariamente, una antesala física, ideológica y cultural, que pese a cualquier búsqueda de objetividad, emergió con características propias de quienes la originaron. El momento interpretativo que se hace de la huella, es la primera interpretación que de un acontecimiento se construye a manera de evidencia. Es decir, la huella en el archivo, posee de manera natural una o varias interpretaciones que limitan su existencia. Estas son evidencia de lo que sucedió y dan fe de ello, sin embargo, no eximen al historiador de dudar de ellas, cuestionarlas y verificarlas. Por tanto, existe una coincidencia con la segunda propuesta de Lynn Hunt. Esta carga interpretativa con la que “nace” la huella es de vital importancia porque nos recuerda que no hay, como en el fenómeno, una “tabula

rasa”¹²⁹ sobre la cual escribir, existen múltiples factores que intervienen en la creación de la huella. Así, a diferencia del fenómeno, el acontecimiento (considerado como irrepetible) se eterniza mediante la concepción de la huella, que en su existencia misma, se ha conformado por fuerzas interpretativas encargadas de su inscripción. La comunicación entre el hablante y el oyente representa, por tanto, al menos dos interpretaciones que se confrontan para resultar en la huella. Pero en el caso de que la huella no sea producto de una intercomunicación entre dos o más sujetos, sino de la reflexión y contemplación de uno solo, sigue presente la interpretación como alteración a la dimensionalidad del acontecimiento. El segundo momento interpretativo, propio de la polisemia del texto, es ya producto de la operación historiográfica y del conjunto de huellas con todo y sus cargas interpretativas. Este momento interpretativo, acepta lo que Ricoeur denominó “el olvido por destrucción de las huellas”.

Uno de los males irremediables en la historiografía es la pérdida irreparable de algunas huellas (que sólo la dimensionalidad sigue poseyendo). La pérdida se sustituye por tramas narrativas que con las huellas existentes conforman un texto historiográfico. El texto, al estar conformado por distintas improntas, da pauta a una polisemia como efecto de su estructura y esta polisemia del texto, permite una interpretación en cada una de las fases historiográficas y más adelante, por el lector. Así, la polisemia del texto deriva de la destrucción de las huellas y de la operación historiográfica, demuestra que la interpretación influye de manera incesante desde el primer momento en que el acontecimiento ha sucedido.

Si la reefectuación del acontecimiento se presenta mediante la iconodulia para satisfacer la comprensión del pasado, ello se da con características especiales que han sido dotadas en el texto por el historiador y por las huellas dentro del archivo. El texto producido por la operación historiográfica no es un documento universal ni concluyente. La trama narrativa en el texto histórico es la que lleva a contemplar pero también a comunicar de una manera relevante lo que ha sucedido. Sin embargo, necesariamente esta trama

¹²⁹ Para el empirista inglés John Locke (siglo XVII), el ser humano era un ente que llegaba a la existencia sin nada en la mente, una tabula rasa en la que no hay nada escrito. En cambio, nuestras experiencias son captadas por los sentidos, y se quedan en nuestra mente a manera de copia. Luego, estas copias son utilizadas por nosotros mismos para construir explicaciones sobre el mundo que nos rodea.

narrativa está conformada por una o varias interpretaciones que hacen posible que el acontecimiento sea abordado y presentado. La dimensionalidad del acontecimiento permite que aquellas ausencias del pasado (por destrucción de la huella o por su inaccesibilidad) sean omitidas por el texto en su conjunto. Y son estas omisiones (inobservadas) las que emiten pulsaciones en la interpretación final del historiador, en la creación de su propia obra y en el lector, al final de la última página de lo que ha leído.

El orden epistémico que se otorga a la imagen literaria en su contemplación es una pulsación interpretativa que busca el acomodo mnemónico de lo que se presenta sobre el acontecimiento, pero con el sello personal del sujeto. Así, la polisemia del texto se preserva, por lo menos, en dos sentidos. El primero está resguardado dentro de la misma trama narrativa. El segundo es determinado por el lector. Así como la iconodulia se presentó como respuesta a la iconoclastia para lograr la supervivencia de la imagen como representación de lo divino, la imagen literaria se presenta como un elemento dentro de la “constelación de teorías” sobre determinado acontecimiento, que debe ser tomado en cuenta como parte de la dimensionalidad del pasado. Pero si la interpretación es inherente al proceso historiador y por tanto, su pulsación siempre estará presente en el texto, una de las atenuantes a dicha pulsación es, sin duda, aplicar determinantemente las teorías interpretativas desde el presente y por cada uno de los encargados de registrar a los distintos acontecimientos del pasado. No se trata de una visión romántica respecto a la solución de la problemática que presenta el ejercicio de interpretar, sino de la unificación de criterios procedimentales a la postre de acontecimientos que tienen en común su origen social. Esta propuesta es uno de los futuros que Gumbrecht ha visualizado para la historia a manera de posibilidad que sin duda es primordial para el historiador, pero también para la logística en la inscripción de la huella en el archivo.¹³⁰

La dimensionalidad, desarrollada en los capítulos anteriores, se manifiesta antes, durante y después de la operación historiográfica mediante la interpretación y su consecuente polisemia (en la huella, el testimonio o el documento). La presentación de un sustituyente del acontecimiento pasado, como la iconodulia, está limitada por la imposibilidad de la observancia total de la dimensionalidad del suceso. Por ello, la

¹³⁰ Hans Ulrich Gumbrecht, *Producción de Presencia: lo que el significado no puede transmitir*, p. 124.

profesionalización en la teoría interpretativa y en general, en la teoría de la historia, es fundamental en el ejercicio del historiador además del estudio del pasado histórico para el registro de los acontecimientos contemporáneos con el objetivo de facilitar el manejo del archivo y las cargas interpretativas de sus documentos. Si se acepta la hipótesis de que al acontecimiento no se le puede mirar en sus distintos ángulos a un mismo tiempo, la calidad en la inscripción, mediante el reconocimiento de ciertos rasgos consensuados por la comunidad académica, se vuelve una necesidad. La producción de presencia como alternativa a lo efímero se torna en una característica humana importante como lo es la difracción de los detalles o generalidades sobre el acontecimiento al momento de la inscripción. La polisemia del texto se enriquece por la interpretación de lo que Ricoeur distinguió como fases de la actividad historiadora. No existe una inscripción sin interpretación, tampoco un texto, sí la posibilidad de una reconceptualización más funcional que la anterior.¹³¹

Cuarto lenitivo

Si la explicación emana del “proceso hipotético deductivo” de lo empírico y el acontecimiento es irrepetible en las mismas circunstancias, la interpretación versa sobre algo que no se puede comprobar y que por su raíz de conocimiento tiene como objetivo último la comprensión estructurada y responsable del constructo de la realidad.

Al hacer referencia al lenitivo de científicidad en la historia, se destacó la importancia de profesionalizar la búsqueda de patrones en el comportamiento de las personas, al instante de proceder a la inscripción en el archivo de un acontecimiento trascendente. La inexistencia de recursos y herramientas para poder acceder a la dimensionalidad del acontecimiento tiene como resultado obligado la imposibilidad de comprobar (de alguna manera sistemática) lo presentado. Una vez más, la trama narrativa es la que se encarga del convencimiento a la comunidad historiadora. No se trata ya, sólo de lo que el archivo proporciona al historiador para su labor. Sobre todo, se trata del arte de la articulación de las distintas huellas para proceder a la *presentificación* de un conjunto de características especiales, a manera de imagen literaria, como alternativa a la ausencia

¹³¹ Para Gumbrecht es sustancial no tanto “llenar el presente con artefactos del pasado” sino asentar nuestra fascinación por el presente. *Ibid.*, p. 125.

irrevocable del pasado mismo. No existe manera de comprobar lo que ha sucedido, pero hay la posibilidad de *tramar* todas aquellas reminiscencias del acontecimiento que están dispuestas en el archivo. El constructo de la realidad se concibe mediante las numerosas huellas existentes, sin considerar la destrucción irremediable de otras (como ya lo señaló Ricoeur). Esta falta de huellas, por destrucción o por imposibilidad de obtención, se cubre mediante la narrativa atravesada “arcos interpretativos” (denominado así por Ricoeur a la interpretación aplicada a la dualidad comprensión – explicación que funciona como un mismo proceso).

El olvido, como posibilidad del recuerdo y de escritura de la historia, ha sido trabajado por Ankersmit siendo, al menos, cuatro puntos fundamentales que lo constituyen. La primera forma del olvido se traduce en lo que olvidamos cotidianamente y que se relaciona con la importancia que ello tiene en nuestras vidas. Los detalles que olvidamos de nuestra vida diaria son perdidos porque no son considerados por nuestro proceso cognitivo como significantes o trascendentes (al menos no en esos momentos). La segunda forma tiene que ver con detalles de la vida o en nuestro caso, detalles históricos, que no necesariamente el historiador consideró relevantes y los olvidó, sin saber que son una parte trascendental para el proceso narrativo de la operación historiográfica. Este olvido, dice Ankersmit, es imprudencial, ya que no podemos imaginarnos a un historiador ocultando detalles para restarle rigor académico a su investigación. Para Ankersmit, lo evidente es que estos olvidos sobre detalles que parecen irrelevantes son cometidos por el historiador porque “no están familiarizados con el peso de determinadas categorías de factores causales”.¹³² La tercera forma es el olvido consciente de un individuo o colectividad sobre un evento que resultó traumático como para recordarlo o que simplemente no conviene tenerlo presente. Ankersmit recurre al Holocausto (específicamente a la veintena de años posteriores a la Segunda Guerra Mundial) como ejemplo de dicho olvido. Por último, la cuarta forma se presenta en los grandes cambios paradigmáticos de la historia. Este tipo de olvido se formula como respuesta a lo nuevo para dar paso a lo distinto.

La tipificación presentada por Ankersmit se suma al estudio exhaustivo de Ricoeur en cuanto al olvido. El olvido se presenta como un elemento a considerar en la

¹³² Frank Ankersmit, *La experiencia histórica sublime*, p. 342.

imposibilidad de comprobar o por lo menos, sostener, una teoría factual sobre un acontecimiento determinado. A su vez, el olvido nos recuerda la dimensionalidad del acontecimiento y que su “inconmensurabilidad” propicia olvido por la imposibilidad de contención de los distintos sentidos epistémicos del suceso pasado. Así, podemos pensar al olvido como veneno y cura a la vez.

Se debe subrayar que un elemento sustituyente de la comprobación en las cuestiones históricas proviene de la capacidad de determinada trama narrativa de mantenerse como veraz en el transcurso del tiempo. En este caso, si existe el olvido por destrucción de lo que Ricoeur llamó “huellas corticales”, la falsación sobre uno o varios argumentos guía de un texto es prácticamente imposible. Pero si la veracidad de la trama narrativa llega en algún momento a dificultarse, entonces nos encontramos frente al acceso circunstancial de “los tesoros escondidos de la memoria”. En ambos casos, lo evidente es que la interpretación contenida de manera particular en el archivo o en el producto de la operación histórica, es improbable, no así, el conjunto de interpretaciones realizadas y plasmadas en un documento, es decir, la trama narrativa permite comprobar o no (al menos provisionalmente) determinada hipótesis.

En la actualidad existe la práctica de la historia del tiempo presente y una de sus profundas virtudes es que confronta interpretaciones vivas con interpretaciones inscritas en el archivo o fuera de él. Lo anterior, se erige como una posibilidad más acelerada de desechar o avalar posturas personales o colectivas sobre el origen, desarrollo y conclusión de algún acontecimiento y su influencia en el presente mismo. Como sea, la interpretación confluye con la presencia de la dimensionalidad del hecho pasado y se mantiene como latencia de la imposibilidad de mirar de una misma vez al acontecimiento mismo.

Si no existe una metodología universal para comprobar lo interpretado de una forma absoluta, entonces el “perdón” al que se refiere Ricoeur, es el antídoto de dicha improbabilidad.

Quinto lenitivo

Para Ricoeur, la comprensión es una parte especial de la interpretación. Es decir, conocer el acontecimiento se da en función de una tesis interpretativa que proviene de un individuo o grupo de ellos. Por tanto, la comprensión del hecho es fraccionaria y nunca global. De este

modo se deduce que para el conocimiento de la realidad se necesitan un conjunto de interpretaciones que a la postre y mediante un consenso colegiado, otorgarán una comprensión sobre lo sucedido sin pretender ser la única comprensión válida.

Jacques Le Goff, en su libro *¿Realmente es necesario cortar la historia en rebanadas?*, señaló las distintas formas de periodización a lo largo de la historia y sus emanaciones conceptuales y cosmogónicas. Dichas periodizaciones responden a la segmentación de una temporalidad que se extiende por mucho tiempo y en diversas direcciones. Las periodizaciones funcionan como ordenamiento dentro del caos que supone una infinidad de acontecimientos y sus detalles, así como sus orígenes. La comprensión del pasado y su elaboración, se realiza mediante la fragmentación temporal histórica, no porque los acontecimientos dejen de influir en el presente y futuro, sino que por la naturaleza de los mismos, su acomodo por estructuras y afinidades conceptuales, es la manera más práctica para abordarlos académicamente, e incluso, para inscribirlos dentro del archivo.

Las tesis interpretativas que emanan de alguno de los sentidos epistémicos de la dimensionalidad, buscan mediante la imagen literaria, presentar una postura artificial¹³³ que ocupe el vacío provocado por lo efímero del suceso pasado, siempre en conjunción de otras interpretaciones. La interpretación no es cuantificable en tanto su grado de exactitud, de hecho, la teoría positivista que utiliza en sus textos una gran cantidad de citas al pie de página, no tiene correspondencia con una mayor autoridad en lo que se escribe. La interpretación realizada a los documentos del archivo funciona especialmente como reemplazo de aquellos detalles contenidos en la dimensionalidad del pasado, por supuesto, que en la teoría positivista y en general, en la escritura de un texto, las referencias a documentos oficiales, autoridades en el tema y otros estudios rigurosos, elevan la condición histórica de un hecho a un rango mínimamente académico. Sin embargo, estos puentes interpretativos que nos conducen hacia un narrativismo sobre el pasado, funcionan en detrimento de regulaciones académicas que delimiten el accionar del historiador en cuanto a los principales presupuestos que puedan quedar establecidos en su operación historiográfica. No afirmo que las regulaciones académicas sean endebles en los textos

¹³³ La imagen literaria se presenta como una postura artificial, ya que mantiene la calidad de sustituyente del pasado como aconteció y en cambio se muestra una posibilidad (debidamente argumentada) sobre lo que en un pasado determinado, sucedió.

históricos, pero el quehacer del historiador siempre estará sujeto a las inscripciones del archivo y por tanto, a la legitimidad de la procedencia de las huellas contenidas, importando poco, de quién o de dónde provienen esas inscripciones. Por supuesto, la intención última de esta conducta sospechosa no pretende prejuzgar al documento del archivo, sino reivindicarlo como una fuente confiable, pero con un potencial de riesgo en su inscripción, derivado de intereses particulares o generales. En relación a lo anterior, el acercamiento al conocimiento de la realidad sobre un acontecimiento pasado se realiza con el apoyo de distintos documentos del archivo y elementos fuera de él (como un testimonio), en el caso de la historia del tiempo presente. En el caso de la historia sobre acontecimientos remotos, el uso del archivo no es suficiente, se agregan las “interpretaciones de las interpretaciones” por la necesidad de pluralidad académica y en el mejor de los casos, para identificar interpretaciones fundamentales del suceso. La utilización de distintas interpretaciones para el conocimiento de la realidad es un lenitivo de científicidad en la historia puesto que es la máxima expresión del constructo permanente por parte del historiador para eternizar, mediante una operación historiográfica, lo que de otra manera quedaría olvidado, quizás, por siempre. En este sentido, la iconodulia y su expresión a través de la imagen literaria es un claro ejemplo de la acción interpretativa hacia el pasado, puesto que está saturada de detalles provistos no siempre de inscripciones del archivo, sino de capacidades narrativas del historiador, sin terminar siendo una novela histórica.

Es importante destacar que la interpretación ejercida por el historiador sobre la huella, se construye en distintos sentidos al mismo tiempo. La interpretación como herramienta de búsqueda de significado se percibe si no obsoleta, al menos primitiva, toda vez que la interpretación existe no sólo para explicar significados, sino como antídoto a las características primordiales de la dimensionalidad expuestas en este trabajo: “inconmensurabilidad” del acontecimiento e imposibilidad de acceso a sus tres sentidos epistémicos al mismo tiempo y de manera plena. Por tanto, el conjunto de interpretaciones existentes sobre un mismo acontecimiento obedecen a su origen en alguno de los sentidos epistémicos de la dimensionalidad. La superación de la interpretación en la historiografía y su operación historiográfica, equivaldría a tener el acceso integral y universal sobre la dimensionalidad de determinado acontecimiento y como resultado último, la totalidad de causalidades endógenas y exógenas que propiciaron una parte minúscula de la realidad, en

determinado tiempo y espacio, pero replicado de manera infinita y por tanto, al conjunto de la historia conocida.

Así como en la ciencia ha existido un tránsito entre verificación y falsación, que se efectúa en torno a lo más puro del actuar científico¹³⁴, en la filosofía de la historia se han ido sucediendo distintos giros en el vocabulario empleado. A continuación, glosaré al menos tres de suma importancia hasta nuestros días. El primero, identificado por Ankersmit, fue en los años cuarenta, donde el vocabulario utilizado fue el de explicar y describir. El segundo momento sucedió en los años setenta, donde distintos grupos de intelectuales, específicamente los narrativistas y los hermeneutas, se ubicaron en un escenario donde el historiador era responsable de interpretar más que de explicar el pasado. El tercer momento, fue partir de los años setenta y la ola de la representación.

En relación a lo anterior, es fundamental señalar que la dimensionalidad del acontecimiento implica para el historiador la búsqueda constante de la mejor imagen literaria como presentación del pasado. No es limitativa la interpretación de la explicación y la descripción o de ambas con la representación. La “inconmensurabilidad” del acontecimiento pasado necesita de una visión mixta que se ocupe de esclarecer lo oscuro del pasado. La imagen literaria se coloca como una propuesta en la que se considera al texto como un todo sobre determinado acontecimiento y en conjunto, el mejor entendimiento del mismo. Sin duda, a diferencia de lo que Ankersmit presupone de la representación, el historiador realiza interpretaciones primarias (directas sobre las inscripciones del archivo) y secundarias (interpretaciones sobre interpretaciones).

Sexto lenitivo

Antes que el diálogo, sucede la materialización del pensamiento. Siempre hay un soporte que posibilita la comunicación.

La primera fase de la operación historiográfica que señala Ricoeur se determina por la labor investigativa del historiador en cuanto a la discriminación de fuentes por su procedencia y utilidad. Es importante recordar que la inscripción en el archivo muy probablemente haya quedado registrada por una materialización del pensamiento del que

¹³⁴ Frank Ankersmit, *Historia y topología*, p. 194.

inscribe, antes que de un análisis sobre lo que se inscribió. El análisis dubitativo sobre el acontecimiento perjudica en demasía la calidad de la visión con la que se observó al mismo y limita aún más la probabilidad de acceder de manera sustancial, a cualquiera de los sentidos epistémicos de la dimensionalidad del pasado. La interpretación integral que se intenta conseguir mediante la operación historiográfica, tiene la peculiaridad de sostenerse de distintos registros contenidos dentro del archivo. Es el estudio minucioso de cada uno de ellos lo que habilita al historiador como experto para poder seleccionar o desechar las pruebas del pasado desde el registro científico.¹³⁵

Como he mencionado anteriormente, la interpretación es inherente a la huella del archivo. La interpretación del autor y la interpretación del lector, son lenitivos de científicidad en la historia, pues sustituyen mediante la narratividad, los vacíos provocados por la dimensionalidad de cualquier acontecimiento, perteneciente a las acciones humanas. En este sentido, no hay historia ni interpretación sin soporte de inscripción. Esta es su condición de posibilidad.

Séptimo lenitivo

La observación del acontecimiento que sugiere posteriormente una materialización del pensamiento presenta dos problemáticas importantes: la limitación lingüística para inscribir lo pensado y lo observado, y la segunda, la pérdida del contexto que puede suceder en el proceso de materialización del pensamiento.

Si pensamos en las observaciones del acontecimiento, cada una mantendrá percepciones de la realidad y siempre quedarán inscritas como percepciones. El conocimiento del mundo es obtenido mediante nuestros sentidos y después de la materialización (textual) de dicha percepción de la realidad, es que pretendemos abordar la dimensionalidad del acontecimiento. Así, la interpretación de signos procede a la explicitación del pasado aprehendido vía la escritura. Esta limitación del lenguaje se origina por múltiples factores que tienen un efecto de “desgaste del acontecimiento” a través del tiempo e implican grandes obstáculos no sólo para la interpretación del pasado, sino para su conformación en imagen literaria.

¹³⁵ Mario J. Valdés (Coord.), *Con Paul Ricoeur. Indagaciones hermenéuticas*, p. 119.

El segundo problema planteado en este lenitivo de cientificidad en la historia sostiene que de manera inevitable la pérdida del contexto anclado a la limitación lingüística sucede durante el proceso de materialización del pensamiento. Los detalles sobre lo acontecido, al menos alguno de ellos, se perderán en la dimensionalidad, pero el esfuerzo del historiador por rescatar mediante las inscripciones del archivo esos detalles, es uno de los objetivos primordiales de la operación historiadora. La imagen literaria, que sigue a la iconodulia, promueve al pasado mediante la manifestación exigua de lo que fue no está ligada a la acción artística del historiador, es su herramienta como relevo de las reminiscencias del pasado. En todo caso hay un puente ontológico entre lo que se tiene del acontecimiento y lo que se narra de él. La solución que se le da al pasado mediante la presentación de una alternativa narrativa histórica, es, en su generalidad, una propuesta que tenderá a actualizarse con nuevos hallazgos dentro del archivo y/o de las distintas ciencias auxiliares de la historia. En lo particular, dicha alternativa al pasado efímero e incapaz de contenerse en su totalidad, podrá preservar algunas características, que desde su obtención resultaron ser veraces y por lo tanto sin modificación. Así, el proceso de creación de la imagen literaria sobre un acontecimiento específico del pasado se muestra siempre como una alternativa a la dimensionalidad del acontecimiento y nunca como una sustitución del pasado mismo.

Octavo lenitivo

La creación de una nueva realidad a partir de la aplicación hermenéutica en un texto, es la culminación de un proceso complejo que abarca desde el acontecimiento mismo, pasando por su observación, estudio, verbalización y contraste, hasta su interpretación e inscripción textual.

A partir de la década de los setentas del siglo XX, la teoría hermenéutica consideró que el historiador interpreta significados que se dirigen en dos sentidos de acuerdo a lo que interpretan. El primero es a la hermenéutica analítica. El segundo sentido es la “hermenéutica continental” y existe única y exclusivamente en torno al texto. Estamos frente a una interpretación de interpretaciones que en su conjunto nos otorgan un significado determinado. De acuerdo a Ankersmit, para Ricoeur y White, el pasado es un texto y esta condición genera en él mismo un significado propio. Quizás, esta renuncia a la

hermenéutica analítica por parte de ambos autores representa la imposibilidad ontológica de obtener del acontecimiento el sentido de la acción humana en el momento pasado.

La persistencia de la “incommensurabilidad” del acontecimiento, sobre la examinación (general y específica) del pasado mismo, llevó a Ankersmit a proponer un tercer vocabulario en cuanto al discurso sobre la historia: la representación. Sin embargo, la interpretación no ha sido superada. Cuando el presente lenitivo de cientificidad se avoca a la “creación de una nueva realidad” a partir de la interpretación de un texto se establece de manera suficiente que la interpretación sobre una fracción del pasado, es la que mediante la iconodulia, mostrará una versión (alejada o no) de la realidad que nunca será sustituyente del acontecimiento.

La dimensionalidad del acontecimiento no permite una sustitución. A falta de acceso de sus tres sentidos epistémicos, se crea una nueva realidad (en tanto es narrada como fragmento de la historia) que permanecerá como parte de la constelación de teorías sobre una huella trascendental en la historia. La imagen literaria en su conjunto es esa realidad, que de manera intrínseca ha sido interpretada en la operación historiográfica pero también desde antes de su obtención, en el archivo. No necesariamente la interpretación necesita de significados en el pasado.¹³⁶ Por tanto, la interpretación (como la representación según Ankersmit) no necesita de un significado en el pasado para funcionar dentro de la hermenéutica continental y mucho menos en la hermenéutica analítica, puesto que en esta última, la interpretación emana de las mismas acciones humanas.

El ejercicio de interpretar al pasado como texto nos permite aceptar de manera inequívoca concebir al acontecimiento como reminiscencias, vestigios y huellas del mismo. La historia convive con la ciencia y pertenece a ella, pero la interpretación de manera aislada, no. Para la interpretación no existe un marco científico riguroso. La percepción se abre espacio y delimita la acción científica en la propia acción hermenéutica. Recae en el historiador la responsabilidad de interpretar profesionalmente un acontecimiento y de haber recogido los mejores textos del pasado. Pero a diferencia de la representación¹³⁷, lo que se

¹³⁶ “[...] la representación, a diferencia de la interpretación, no necesita que el pasado en sí tenga un significado [...]” Frank Ankersmit, *Historia y tropología... Op. cit.*, p. 202.

¹³⁷ “[...] la representación es categórica y lo que representa no necesariamente tuvo que haber existido [...]”, *Ibid.*, p. 203.

interpreta no sólo existió, sino que el mismo acto hermenéutico que recae en el acontecimiento pasado es muestra de esa realidad que, mediante la operación historiográfica, se intenta evocar a nuestro presente. La interpretación misma da fe de que el acontecimiento sucedió en determinado tiempo y espacio, pero no se retrae de la responsabilidad en cuanto a la búsqueda de veracidad en dicho pasado y su consecuente presentación a la sociedad.

Por supuesto, la interpretación corrige la ausencia narrativa provocada por la inconmensurabilidad del acontecimiento del pasado mediante las distintas interpretaciones que contiene el archivo y las que emanarán de la operación historiográfica, pero siempre bajo el presupuesto de que se presentará a manera de imagen literaria, lo que sucedió o al menos una de sus versiones. La creación de la realidad (mediante la comprensión, el discurso y el ser mismo) utilizando el giro hermenéutico otrora con tintes metafísicos, es el más puro sentido teleológico de la interpretación, que sustituye lo efímero del acontecimiento, de lo que no se tiene y nunca se tendrá nuevamente.

El texto invita en ausencia del pasado a la contemplación de una realidad alternativa a la dimensionalidad del acontecimiento, fungiendo como una posibilidad sustentada, razonada y lógica, que muestra el acceso que, mediante la operación historiográfica se ha obtenido de dicha dimensionalidad del suceso anterior. La iconodulia muestra una realidad vedada al escrutinio social y que ha retornado al presente, no como una verdad absoluta, sino como uno de los sentidos epistémicos de la dimensionalidad, mismo que ha sido recuperado por el historiador y su incasable labor dentro y fuera del archivo. El ejercicio del historiador durante las distintas fases de la operación construye paulatinamente el documento que, de acuerdo a Ricoeur, tendrá como principales características una falta imperdonable y un perdón imposible. El texto como *pharmakon* es veneno y remedio, una inconclusión a la que inevitablemente le orilla la “inconmensurabilidad” del acontecimiento.

Noveno lenitivo

Los documentos del archivo preservan la interpretación específica de aquel que lo escribió. Esa interpretación es imposible de comprender en su totalidad, es decir, la intensidad de la inscripción que conserva el archivo en un documento es inalcanzable.

La inscripción en el archivo no es únicamente una evidencia de lo ocurrido o de alguna postura sobre ello, también confronta la percepción del sujeto que inscribió dicho documento con el pasado mismo. El perdón, en este sentido, es ambivalente para el acontecimiento¹³⁸, pues es derivado de la incapacidad de contención por parte de la humanidad en cuanto a la inconmensurabilidad del pasado, así como en su imposibilidad debido a la incapacidad por capturar la totalidad.

Al quehacer del historiador, se suman las disyuntivas mencionadas a las dificultades que generan las posturas contenidas en el archivo, emanadas de la perspectiva de los sujetos que inscriben. El proyecto de verdad que pretende la operación historiográfica es manipulado por las mismas fuentes utilizadas por el historiador. En este caso, lo que se presenta como resultado final del proceso investigativo a modo de narración es una mirada colapsada por las huellas del mismo suceso. Así, al pensar en la iconodulia como manera de presentar el pasado, vía la imagen literaria, lo más natural es el pensamiento automático que cree en el texto. Esta imagen nos muestra de manera nítida lo que posiblemente aconteció en determinado espacio y tiempo, a mayores detalles, más es el sentido de presencia en el acontecimiento pasado por parte del lector. Al respecto, ¿la reconstrucción del pasado corresponde a lo que ocurrió? Hay tres respuestas posibles. La primera de ellas es que no. La reconstrucción de los hechos no corresponde a lo que ocurrió, sino a las reminiscencias del acontecimiento. En este sentido, la presentación del pasado en la actualidad, corresponde a lo rescatado en el archivo o en el campo del acontecimiento. La iconodulia brinda una alternativa reconstructiva del pasado que se sabe incompleta y con mínimos rasgos reales de lo sucedido. La segunda respuesta es la opuesta a la primera. Sí corresponde la reconstrucción del acontecimiento pasado a lo que ocurrió. El resultado de todas y cada una de las fases de la operación historiográfica nos dicen lo que realmente sucedió. La tercera respuesta es una combinación del sí y no. Se tiene una estrecha relación entre la reconstrucción del acontecimiento y lo que ocurrió porque se ha logrado acceder a uno de los sentidos epistémicos de la dimensionalidad del acontecimiento, y ello nos conduce a confirmar que se tiene parte de la realidad del pasado. Sin embargo,

¹³⁸ Para Ricoeur, a lo largo de *La memoria, la historia, el olvido*, aclara el perdón (en la historia como en la memoria) es imposible. La correspondencia entre memoria y verdad en la historia es inexistente y por tanto desacorde entre sí.

precisamente esta parcialidad en la obtención de las huellas es la que, a su vez, nos indica que la reconstrucción de lo que pasó, es una reconstrucción inacabada y siempre permanecerá así. Sin duda, este carácter incompleto de lo que se presenta como imagen literaria que con el paso del tiempo se va puliendo, ya sea con nuevos descubrimientos, ya sea dentro del archivo o fuera de él. A pesar de las tres opciones anteriores a la respuesta planteada, lo que es innegable, es que la mirada que se proyecta hacia lo que sucedió en el pasado, es una mirada colapsada. Esta mirada se da sobre lo que quedó del acontecimiento, reconstruye lo que se preservó del mismo y muestra una interpretación final.

La iconodulia nos hace creer en lo que se presenta como opción al pasado disoluto. Esta creencia vivifica lo ausente y perdura lo perdido. A falta de exactitud en la memoria y en el archivo mismo, la narratividad sostiene el colapso inminente sobre el pasado como realmente fue. En cambio, las estructuras que construye, posibilitan un sinfín de nuevas posturas que coadyuvan a completar cada vez más, la mirada al pasado y sobre todo, a su entendimiento. La iconodulia se convierte en materia de creencia, con una gran peculiaridad: el que cree en lo que se presenta, sabe que es una creencia inconclusa y destinada a cambiar por algo más, algo no necesariamente mejor.

Décimo lenitivo

La interpretación del historiador de los residuos del archivo no asegura la accesibilidad al pasado. Sólo vía la interpretación es generar sentidos del mismo.

Aunque para Ricoeur¹³⁹ en términos ontológicos el texto comienza con el que lee al autor y no con él mismo, sin duda el resultado de la investigación en el archivo, presentado como imagen literaria, contiene expresiones inherentes al autor y su propio sentido epistémico. En la búsqueda de reconstruir el pasado el historiador (mediante la narrativa) hace uso de sus propios presupuestos apoyado de los vestigios del acontecimiento y de distintas ciencias auxiliares. El proceso narrativo que entrelaza detalles de un mismo acontecimiento es el instrumento por el cual la interpretación realizada por el sujeto que realiza la operación historiográfica queda plasmada. Los motivos intelectuales del historiador, que de alguna manera están presentes en la imagen literaria que se produce, son

¹³⁹ Cfr. Mario J. Valdés, *Con Paul Ricoeur. Indagaciones hermenéuticas*, p. XV.

un lenitivo de científicidad en la historia, toda vez que la objetividad es diluida no solo por la dimensionalidad del acontecimiento, si no también por los esfuerzos intelectuales del que investiga y por llevar a cabo el desarrollo de una investigación bajo una cierta hipótesis. A diferencia de las ciencias exactas, en la historia es muy probable que las indagaciones se dirijan a determinadas huellas del archivo (de manera consciente o inconsciente) provocando así, un alejamiento de la veracidad del acontecimiento que se estudia. Así, al considerar al texto producido por el historiador, la presencia generada proviene de interpretaciones primarias y secundarias. La interpretación del historiador se puede encontrar de manera general a lo largo de la narración sobre el acontecimiento estudiado, sin embargo, los motivos íntimos que tiene dentro de la investigación están reservados a su subjetividad, siempre enlazada con la sociedad que lo posibilita.

A falta de lo anterior, la imposibilidad de conocer las interpretaciones del historiador sobre su propio objeto de estudio, nos lleva a pensar en una producción de presencia impregnada de desafíos ontológicos que el historiador tuvo que librar mediante la narratividad del suceso pasado. Es claro que el tiempo produce aporías en los acontecimientos, éstas, según Ricoeur, podrán ser superadas con “el tiempo narrativo”. De esta manera, se entrecruza la acción del lector y el texto del autor, para llegar a un complemento que Ricoeur identificó como “la narrativa”. El texto, por sí solo, no se puede considerar una narración, hasta que el lector ejerce su acción sobre la investigación que presenta. Pero este poder que Ricoeur asigna a la narración para “representar lo real”, es su mayor peligro, ya que para los analistas más ortodoxos de la historia, el estatus de ciencia puede perderse al admitir que el discurso narrativo, es un relato de cómo fueron los acontecimientos (literalmente) abordados por la operación historiográfica. Por tanto, cuando el historiador interpreta a las distintas huellas del archivo, se convierte en un agente que transfiere al acontecimiento pasado distintas características de las cuales existen dudas en cuanto a su veracidad. Otras tantas, de las que no existan dudas, ya sea por su verificación, ya sea por su procedencia, no pueden escapar de la interpretación del historiador al momento de su inclusión en el discurso narrativo. En este caso, lo que se debe valorar de las limitaciones del autor, de lo que realmente quiso decir, es la posibilidad extensa por parte del lector, de decodificar la narración expresada en el texto.

La “interpretación de interpretaciones” contenida en el archivo como en el narrativismo de la obra que se nos presenta como producción de presencia del pasado efímero, pertenece a un acercamiento de la dimensionalidad del suceso, por tanto, a un relato del pasado con características académicas rigurosas, que, sin importar su mayor o menor veracidad, increpan las deficiencias de la memoria mediante el uso del archivo y con la consecuente actualización que generan los nuevos descubrimientos de documentos y la intervención cada vez más sofisticada de las nuevas ciencias auxiliares de la historia. La vida de la historia depende de su retroalimentación con otros saberes, y, fundamentalmente, del lector.

Décimo primer lenitivo

Siempre coexistirán dos o más interpretaciones donde la validez estará sujeta a la rigurosidad académica con la que se ha conseguido el estudio. Por supuesto, también influirá la interpretación del lector para otorgar mayor relevancia a una u otra perspectiva.

Si la narrativa se ensambla con la lectura, la coexistencia de múltiples interpretaciones es vital para el mejor acercamiento hacia la dimensionalidad del acontecimiento. Incluso las distintas lecturas posibles a una misma obra narrativa aseguran la proliferación de distintas maneras de percibir al resultado de la operación historiográfica que se presenta.

Como se escribió anteriormente, para Ricoeur el discurso histórico es un “relato literal”, por tanto, las interpretaciones que los distintos lectores le pueden asignar al texto, de acuerdo a su formación intelectual, enriquecen pero también alteran la realidad expuesta mediante el relato del acontecimiento. Si aceptamos al discurso histórico como sinónimo de imagen literaria, podemos encontrar que dicha imagen que se presenta, queda inmutable con el tiempo y pese quien las observa, las interpretaciones que se originen a partir de la lectura del texto, crearán nuevas visiones del acontecimiento que no serán plasmadas en nuevos textos. Aunque lo anterior pueda ser una obviedad, es fundamental entender que si el discurso histórico se manifiesta como una verdad del pasado, esa verdad siempre propiciará posturas alternas al mismo acontecimiento, dando paso a “la interpretación de interpretaciones”. Esta característica nos inmiscuye en un círculo interminable de interpretaciones sobre un mismo acontecimiento. Este círculo interpretativo puede sufrir

adecuaciones derivadas de nuevos documentos y herramientas de investigación, siempre afectando directamente a la interpretación que fluye como explicación de determinado momento histórico.

Como he mencionado anteriormente, el acontecimiento y sus distintos factores se han perdido para siempre. Al historiador le queda intentar recopilar y analizar dentro y fuera del archivo las posibles reminiscencias del pasado. La recreación de los hechos no asegura la observación suficiente de los detalles del acontecimiento. El lugar de la narrativa es fundamental, pues en el discurso histórico complementa los vacíos que se pueden llegar a tener sobre el pasado investigado. La iconodulia nos presenta, en ausencia del pasado, una o varias visiones sobre una acción humana en un tiempo y espacio definidos, una mezcla de verdad y suposiciones declaradas, como opción de entendimiento a lo que ya no es más. Esta iconodulia nos exige al mismo tiempo permanecer incrédulos frente a lo que se presenta de manera textual y perseguir como fin último, al cúmulo de percepciones y perspectivas que el historiador desglosa minuciosamente durante la exploración publicada.

En cuanto al análisis de las historiografías, no es factible considerar como real, letra por letra, al discurso narrativo, puesto que ha sido concebido en su cuerpo, con puentes hermenéuticos que favorecen los escollos naturales a la inconmensurabilidad del acontecimiento. La producción de presencia estriba precisamente en conectar realidades (al menos catalogadas así por su origen en el archivo) con suposiciones. Esta mezcla de acciones pueden ser llamadas ficciones. No obstante, están incompletas, dado que parte de sí mismas están construidas por realidades del archivo histórico. Estamos frente a una combinación entre realidad y suposición.

Las fracturas temporales entre autor - lector se hacen presentes en la iconodulia. Ella también lucha por prevalecer en el tiempo aunque, paradójicamente, busca que la increpen, que la interroguen y que, de ser necesario, la sustituyan por una mejor versión. No pretende ser iconoclastia, no busca pleitesía de sí por los demás. La iconodulia es una visión a la dimensionalidad del acontecimiento, es una mirada y como tal, puede errar en su percepción, pues ha sido sólo un vistazo a la inconmensurabilidad del pasado, apresurada a la vastedad del tiempo humano. De ahí las distintas interpretaciones sobre el mismo acontecimiento. La rapidez del suceso permite solo la inscripción de algunas huellas en el archivo. Lo no inscrito genera presuposiciones (fundadas mediante “operaciones”) que

intentan soslayar los “huecos” en el discurso histórico.¹⁴⁰ La existencia de múltiples interpretaciones sobre un mismo acontecimiento aumentan la complejidad del mismo, permitiendo, a su vez, cierta flexibilidad en cuanto al acercamiento de la imagen literaria y su conducente entendimiento. Aún así, la multiplicidad de interpretaciones actúa como lenitivo de científicidad en lo que de otra manera tendría que saberse íntegramente sin espacio a la suposición y con ello, al completo acceso de la dimensionalidad del pasado. Pero lo impenetrable del origen primigenio del suceso es precisamente lo que genera interminablemente, toda una codificación narrativa que sustente a las huellas del pasado en el archivo. De esta manera, la plausibilidad de los argumentos base del pasado, trascienden como producción de presencia.

Décimo segundo lenitivo

Para el caso de la historia, la gama de teorías que se conforman tienen un reflejo epistemológico yuxtapuesto o varios que convivirán y denostarán la riqueza en la ciencia histórica pero a su vez serán lenitivo de la misma.

La gama de explicaciones sobre un acontecimiento, provenientes de una operación historiográfica, no sólo resultan de la acumulación de años de investigación sobre el mismo suceso, sino de la variedad de autores que crónica o anacrónicamente lo estudiaron. La importancia de la “constelación de teorías” sobre determinado acontecimiento, radica en que la investigación prolongada sobre ese suceso, demuestra la importancia del mismo para una sociedad específica. En esta multiplicidad narrativa es que la explicación y la comprensión son fundamentales. Son el lugar más álgido que busca el historiador en cuanto al producto de su quehacer. Asimismo, la epistemología que enriquece a la historia emana de las múltiples interpretaciones que uno o varios historiadores han realizado frente a un pasado único e irrepetible. Este conjunto de visiones sobre un hecho nos proporciona más detalles o acercamientos a la dimensionalidad, en consecuencia, un mejor saber del pasado.

¹⁴⁰ “La investigación en comunicación ha experimentado diversos cambios en el eje de su atención. Desde una visión en la que los medios y sus textos se definen como los ámbitos en donde se instituye el sentido, la preocupación se traslada a un abordaje de la recepción, entendida como instancia productiva de la significación y no mera reproducción.” Mónica Maronna y Rosario Sánchez Vilela, , “La perspectiva de la cotidianidad en la investigación de la recepción”, en *Relecturas de Michel de Certeau*, p. 94.

Ahora bien, debido a la existencia monumental de interpretaciones existentes para comprender y explicar el pasado, los autores (también como lectores de otras obras) alientan al discurso narrativo no solo con la argumentación del archivo, sino que dotan al texto de tramas narrativas. Lo anterior en su conjunto, pertenece a la “teoría literaria” de Ricoeur, que empalma a la narrativa literaria con la historia y con “la cultura humana”. Este discurso narrativo, armado, desarmado y alimentado de nuevas evidencias, se somete de manera paralela a las contrastaciones históricas que surgen a lo largo del tiempo y en distintos lugares. Este cruce de caminos lleva a sostener las distintas interpretaciones que presentan los textos y en consecuencia, a depurar escritos dentro de esa gran “constelación de teorías” sobre un acontecimiento trascendental. La importancia de las contrastaciones históricas se fundamenta en la ratificación de sucesos específicos dentro del acontecimiento mismo, donde la repetición de detalles dentro de los relatos históricos, conduce a pensar en una veracidad de los mismos.

La existencia de una gama de teorías sobre un mismo acontecimiento da cuenta de la persistencia de una sociedad por recordar al pasado y sus posibles explicaciones. No existe una sola imagen literaria que presente un discurso narrativo como respuesta al acontecimiento, son un conjunto de ellas las que nos permiten acceder a una parte del todo sucedido. A pesar de ello, se debe mantener vigilancia sobre el posible “exceso de sentido”¹⁴¹ que una u otra interpretación pueda evidenciar como resultado de interpretaciones amplificadoras sobre un acontecimiento estudiado. El “exceso de sentido” de las interpretaciones, presenta un desafío para el historiador en las distintas fases de la operación historiográfica. Este exceso o escasez de interpretación se vuelve evidente en las fuentes que utiliza la historiografía. Por tanto, la existencia de interpretaciones como interacción de las distintas posibilidades de realidad sobre un acontecimiento pasado son imprescindibles a manera de acceso a la dimensionalidad y explicación del pasado mismo, mediante operaciones historiográficas que permitan realizar a su vez, nuevas interpretaciones sobre los sucesos que a determinada sociedad le interesen.

Décimo tercer lenitivo

¹⁴¹ El giro hermenéutico de Paul Ricoeur denominó *conflicto de interpretaciones* a la polaridad entre ampliación de interpretaciones y reducción de las mismas. Para una lectura más extensa consultar *La simbólica del mal* y *De la interpretación: ensayo sobre Freud*.

La historia es argumentativa: la imagen literaria tiene una narratividad (lógica y coherente) que muestra la conexión de sucesos y los entrama para conseguir mediante la operación historiográfica, algunos de los sentidos epistémicos extraíbles de la dimensionalidad del acontecimiento pasado. Las diversas imágenes literarias contienen un grado mayor o menor de veracidad (comprobable mediante la falsación o verificación) que se lee en el texto. Lo anterior, imposibilita detractar todo un documento ya que en su cuerpo necesariamente conviven partes veraces y falaces. Sin embargo, también sucede lo contrario: la investigación final tampoco puede pensarse como verdadera en su totalidad, estamos frente a uno de los aspectos lenitivos de la historia como ciencia.

Es evidente que la interpretación ha evolucionado con los aportes de Ricoeur. Ya no trata el concepto de interpretación solamente de una búsqueda incesante de significaciones en el pasado, sino encontrar el sentido del ser. Así como Heidegger utilizó una “ontología de la comprensión”, Ricoeur apela también a su uso para encontrar en dicha ontología, la comprensión del “ser – interpretado”. Esta filosofía fortalece la afirmación del treceavo lenitivo de científicidad en la historia. La argumentación dentro de la trama narrativa es primordial para sostener uno de los principales atributos del texto que se presenta como explicación del pasado. El grado de veracidad, mayor o menor, que deriva de las distintas imágenes literarias que se crean en consecuencia de diferentes operaciones históricas, está latente por la evocación que pronuncia en su lectura y que establece un sentido lógico y razonado. No podemos hablar de un texto erróneo o asertivo en su totalidad. El texto y la lectura del mismo siempre serán parcialmente erróneos o si se quiere, parcialmente ciertos. Como la lectura, la razón es interpretación. Nuestro conocimiento de la realidad se enfoca e inscribe en el archivo, en armonía con los principales paradigmas que pensamos son ciertos. La dimensionalidad nos conduce a un camino por el que inexisten los saberes absolutos y por tanto leyes. En la historia, la carencia de leyes es un símbolo inequívoco de la pluralidad de formas de vida que hay. Como respuesta de dicha aporía científica, Ricoeur, coloca al paradigma de la interpretación, como problema, en el texto.¹⁴² Las cuatro

¹⁴² De acuerdo a José María Mardones, en la definición de “razón hermenéutica” que se encuentra en el *Diccionario de hermenéutica*, se distinguen cuatro características en cuanto a la interpretación textual. La primera es “la fijación de la significación”, la segunda es “la disociación con la intención mental del autor”, la

características propuestas por Ricoeur en cuanto a la interpretación textual constituyen lo que denominó “la objetividad del texto” y sólo a esta estructura que se nos presenta de manera totalmente hermenéutica se puede practicar un ejercicio científico de entendimiento. Esta ontología fundamental, si bien no puede considerarse estrictamente científica desde la definición Kuhniana, traza un camino sensible a los problemas de la acción humana y su posterior inscripción. El acercamiento a la realidad por medio de la iconodulia, permite al autor y al lector (en suma, a una sociedad) objetivar la explicación del acontecimiento pasado, haciendo de la dimensionalidad una oportunidad. Esta oportunidad estriba en la capacidad de la historia, de siempre rehacerse acorde a las reinterpretaciones de textos primarios o secundarios o por el descubrimiento de nuevas huellas inscritas en el archivo. La iconodulia nos lleva a creer en lo que se nos presenta como fruto de las operaciones historiadoras, siempre con la reserva de continuidad sobre únicas líneas de investigación.

De este modo, si renunciamos a la obtención de verdades absolutas (a diferencia de las ciencias exactas) tenemos como resultado un conjunto de estudios rigurosos que entretejen tramas narrativas que nos acercan a lo que posiblemente fue. Este grupo de paradigmas (como lo denominaría Kuhn) posibilitan ver una parte del acontecimiento, nunca la totalidad. Con ello, nos acercamos a la contemplación mediante la imagen literaria de una realidad simbólica. Por ello, la iconodulia, como realidad simbólica de lo ausente, nos permite una especie de metáfora Ricoeuriana en cuanto al acercamiento distinto a un acontecimiento. La otredad constituyente a la realidad simbólica, de ninguna manera desestima a los estudios hechos del pasado, sólo limita su accionar en el consciente colectivo que dirige sus esfuerzos por rememorar al pasado. En este panorama, el sentido del ser se puede encontrar no en un texto de manera individual, sino en la pluralidad de textos que han sido inscritos en el archivo y en los que han sido publicados por los historiadores. De cierta forma, los sentidos epistémicos que se conservan en la dimensionalidad del acontecimiento son sustraídos por las diversas operaciones historiográficas que se realizan en distintos tiempos y lugares. Y aunque nunca se obtiene la totalidad del suceso, generan una “experiencia histórica” mediante realidades simbólicas.

tercera característica es “el despliegue de referencias no ostensivas” y la cuarta y última característica es “el abanico universal de destinatarios”.

Décimo cuarto lenitivo

La historia es falible: la fuente íntima de interpretación genera en la historia un inconveniente constante en la credibilidad de la huella y de la imagen literaria. Las disciplinas existentes son falibles, pero sus “arcos de actualidad” son bastante amplios por lo que generan una certidumbre que redundará en la evolución y prosperidad de la propia disciplina. Sin embargo, para la historia, la incertidumbre siempre está presente (como en otras ciencias) con “arcos de actualidad” cortos.

La idea de la perdurabilidad de los discursos históricos en el paso del tiempo, proviene de las distintas imágenes literarias que se producen para esclarecer el “sentido del ser”. La historia global en nuestra sociedad tiene una ontología de lo que realmente es y de lo que no es. Esta “determinación” como la nombró Castoriadis¹⁴³, es el equivalente a la dimensionalidad del acontecimiento. Sin embargo, mediante la iconodulia lo que se elabora no es una imitación del pasado. La pretensión de la iconodulia radica en que el vacío de la ausencia de algún acontecimiento por estudiarse deba ser ocupado por los resultados de las operaciones historiográficas y que posteriormente se presentarán mediante la imagen literaria. Pero la capacidad renovadora de la historia a través del tiempo propicia que sus “arcos de actualidad” sean cortos (en comparación con las ciencias exactas). La falibilidad de la historia, comprueba los efectos perjudiciales en la disciplina de no contar con la comprobación de las operaciones historiográficas. Por otra parte, la posibilidad de reinención como característica fundamental de la historia, exalta la fuente íntima de interpretación sobre el texto, creando distintas realidades como solución a la dimensionalidad del suceso. Estas “realidades de ficción” se asemejan al periodismo, ya que en muchas ocasiones los textos que se presentan sobre un hecho específico, se sustentan en escasas huellas sobre el mismo. Por ello, la imagen literaria se debe renovar constantemente y de acuerdo a los vestigios que se van encontrando o descubriendo en el archivo y fuera de él. La narratividad del texto que se postra frente al lector, siempre tendrá escollos por los cuales la credibilidad de la imagen literaria, podrá ser puesta en duda. Pero será tarea del lector y antes del autor, saber que un texto no puede ser refutado línea a línea, porque siempre tendrá compuestos veraces dentro de la trama o tropo escogido.

¹⁴³ Cfr. Castoriadis, *Dominios del hombre: Las encrucijadas del laberinto II*.

No se postula en esta investigación la falibilidad de la historia como una debilidad del saber, sino como una oportunidad infinita de acercarnos de múltiples y mejores maneras a la importancia que tiene para una sociedad, el saber de su pasado. Esta condición humana en el mismo quehacer historiográfico condiciona la demanda de conocer de manera absoluta al acontecimiento pasado y proclama a la dimensionalidad del mismo como única poseedora de la totalidad de la historia humana y sus devenires en los ámbitos que estructuran nuestra existencia. La condición falible de la historia que se suma a los lenitivos de cientificidad de la misma, aporta de forma sorpresiva al oficio del historiador, una “sensación - histórica”¹⁴⁴ que nos permite presenciar hechos pasados, por medio de experiencias que conforman una o varias imágenes literarias. Debido a la inconmensurabilidad del acontecimiento el avance en el conocimiento del pasado funciona de manera escalonada, en ocasiones dando un paso al frente o retrocediendo dos.

Así, la progresividad de la ciencia histórica se intrinca por su misma falibilidad. Esta constitución histórica construye cimientos fuertes que una vez verificados logran instaurarse en la escritura universal del historiador. Por otra parte, cuando los pasos son hacia atrás, la historia sufre de embates que la muestran como una disciplina débil, pero la inexactitud en las operaciones de los historiadores proviene, además de la misma capacidad del que investiga, de las huellas disponibles en el archivo.

En suma, los “arcos de actualidad” de los textos propuestos por distintos investigadores, para responder a las disyuntivas del pasado, son cortos porque la declaración de las huellas en el archivo es gradual. No se tienen de una sola vez y en un mismo lugar, todas las pruebas, testimonios y documentos sobre un pasado concreto.

Décimo quinto lenitivo

La historia es reconstituyente porque su falibilidad le propicia “arcos de actualidad cortos”, así como la realización de variedades en cuanto a la presentación de imágenes literarias sobre un mismo acontecimiento. La producción de variantes para narrar algo específico en el pasado enriquece “la constelación de teorías” existentes en la historia. La capacidad de la historiografía para reconstituirse obedece a una visita a cada uno de los “lugares de la

¹⁴⁴ Cfr. Frank Ankersmit *La experiencia... Op. cit.*

memoria” disponibles sobre un mismo acontecimiento y conseguir de esta manera una capacidad heurística y holística presente sólo en el conjunto de imágenes literarias existentes. La reconstitución de la historia permite otorgar un dinamismo vigoroso al estatus de actualidad en la historiografía como una búsqueda perenne de la veracidad narrativa sobre un suceso pasado.

La experiencia histórica que presenta la existencia de variadas posturas acerca del mismo pasado, propicia un entendimiento comparativo a las huellas inscritas en el archivo. Esto faculta al autor y al lector en considerar que se tienen reminiscencias importantes del pasado y que por lo tanto hay mayor comprensión del mismo. Las narrativas que se proporcionan como parte de la historiografía sobre algún tema son esfuerzos incansables por la búsqueda de sentido de la que habló Ricoeur. La interpretación “ungida” en cada texto, es parte del discurso narrativo (proveniente desde la misma huella hasta las fases historiadoras) y es inseparable al quehacer del historiador.

La plurivocidad del ser detenta en que la búsqueda de significados y del sentido del ser mismo desemboque en un encuentro metafísico y filosófico, donde el historiador une el yo con el mundo, mediante una infinidad de discursos históricos y sus respectivas propuestas. De esta forma, el entendimiento humano en un espacio y lugar sobre su misma existencia, se beneficia de la “constelación de teorías” (no leyes) que se exponen para comprender mejor nuestro pasado y presente. Pero la reinención de dichas teoría es constante y no puede tener un sentido teleológico.

Al respecto de la pluralidad de interpretaciones, Aristóteles sigue gozando de una claridad encomiable que John Losee recupera:

Aunque Aristóteles afirmó que las premisas de toda explicación científica adecuada debían ser indemostrables, está claro por el contexto de su presentación que estaba interesado en insistir solamente en que debe haber algunos principios dentro de cada ciencia que no puedan deducirse de principios más básicos. La existencia de algunos principios indemostrables dentro de una ciencia es necesaria para evitar una regresión infinita en las explicaciones.¹⁴⁵

Con el acto de hacer presente a lo ausente mediante imágenes literarias (producidas por la iconodulia), realizadas por operaciones historiográficas, altamente lógicas y razonadas, podemos inferir que la interpretación es una acción que ha sido efectuada de la

¹⁴⁵ John Losee *Introducción histórica a la filosofía de la ciencia*, p. 20.

manera más profesional posible, en tanto el archivo y en tanto la carga intelectual del historiador frente a su propia investigación. Por ello, la latencia de interpretaciones válidas a las que se les considera como irrefutables está presente en todo discurso histórico y en ciertos momentos dentro del texto.

Losee agrega en su análisis lo siguiente:

En consecuencia, no todo conocimiento de una ciencia es susceptible de ser probado. Aristóteles mantenía que las leyes más generales de la ciencia y las definiciones que estipulan los significados de los atributos propios de esa ciencia, son indemostrables. El requisito de que las premisas deben [conocerse mejor que] la conclusión es un reflejo de la opinión de Aristóteles de que las leyes generales de una ciencia deben ser evidentes. Aristóteles sabía que un argumento deductivo no puede dar más información de la que implican sus premisas, e insistía en que los primeros principios de demostración deben ser al menos tan evidentes como las conclusiones extraídas de ellos.¹⁴⁶

La historia como ciencia implica, irremediabilmente, la falta de comprobación en sus sustentos que lleven a un estatuto universal del discurso histórico. No obstante, la inexistencia de esta comprobación ratifica, precisamente, el precepto provisional de la operación historiográfica, al menos hasta que un nuevo paradigma se apropie del acontecimiento estudiado por el historiador.

Décimo sexto lenitivo

La historia es alusiva porque del binomio acontecimiento/testimonio se desprende la huella. La primera parte del binomio (acontecimiento) es fijo y la segunda parte (testimonio) es permutable, es decir, un acontecimiento particular siempre permanece fijo y el testimonio es variable de acuerdo al testigo que inscribe la percepción del acontecimiento inspirado en su fuente íntima de interpretación. La característica del binomio mencionado crea una convivencia de distintas interpretaciones que provocan que en la historia, sea imposible escribir una narrativa absoluta sobre el pasado.

El acontecimiento, una vez que sucede, permanece sin cambios. La dimensionalidad, como ente etéreo, posee la totalidad de los sentidos epistémicos sobre lo sucedido, para nunca más permitir un completo acceso a los detalles. De lo anterior, se

¹⁴⁶ *Idem.*

desprenden las huellas que tienen un sentido de bilocación, es decir, por una parte la existencia de las huellas se vivifica dentro de la dimensionalidad y por otra parte, permanece en nuestro plano como huella inscrita en el archivo. Por ello, no hemos de buscar al acontecimiento en sí sino las singularidades del antes, durante y después del suceso, así como las consecuencias para determinada sociedad. Los testimonios que del hecho imperen con el paso del tiempo, ya sea a manera escrita, oral o digital, son los materiales con los que el oficio del historiador produce las imágenes literarias. La interpretación como ejercicio de la historia escrita en relación al pasado se presenta de manera metafísica en las huellas inscritas en el archivo como en la historicidad de la escritura de la historia.

La hermenéutica tiene aspectos positivos y negativos frente a la estética, sin embargo, no ha sido superada, sino limitada en la participación que, sin duda, sigue teniendo en la ciencia de la historia. Este proyecto de investigación invita a la reflexión de nuevos conceptos como el de dimensionalidad del acontecimiento, para repensar los efectos que la interpretación tiene sobre la escritura de la historia. No pretende una afirmación y mucho menos una conclusión de la manera correcta de la misma, sino evidenciar que la interpretación ya sea como lo que hace la historia escrita en relación al pasado o como parte de la representación, interviene inequívocamente, como lenitivo de cientificidad de la historia.

Después de analizar de manera onto – epistemológica los detrimentos de la interpretación sobre el oficio del historiador, también se vislumbran escenarios nuevos en el horizonte. Quizás en algún momento el debate teórico filosófico de lo que hace la historia en relación al pasado, pase de categorías específicas a modelos de desarrollo investigativo. Sin embargo, la interpretación emanada de los distintos sujetos que perciben un acontecimiento seguirá siendo estudiada en tanto manierismo intelectual, no para destruir al texto, sino para reivindicarlo como una herramienta eficaz de cosmovisión humana.

Lo que ha sido, para nunca volver de la misma manera, es lo que el historiador, sea artesano o científico (acaso ambas) estudia incesantemente, la expectación por lo que algo trascendente cambió determinado tiempo y lugar, así como sus implicaciones en el futuro de la humanidad. Está claro que nunca se podrá evocar a la dimensionalidad en su plenitud, pero quizás, con las preguntas indicadas a ella, la interpretación sea benevolente. Para ello,

el ejercicio de interpretarnos como sujetos cambiantes dentro de una sociedad, favorece la evolución progresiva de nuestra condición filosófica en el mundo, conocer el pasado, permite visualizarnos como entes finitos. Dicha finitud es la que nos inspira a conocer nuestro pasado, porque el tiempo que nos ha sido otorgado no permite errores cíclicos. Aprender del pasado o al menos de su interpretación, dignifica nuestra humanidad como seres con sentido, pero también como seres con un umbral de tiempo y espacio reducido.

No existe acontecimiento no interpretado, sólo hay lo que la dimensionalidad nos permite acceder. En contraste, no existe nada nuevo, todo está presente en espera de su correcta decodificación. La interpretación es sólo una manera de hacerlo. No existen verdades absolutas en la historia, sí búsquedas genuinas en lo interpretado, para poder interpretarlo.

Bibliografía

- Agnes, Heller, *Teoría de la historia*, tr. J. Honorato, Barcelona, Fontamara, 1984.
- Ankersmit, Frank, *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*, tr. Ricardo Martín Rubio Ruíz, México, FCE, 2004.
- Barthes, Roland, *Le bruissement de la langue*, París, Éditions du Seuil, 1984.
- Borges, Jorge Luis, *El Aleph*, Buenos Aires, Revista Sur, 1945.
- Bunge, Mario, *La ciencia: su método y su filosofía*, México, Siglo XX, 1992.
- Castoriadis, C, *Dominios del hombre: Las encrucijadas del laberinto II*, tr. Alberto L. Bixio Barcelona, Gedisa, 1988.
- Chartier, Roger, *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito*, tr. Marcela Cinta, México, Universidad Iberoamericana, 2005.
- Châtelet, Françoise, *El nacimiento de la Historia*, tr. César Suárez, México, Siglo XXI, 2008.
- Comte, Augusto, *Discurso sobre el espíritu positivo*, tr. Julián Marías, Madrid, Alianza Editorial, 1988.
- Davidson, Donald, *De la verdad y de la interpretación. Fundamentales contribuciones a la filosofía del lenguaje*, tr. Guido Filippi, Barcelona, Gedisa, 1990.
- Derrida, Jacques, *La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas, en la escritura y la diferencia*, tr. Patricio Peñalver, Barcelona, Anthropos, 1989.

Domínguez, Rey Antonio, *Palabra respirada: hermenéutica de lectura*, México, Universidad Iberoamericana, 2006.

Echeverría, Rafael, *El observador y su mundo* (Vol. 2), Santiago, Comunicaciones Noreste Ltda, 2008.

Fremantle, Francesca y Trungpa, Chögyam, *El libro tibetano de los muertos: la gran liberación a través de la escucha en el bardo*, Madrid, Gaia ediciones, 2009.

García Palacios, J. Fuentes Morán, M. T. (eds.), *Texto, terminología y traducción*, Salamanca, Ediciones Almar, 2002.

Ginzburg, Carlo, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, tr. Francisco Martín, Barcelona, Península, 1981.

Gumbrecht, Hans Ulrich, *Producción de Presencia: lo que el significado no puede transmitir*, tr. Aldo Mazzuchelli, México, Universidad Iberoamericana, 2005.

Guthrie, W.K.C, *A history of greek philosophy* Vol. I, Cambridge, Cambridge University Press 1975.

Hacking, Ian, *Historical Ontology*, Cambridge, Harvard University Press, 2002.

Hartog, François, *Evidencia de la historia: lo que ven los historiadores*, tr. Norma Durán, México, Universidad Iberoamericana, 2011.

Iggers, G. Georg, *The Social History of Politics. Critical Perspectives in West German Historical Writing Since 1945*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1985.

Iglesias, José María, *El estudio de la Historia*, México, FCE, 2003.

Jiménez, César Benito y Espino, Francisco Javier, *Genética. Conceptos esenciales*, Madrid, Médica Panamericana, 2013.

Kracauer, Siegfried, *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas*, tr. Guadalupe Marando y Agustín D'Ambrosio, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2010.

Kuhn, Thomas S, *La estructura de las revoluciones científicas*, tr. Carlos Solís Santos, México, FCE, 2013.

Le Goff, Jacques, *¿Realmente es necesario cortar la historia en rebanadas?*, tr. de Yenny Enríquez, México, FCE, 2016.

Losee, John, *Introducción histórica a la filosofía de la ciencia*, tr. A. Montesinos, Madrid, Alianza Universidad, 1976.

Mardones, J.M y Ursúa, N, *Filosofía de las ciencias humanas y sociales*, Barcelona, Fontamara, 1982.

Marin, Louis, *La critique du discours: études sur la logique de port – royal et les pensées de Pascal*, París, De Minuit, 1975.

Marx, Carlos y Engels, Federico, *La Ideología alemana*, tr. Wenceslao Roces, Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1968.

Matute, Álvaro, *La Teoría de la historia en México (1940-1968)*, México, FCE, 2015.

Meyer, H.J, *La tecnificación del mundo. Origen, esencia y peligros*, tr. Rafael de la Vega, Madrid, Gredos, 1966.

Moulines, Ulises C, *El desarrollo moderno de la Filosofía de la ciencia*, México, Instituto de Investigaciones Históricas - UNAM, 2011.

Michel, Foucault, *Las palabras y las cosas*, tr. Elsa Cecilia Frost, México, Siglo XXI, 2005.

Olábarri, Gortázar Ignacio, *La nueva historia, una estructura de larga duración*, Madrid, Actas de El Escorial, 1993.

Ortíz Osés, Andrés, “Hermenéutica. Breve entrevista a H. G. Gadamer”, en *Diccionario hermenéutico*, Bilbao, Universidad Deusto, 2001.

Ortíz Osés, Andrés, *Metafísica del sentido. Una filosofía de implicación*, Bilbao. Publicaciones de la universidad de Deusto, 1989.

Popper, Karl, *El mito del marco común, En defensa de la ciencia y la racionalidad*, tr. Marco Aurelio Galmarini, Barcelona, Paidós, 1997.

Popper, Karl, Adorno Theodor, Dahrendorf Ralph, Habermas Jürgen, *La Lógica de las ciencias sociales*, tr. Jacobo Muñoz, México, Colofón, 2008.

Pucci, Roberto, *Historia. Erudición, interpretación y escritura*, Buenos Aires, Biblos, 2016.

Rico de Sotelo, Carmen (coord.), *Relecturas de Michel de Certeau*, México, Universidad Católica de Uruguay, Pontificia Universidad Javeriana, Instituto de Estudios Sociales y Culturales PENSAR y Universidad Iberoamericana, 2006.

Ricoeur, Paul, *La memoria, la Historia, el olvido*, tr. Agustín Neira, Madrid, Trotta, 2003.

_____, *La metáfora viva*, tr. Agustín Neira, Madrid, Editorial Trotta, 2001.

_____, *Parole et symbole*, Estrasburgo, Revue des Sciences Religieuses, 1975.

_____, “Rhétorique – Poétique – Herméneutique”, Bruselas, en Michel Meyer, ed., *De la Métaphysique á la rhétorique*, Ed. De l’Université de Bruxelles, 1986.

_____, *Teoría de la Interpretación, Discurso y excedente de sentido*, tr. Graciela Monges Nicolau, México, Siglo XXI, 1999.

_____, *Tiempo y narración III*, tr. Agustín Neira, México, Siglo XXI, 2003.

Rodríguez, Ramón, *Fenómeno e interpretación*, Madrid, Tecnos, 2015.

Trevor – Roper, Hugh, *Religion, The Reformation and Social Change, and Other Essays*, England, Macmillan, 1967.

Valdés, J. Mario, *Con Paul Ricoeur. Indagaciones hermenéuticas*, Barcelona, Azul Editorial, 2000.

Vergara, Luis, *Paul Ricoeur para historiadores: un manual de operaciones*, México, Universidad Iberoamericana – Plaza y Valdés, 2006.

Veyne, Paul, *Cómo se escribe la Historia – Foucault revoluciona la historia*, tr. Joaquina Aguilar, Madrid, Alianza, 1972.

White, Hayden, *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, tr. Verónica Tozzi y Nicolás Lavagnino, Barcelona, Paidós, 2003.

_____, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, tr. Stella Mastrangelo, México, FCE, 1992.

Hemerografía

Allier Montaño, Eugenia. *Los lieux de mémoire: una propuesta historiográfica para el análisis de la memoria*, en *Historia y Grafía*, núm. 31, 2008, pp.165-192.

Dosse, François, “El acontecimiento histórico, entre esfinge y fénix”, en *Historia y Grafía*, núm 41, 2013, pp.13- 42.

Mendiola, Alfonso, “El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado”, en *Historia y Grafía*, num. 15., 2000, pp. 5-17.